

VENZEL

1932

83-84



PH















# Atenea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

### SUMARIO

- Ricardo E. Latcham. *La colonización de nuestros campos,*  
 Ildefonso Pereda Valdez. *Elegía a Aquiles, Claudio Debussy.*  
 Augusto D'Halmar. *El poeta nacional.*  
 Héctor Fuenzalida. *Cuento de verano.*

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- R. Blanco-Fombona. *La República Española en tres actos.*  
 Sergio Atria. *Vida de Pablo Gauguin.*  
 Hans Karl Flügel. *La psicología de los trajes.*  
 Henri Barbusse. *Taine, teórico de la  
Literatura Moderna.*

- José Santos Chocano. *El latifundio de nuestra América y  
el problema de la desocupación.*

NOTAS Y DOCUMENTOS.—LOS LIBROS  
GLOSARIO.



# ATENEIA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEIA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEIA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEIA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.



# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:  
Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

# CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana  
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

# LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)



# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

## Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente  
CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

## Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar  
sobre la aplicación del Cine a la  
educación en cada una de sus ra-  
mas (universitaria, primaria, se-  
cundaria, agrícola), así a la cien-  
tífica como a la popular, y a la  
higiene social. Se publica en cin-  
co ediciones: inglesa, francesa,  
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la  
edición española: dólares 4;  
pesos chileno, 32.



# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Enero de 1932

Núm. 83

Ricardo E. Latcham.

## LA COLONIZACION DE NUESTROS CAMPOS

**U**NO de los problemas más candentes de nuestra actualidad agraria es la rehabilitación y la repoblación de nuestros campos. Todas las clases sociales, sin excepción, están conformes en reconocer la necesidad urgente de esta medida, aunque no todos están de acuerdo respecto del sistema y los métodos que deben adoptarse para efectuar tan deseable finalidad.

La crisis mundial que ha afectado de una manera desastrosa nuestras importantes industrias, produciendo la desocupación de miles de hombres y, a la vez, una concomitante depresión en la agricultura del país, nos ha colocado en la necesidad imperiosa de procurar una nueva orientación y reorganizar el país sobre una base industrial que nos dejará más al abrigo de las eventualidades del exterior, permitiéndonos a desenvolver una vida más propia.

Chile es un país altamente privilegiado para emprender una rehabilitación a base de industrias nacionales. Posee en abundancia materias primas de las más variadas especies, muchas de ellas explotadas y



exportadas por empresas extranjeras que dejan un mínimum de beneficio en el país. Entretanto, nos vemos precisados de importar, con resultados onerosos, los productos manufacturados de estas mismas materias.

No es nuestro propósito entrar a fondo en estas cuestiones fabriles y las dejaremos para otra oportunidad. Por el momento, nos interesa considerar la mejor manera de aliviar la creciente cesantía con el establecimiento de colonias agrícolas.

Mucho se ha hablado sobre este tema, durante los últimos meses y numerosos han sido los proyectos insinuados para resolverlo. Sin embargo, a pesar de las diferencias de detalle, se puede reunir la mayoría de las opiniones en dos grupos:—las que abogan por la parcelación de la tierra en pequeños predios, con derecho de adquisición en propiedad y, las que proponen el trabajo colectivo de grupos más o menos grandes, sin fraccionamiento de las tierras.

Ambas corrientes reconocen la necesidad de que los trabajos sean cooperativos y, en general, opinan que, en cuanto sea posible, los cultivos deben hacerse con fines industriales.

Otros puntos en que casi todos están de acuerdo, son:

- 1.—Los cultivos deben ser principalmente regionales.
- 2.—Dar la preferencia, donde sea práctico, al cultivo de productos industriales.
- 3.—La conveniencia de establecer en los centros de producción las fábricas necesarias para la transformación de estos productos.
- 4.—La necesidad de modificar los actuales sistemas de distribución.
- 5.—La conveniencia de cooperación en la propaganda, venta y distribución de los productos a fin de eliminar, en cuanto sea posible, a los intermediarios.



6.—Intervención del Estado en el establecimiento de las colonias, proporcionando las tierras y los capitales necesarios para su funcionamiento.

Estando de acuerdo todos en estos puntos esenciales, parecería fácil la adopción de cualquiera de los dos sistemas propuestos. Desgraciadamente el problema no admite soluciones simplistas. Es mucho más complejo de lo que, a primera vista, se imagina y son estas complejidades que nos conviene estudiar. Debemos recordar, antes de todo, que cualquiera acción presente tiene sus proyecciones en el futuro mediato e inmediato.

En todo caso se parte de la base de que el Estado proporcione la tierra y los medios de explotarla. Es esencial examinar con toda imparcialidad las ventajas y desventajas de cada sistema, para procurar, si es posible, un proyecto que sea a la vez práctico y conveniente, tanto para los interesados directamente, como para la colectividad en general.

En estas investigaciones nos desentendemos de toda doctrina ideológica y nos concretamos a estudiar el problema, sin prejuicios, tomando en cuenta las condiciones actuales del país y la urgente necesidad de una pronta solución práctica.

Comenzaremos con el proyecto de la parcelación de la tierra en pequeños predios y la entrega de éstos a individuos o a familias determinados.

Esto se podría hacer de una de dos maneras:

1.<sup>a</sup> El ocupante, al cumplir ciertas condiciones, tendría el derecho de adquirir del Estado el título de propiedad de su predio.

2.<sup>a</sup> La tierra permanecería siempre propiedad del Estado, el ocupante arrendaría su predio y tendría derecho de usufructuarlo mientras viviera en él y lo trabajara. Al abandonarlo por cualquier motivo, sólo tendría derecho que el Estado le abonara el valor de las mejoras que hubiere efectuado a su costo.



Al parecer, el primer postulado presenta ventajas porque tiende a la creación de una población campesina estable, cuyo principal interés se radica en el mismo suelo. No obstante, tal opinión es efímera y para un futuro próximo presenta serios inconvenientes, algunos de los cuales han sido demostrados por el fracaso de anteriores tentativas de colonización chilena.

En primer lugar el pueblo chileno es poco constante; espera resultados rápidos y, al no hallarlos, abandona sus empresas para lanzarse a otras nuevas. El chileno es buen trabajador, ninguno mejor, pero es amigo de correr tierras y de tentar suerte y poco adicto a un esfuerzo continuado. Cualquier dueño de fábrica o administrador de faena puede constatar el hecho. Un buen jornal o una moderada ganancia no es aliciente para detenerle por mucho tiempo.

En los diferentes ensayos de colonización que se han hecho en el país, se ha visto que eran pocos los colonos que quedaban en sus hijuelas durante los cinco años necesarios para adquirir los títulos definitivos de su propiedad. La mayoría las abandonó antes, para irse a las ciudades o a las salitreras. Otros, al recibir los títulos, vendieron sus propiedades, a veces a los vecinos, quienes de esta manera aumentaron sus predios, o bien a extraños. En algunos casos, especuladores compraron numerosas hijuelas colindantes, formando con ellas la base de fundos grandes, cual fué el final de la mayoría de las tentativas de colonización, completamente contraria a la idea de los que las iniciaron.

Otra causa de la venta de las hijuelas, reside en las leyes chilenas de herencia. Muere un colono dejando varios hijos u otros herederos forzosos y, para hacer el reparto legal de la herencia se recurre al remate de la propiedad y otros bienes dejados por el difunto. En la mayoría de los casos, las personas más



interesadas en la adquisición de dichas hijuelas son los colindantes o los que tienen otras tierras en la vecindad.

Estos hechos, que son muy corrientes, frustran o disvirtuan el motivo fundamental de la parcelación de la tierra en pequeños predios, cual es el fomento de la pequeña propiedad y aumentar la población agraria.

La cesión en propiedad de pequeñas parcelas de tierra presenta además otros inconvenientes en la práctica, a lo menos cuando se encuentra al frente de y en competencia con los fundos de mayor extensión. Por ser imposible que cada pequeño propietario adquiriera la maquinaria y otros enseres que demanda el cultivo moderno y racional de la tierra, se ve reducido principalmente al trabajo manual, lo que le pone en un estado de desventaja en la competencia con agricultores que trabajan en mayor escala y con medios más adelantados. Como se encuentra libre e independiente, prefiere confiarse a sus propios esfuerzos a no trabajar en cooperación con sus vecinos. Raras veces éstos pueden ponerse de acuerdo, siempre subsisten opiniones encontradas, envidias e intereses opuestos. Como consecuencia de su trabajo aislado, se encuentra siempre en apuros y para salir de ellos, aunque sea momentáneamente, hipoteca su propiedad, vende por un precio reducido sus productos aun no cosechados, o, como pasa muy a menudo, descuida sus propios cultivos para emplearse en cualquiera faena donde puede ganar un jornal para ayudarse. Frecuentemente se acumulan de tal manera las hipotecas y deudas que, para satisfacerlas, se ve obligado a entregar su predio a sus acreedores.

La cooperación entre pequeños propietarios, en ninguna parte donde se ha ensayado, ha dado resultados duraderos. Para lograrlos sería preciso que todos estuviesen de acuerdo respecto de la clase y sistema de



cultivo de cada localidad y ceñirse estrictamente a ellos. Solamente de esta manera podrán adquirir en común la maquinaria necesaria y lograr una venta provechosa de sus productos. Y aquí se presenta una nueva dificultad, la de la preferencia en el empleo de dicha maquinaria, cuando, como sucede casi siempre en la misma localidad, varios comuneros desearán sembrar o cosechar en un mismo momento. A nadie le gusta quedar rezagado y el tiempo para estas faenas apremia a todos.

Se podrían multiplicar los inconvenientes de este sistema, el cual, en las condiciones más favorables, sería ventajoso para unos pocos durante una sola generación, pero que en la siguiente deja las cosas como estaban.

Veamos ahora lo que resultaría del segundo postulado, según el cual el Estado conservaría la propiedad del suelo para arrendarlo en pequeños predios a las personas que deseaban usufructuarlos. Quedarían eliminados los inconvenientes relacionados con la enajenación de las hijuelas por sus dueños o por sus herederos. Al abandonarse un predio por cualquier motivo, el Estado podría cederlo nuevamente a otro usufructuario en las mismas condiciones anteriores, asegurando así su constante explotación. Pero quedarían subsistentes, sin embargo, los mismos inconvenientes respecto de la cooperación y la adquisición de las maquinarias, con otro agravante para el arrendatario. Por no tener títulos de propiedad, no tendría el recurso de la hipoteca, ni podría conseguir con la misma facilidad los créditos que necesitara. Así es que la probable duración de los arrendatarios de pequeños predios en sus hijuelas, sería aún más breve que en el caso anterior.

Aunque esta crítica puede tildarse de extrema y pesimista, es, no obstante, lo que nos enseña la experiencia de varios países en cuanto a la parcelación



de la tierra en pequeños lotes, cuando éstos se encuentran frente a la competencia libre de los grandes fundos y de los especuladores y es lo que ha pasado varias veces en Chile. No es del caso citar el ejemplo de Francia, Holanda, Bélgica o Suiza, donde las pequeñas propiedades son la regla y no la excepción, como lo serían aquí, y donde el pueblo no tiene el espíritu de ahorro, tan ajeno a la idiosincrasia chilena.

Las condiciones agrarias de este país son distintas y debemos afrontarlas tales como se presentan, para estudiar el problema en su aspecto práctico y actual, sin prejuicios y sin ilusiones. Aun cuando su resolución sea urgente, para aliviar en parte la desocupación creciente que asola el país, de ningún modo debemos olvidar que su principal proyección se halla en el futuro.

Cualquier proyecto que se estudie debe, por lo consiguiente, fundarse en los siguientes puntos esenciales:

- a) Que sea susceptible a una aplicación inmediata.
- b) Que tenga en sí los elementos de duración que permiten asegurar su continuidad en ésta y en las posteriores generaciones.
- c) Que contenga los caracteres inherentes que lo permiten defenderse contra todo peligro interno y externo y que, a la vez, faciliten su evolución frente a cualquiera nueva serie de condiciones.

Mucho se ha hablado y se habla aún de la necesidad de la nacionalización de la tierra y de la socialización de los productos naturales. Aunque esta medida podría ser, en algunos países cuya población es muy densa, una solución muy provechosa, no creemos que su aplicación integral sea de actual necesidad o conveniencia en Chile, por una serie de razones que sería larga de exponer y explicar. No obstante el proyecto que queremos patrocinar y que a continuación presentamos, deriva su importancia de la aplicación de



los mismos principios que sirven de base de dicha ideología, sólo que sería parcial y no integral.

Como hemos dicho más atrás, la iniciativa debe venir del Estado, quien proporcionaría las tierras y los capitales necesarios para la implantación del sistema y su mantención hasta que estuviera en condiciones de marchar solo. Las inversiones serían progresivas y no todas inmediatas.

Para las agrupaciones que se formarían en conformidad de nuestro proyecto, insinuamos la denominación de COMUNIDADES AGRÍCOLA-INDUSTRIALES, para diferenciarlas de aquellas señaladas en otros proyectos.

A continuación esbozamos sintéticamente las bases principales, que en nuestro concepto, se deben adoptar para la constitución y desarrollo de dichos grupos, dejando para un estudio más prolijo los detalles de su reglamentación.

#### COMUNIDADES AGRÍCOLA-INDUSTRIALES:

El Estado es dueño de numerosos fundos y tierras desocupadas que servirían para iniciar este proyecto y podría adquirir de la Caja Agraria y de los Bancos Hipotecarios, otros muchos que han sido adjudicados por falta de cumplimiento en el pago del servicio de sus hipotecas. Dichos fundos deberían adquirirse a largos plazos y en condiciones fáciles. Permanecerían siempre propiedad del Estado y las comunidades agrícolas e industriales que se establecieran en ellos serían simples usufructuarios. Los capitales proporcionados por el Estado para instalar las comunidades serían en calidad de préstamo a largo plazo y ganarían un interés que no debería pasar de 5% anual con una amortización de 1%.

El financiamiento del proyecto se podría hacer por medio de bonos especiales con garantía del Estado



o por cualquier otro medio que el Gobierno acordare. Un medio eficaz que redundaría en beneficio de la agricultura en general, sería la fijación de un fuerte impuesto adicional a todas aquellas tierras susceptibles a cultivarse y no se trabajan y a todos aquellos sitios eriazos dentro de las poblaciones cuyos dueños los mantienen sin edificar con fines especulativos. Así les obligarían a utilizarlos o a desprenderse de ellos a favor de otros que deseaban explotarlos. Con esto ganaría el país, la agricultura y la industria.

### CULTIVOS REGIONALES:

Una de las condiciones primordiales para lograr el éxito en tales comunidades, sería que los cultivos a que se dedicaren preferentemente fuesen de productos industriales, los que deberían ser elaborados en la misma localidad. Así se procuraría una ventaja múltiple. No produciría una competencia violenta con los agricultores establecidos anteriormente en la región, ya que la mayor parte de los productos que las comunidades cultivaren serían nuevos en la zona. El establecimiento de las fábricas necesarias para la elaboración de dichos productos proporcionaría trabajo útil a mayor número de individuos, a la vez que ayudaría a la industrialización del país. Toda fabricación nacional propende a reducir las importaciones, a fomentar la exportación y de esta manera logra aumentar el encaje de oro.

Para que este sistema dé resultados prácticos, sería conveniente establecer numerosas agrupaciones en cada región, elegida previo estudio detenido de sus capacidades, para así asegurar abundancia de materia prima para la industria que se acuerde instalar en ella, sin que sea sujeta al gravamen de subidos fletes.

Para el efecto de determinar los cultivos especiales que serían convenientes para cada región, debería



crearse en el Ministerio del ramo, una oficina técnica con sus laboratorios, encargada de estudiar e investigar los problemas relacionados con ellos.

### CULTIVOS INDUSTRIALES:

Para cada región elegida, el cultivo principal que se efectuare en las comunidades establecidas en ella debería determinarse anticipadamente, para poder ubicar en un punto céntrico la industria correspondiente, con su fábrica o fábricas. Esta industria sería la consumidora de los productos de dicho cultivo.

Un cálculo prudente de la cantidad de materia prima necesaria para la buena marcha de la fábrica o fábricas instaladas, determinaría para cada año, la proporción de terrenos que se debería destinar a ese cultivo, dedicándose los sobrantes a la producción de los alimentos requeridos por las comunidades.

### COOPERACIÓN:

Para evitar los inconvenientes de la parcelación de las tierras, los fundos destinados a la colonización en cada región, como asimismo las industrias que de ellos dependen, se trabajarían por un sistema de cooperación colectiva. Más adelante se tratará de la constitución de las cooperativas.

El Estado entregaría a las comunidades y por el tiempo que éstas durasen, las tierras que servirían de base para la organización de la colectividad, por un canon anual que no pasaría del 5% de su valor inicial, o, mejor aun, sin arriendo.

Cada colectividad regional se dividiría en tres secciones, que llamaremos respectivamente; *a*) comunidad agrícola, *b*) comunidad industrial y *c*) comunidad comercial.



Los trabajos de cultivo deberían efectuarse por la actividad colectiva de la comunidad agrícola; los de preparar y elaborar los productos, por la comunidad industrial y los de la propaganda, distribución y venta de los productos elaborados, como asimismo todas las compras o importaciones de artículos necesarios por la industria o la colectividad y que ellas no produjeran, serían ejecutados por la comunidad comercial.

Las tres comunidades serían controladas por un Consejo Administrativo en que cada una de ellas tendría su debida representación. El Consejo vigilaría los intereses generales de la colectividad y fijaría sus normas.

La Comunidad Agrícola, además de cultivar los productos necesitados por la industria proyectada, se ocuparía también del cultivo de los cereales, chacarearía, etc., destinados a las necesidades de la colectividad y a la ganadería, lechería y otras pequeñas industrias anexas, con los mismos fines. Dichos productos alimenticios serían entregados a los molinos y almacenes establecidos por la colectividad para su expendio económico a los comuneros.

La Comunidad Industrial no sólo se encargaría de la elaboración o fabricación de los productos especiales, sino que además se ocuparía del establecimiento de los molinos, panaderías y otras pequeñas industrias necesarias para la vida económica de la colectividad.

La Comunidad Comercial, a medida que la producción agrícola e industrial se desarrollara, se encargaría de hacer la propaganda necesaria, dentro y fuera del país, estudiaría y procuraría los medios de transporte para una distribución económica, se ocuparía de la venta de los productos elaborados o sin elaborar, según las necesidades y de la compra de lo que fuera menester a la colectividad. Establecería en los grandes centros de población oficinas de venta, por mayor y menor, de todo lo que producía la colectividad, procurando,



por este medio, de eliminar, en cuanto fuera posible, los intermediarios para así abaratar los artículos para el público consumidor.

Igualmente establecería, dentro de la misma colectividad, almacenes, tiendas, panaderías, carnicerías, lecherías, etc., en las cuales los comuneros podrían adquirir a precios módicos, todo lo necesario para su alimentación y vestuario.

Las utilidades que resultaren de todas estas diferentes actividades entrarían en el fondo común y se repartirían anualmente entre todos los comuneros en forma de dividendos, sujetas, sin embargo a los descuentos que más adelante se señalaran.

#### ADMINISTRACIÓN:

La administración de la colectividad estaría a cargo de un Consejo Administrativo compuesto de trece miembros. Cuatro de los consejeros serían nombrados por el Supremo Gobierno y tres, elegidos anualmente por cada una de las comunidades antes mencionadas.

De los consejeros nombrados por el Gobierno, tres serían técnicos, uno para cada comunidad y el otro sería un Delegado Fiscal, quien presidiría las sesiones del Consejo y mediaría entre el Gobierno y la colectividad.

Periódicamente se reuniría en Asamblea todos los comuneros, para deliberar sobre los asuntos generales de la colectividad. En estas reuniones, el Consejo Administrativo daría cuenta a la Asamblea de todas sus actividades y se discutirían las modificaciones que se estimaren necesarias o convenientes para la mejor marcha de la colectividad.

Las obligaciones del Consejo Administrativo serían:  
a) Velar por la buena marcha material, económica y social de cada una de las tres comunidades.



b) Procurar habitaciones adecuadas e higiénicas para todos los comuneros.

c) Fijar la escala de jornales y sueldos.

d) Establecer un sistema de seguros y de pensiones para todos los miembros de la colectividad.

e) Vigilar por el estado sanitario de la colonia.

f) Implantar un sistema conveniente de asistencia médica y de hospitalización.

g) Fomentar la educación primaria y la técnica e industrial, en cuanto se refiere a las actividades de la colectividad.

h) Fomentar la cultura general por medio de escuelas nocturnas, conferencias, charlas, etc.

i) Procurar entretenimientos morales para la colectividad—clubs, cine, teatro, circo, atletismo, juegos, etc.

j) Dar cuenta a las Asambleas de la marcha de estas actividades.

Para ayudar al Consejo Administrativo en estas diversas tareas, las Asambleas nombrarían las comisiones que se estimaren necesarias. En las reuniones de las Asambleas tendrían derecho de voz y voto, los comuneros adultos de ambos sexos.

#### CONSTITUCIÓN DE LAS COMUNIDADES:

El cultivo o cultivos que conviene establecer en cada región será determinado por el Ministerio de Tierras y Colonización, quien adquirirá las propiedades necesarias para la instalación de las colonias y destinará los fondos necesarios para su explotación agrícola-industrial e indicará el número de comuneros que deberán formar parte de la colectividad y la manera de seleccionarlos. El mismo Ministerio nombrará el Delegado Fiscal y los técnicos para las diversas comunidades—agrícola, industrial y comercial,— bajo cuya dirección técnica se iniciarán los trabajos. En el caso de no encontrar técnicos nacionales suficiente-



mente preparados, podrá contratar en el extranjero los que faltaren por el tiempo que fuera necesario sus servicios.

Los fundos y demás terrenos o edificios proporcionados a la colectividad por el Estado si el Gobierno lo estimara conveniente pagarían un arriendo anual que no pasaría del 5% de su valor actual. Los capitales proporcionados por el Gobierno ganarían un interés anual de 5% con uno por ciento de amortización, hasta su entera cancelación.

Los capitales a que se hace referencia en el párrafo anterior deberán ser suficientes para dejar en pie de explotación el negocio integral, tomando en cuenta las siguientes inversiones: edificación, cierres, adquisición de maquinarias, enseres, herramientas, animales, semillas, medios de transporte, caminos, jornales y sueldos, propaganda y fondo de gastos generales e imprevistos, mientras el negocio produjera lo suficiente para sufragar sus gastos.

De las utilidades que resultaren del negocio integral, se dejaría el 10% para formar un *fondo de reserva*, destinado al futuro desarrollo, cuota que podría modificarse por un acuerdo de la Asamblea con la aprobación del Gobierno.

Las Asambleas estudiarían la manera de crear un fondo de seguros contra accidentes, invalidez o enfermedad y para el pago de una pensión para la viuda e hijos menores de los comuneros que fallecieren y una cuota mortuoria para sufragar los gastos de los funerales del fallecido.

En el caso del fallecimiento de algún comunero, o del abandono de la comunidad por algún miembro de ella, el Consejo Administrativo procedería a su reemplazo, en conformidad con el Reglamento acordado por la Asamblea y aprobado por el Supremo Gobierno. Igual facultad tendría el Consejo cuando, por las necesidades del trabajo, se estimare conveniente au-



mentar el número de trabajadores en cualquiera de las comunidades.

Una vez que las industrias en cuestión estuviesen en buen pie de producción, el Fisco adquiriría de ellas, todos los productos de aquella clase que en adelante necesitase para las diferentes reparticiones del Estado y en caso necesario, protegería las industrias por medio de tarifas aduaneras.

Las utilidades netas que resultaren del negocio integral, se repartirían en forma de dividendos entre la totalidad de los comuneros de la colectividad, a prorrata y en proporción a sus respectivos jornales o sueldos.

#### OBSERVACIONES GENERALES:

Estimamos que para la constitución de semejantes colectividades, sería conveniente que el Estado estudiara y llevara a cabo, uno por uno, los diferentes cultivos industriales que podría instalarse de inmediato y concentrar sus energías de manera que él que se eligiera para comenzar, estuviese en vías de realizarse, antes de empezar otro.

Desde luego, los dos cultivos que prometen más porvenir y cuya instalación se podría iniciar en seguida, son: el cáñamo, para la fabricación de cordeles, sacos, arpillera o gangocho y la remolacha para la producción de azúcar. Un estudio técnico indicaría cual era la zona más apropiada para cualquiera de estos cultivos.

En uno u otro caso, se deberían adquirir terrenos apropiados de una extensión mínima de dos mil hectáreas, cuyo costo podría fluctuar entre uno y dos millones de pesos, según la zona elegida.

Como hemos insinuado, estos terrenos deberían adquirirse a largo plazo por intermedio de los Bancos Hipotecarios.



Todo cultivo debe ser racional e intensivo y el Estado procuraría la fácil obtención de los abonos necesarios para el objeto.

Cultivados en la forma colectiva e intensiva que hemos indicado, dichos fundos darían trabajo constante de ochocientos a mil obreros. Un buen porcentaje de dichos obreros deberían ser campesinos acostumbrados a los trabajos agrícolas de la zona y las tareas serían dirigidas por técnicos agrónomos.

Las industrias dependientes de dicho cultivo y sus talleres anexos de carpintería, herrería, etc., darían trabajo a otros cuatrocientos a quinientos individuos de ambos sexos y el número aumentaría con los empleados, de la sección comercial y administrativa, con sus oficinas, almacenes, depósitos y agentes. Además habría que contar la gente ocupada en los molinos, panaderías y demás dependencias inherentes a toda colectividad.

En resumen, se puede calcular que una COMUNIDAD AGRÍCOLA-INDUSTRIAL, iniciada sobre las bases indicadas, daría trabajo de mil quinientos a dos mil personas, lo que equivale a casi el mismo número de familias. Cada comunidad llevaría en sí, su propia capacidad de evolución y una vez instalada debidamente, dejaría al Gobierno en libertad de hacer un segundo ensayo con otro cultivo e industria.

Para los efectos de la vida social y educacional de la colectividad, sería conveniente que las habitaciones de los comuneros dedicados a los trabajos agrícolas, se agruparan en aldeas. Cada habitación debe contar con una pequeña extensión de terreno, en la cual los moradores podrían cultivar flores o dedicarse a la crianza de aves o cerdos.

Las habitaciones destinadas a los trabajadores y empleados de las fábricas deben tener las mismas condiciones como las anteriores y estar agrupadas en las inmediaciones de las fábricas.



Cuando el número de los niños lo justificara, las escuelas de hombres funcionarían separadas de las de niñas, y, en el caso contrario, serían mixtas. Los profesores serían normalistas y serían nombrados por el Ministerio de Educación Pública.

Si las circunstancias fuesen propicias, se establecerían cursos técnicos agrícolas e industriales, a los cuales podrían ingresar los alumnos que hubiesen cursado el sexto año de las escuelas primarias. En estas escuelas técnicas se daría preferencia a los ramos relacionados con el cultivo e industria regional. Tendrían además cursos vespertinos o nocturnos para adultos.

Cada agrupación o aldea debería tener una sala pública que sirviera para reuniones sociales de toda clase.

En cada región debería establecerse una oficina de la Caja de Ahorros y la Comisión de Bienestar debería fomentar el ahorro por todos los medios a su alcance.

En cada colonia se establecería una Oficina de Correos y Telégrafos, como igualmente un servicio telefónico público entre los diferentes centros de población de cada colectividad, conectado, cuando las circunstancias lo permitieran, con la red central de la zona.

En cada agrupación o centro de población se establecería obligatoriamente, baños públicos, dotados de agua caliente y fría.

Dentro de la colectividad habría amplia libertad religiosa y de opinión, siempre que su expresión no fuese violenta, subversiva o inmoral.



Ildefonso Pereda Valdez.

## ELEGIA A AQUILES CLAUDIO DEBUSSY

*Túnica de lino  
rueca celeste.  
Vaga tu música  
en el misterio de los jardines.*

*Alas de angeles,  
remos para llegar a la orilla  
de los nocturnos:  
nubes,  
fiestas,  
sirenas.*

*La armonía mueve las ruedas,  
giran los astros  
y tus manos de seda  
con los dedos en el teclado de la mañana  
construyen disonancias y armonías.*

*Astrólogo  
de miradas fijas  
en la trayectoria de las celestes músicas de las esferas*



*Mago de los reflejos en el agua,  
surtidor de colores,  
pez de aletas azules.  
Onda refractada del sonido!  
Arabescos  
en la tela del ensueño!*

*Ahora que estáis en la sombra,  
en la isla afortunada,  
donde las dulces violas  
evocan a Boucher.*

*Canta, antorcha de música  
fundida en la violencia de la vida.*

## PAISAJE DEL CAMPO

*Uruguay*

*Entra una fragancia  
de pasto mojado.  
Bebo el paisaje por la ventanilla  
del tren alocado.*

*Mate amargo cebado  
a las seis de la tarde:  
el campo está callado,  
callado y cobarde.*

*Qué espigado está el campo  
por el trigo candeal.  
Hay un hombre que canta  
la pena y el mal.*



Quejumbroso y pesado  
llega el llanto  
«no puede ser feliz  
quien lpena tanto».



Augusto d'Halmar.

## EL POETA NACIONAL

A Milosz.

**H**ERME Schylo, convalecía de una vulgar grippe; pero como era la primera vez que se hallaba confinado entre sus cuatro paredes de hotel, vióse asaltado por tristezas desconocidas aún para él siempre taciturno y retraído. Recordó que estaba en vísperas de cumplir cuarenta y nueve años, es decir, de cerrar el ciclo esotérico de los siete veces siete; pensó, sin nostalgia, pero con desamparo, en que no tenía hogar, ni país y se puso a rememorar el suyo de origen, donde ni siquiera había soñado volver.

Herme Schylo es, sin embargo, todo el mundo lo sabe, el gran poeta de Lituania, aunque, como hijo de polonés, educado en Varsovia, siempre escribió en polaco y otro poeta, anónimo, haya ido traduciéndole al lituano. Así llegó a ser el genio representativo de su patria, sin siquiera conocer su idioma. Y es que nadie ha expresado como él su alma, el alma nacional.

Ahora vivía desde siempre, o sea, desde que terminó sus estudios en París, y tenía de Grodno recuerdos tan imprecisos como doloridos. Sus primeros años transcurrieron junto a su padre medio loco y que no consentía se hablara en su presencia sino la lengua protocolar de los señores lituanos. A su madre era a la única que le había oído esos vocablos con que el pueblo repite ahora sus cantos; pero era una criada he-



brea y desde que tuvo uso de razón no le fué dado verla sino en sus escapadas a las dependencias domésticas, para que le atiborrara de besos y dulces almizclados.

Y, súbitamente, Herme Schylo deseó recobrar por unos días su verdadero nombre de Witoldo Czarwicz y decidió substraerse esta vez a su propia tutela e intentar un regreso fugitivo y de incógnito a la tierra de sus mayores, donde, desde que él tenía diez años, yacían su pobre madre y su padre, huraño y sombrío, desde que cumplió los quince. Hombre maduro ahora, y ya en las lindes de la vejez y la muerte, quería contrastarse con su infancia y su adolescencia; sentía también una curiosidad de artista por ver desde cerca y en la realidad, todo aquello que inspiró sus fantasías de ausencia.

Y, con un pasaporte, en el cual no figuraba para nada su glorioso pseudónimo, tomó en la «gare de l'Est», el tren *hacia allá*.

\* \* \*

Apenas transpusieron la última frontera, comenzó a ver en torno suyo gentes cuyos rasgos le eran familiares y oyó hablar una jerga ininteligible para su inteligencia, pero a la cual respondían en su subconsciente no sé qué ecos. No era que evocara nada, sino más bien como si rejuveneciese al despojarse de convencionalismos y fuera despertándose, con cuanto le rodeaba. Witoldo Czarwicz había soñado el mundo y su vida y volvía a hallarse ahora, medio a medio del Bosque sucesivamente Encantado y Desencantado de la Bella Durmiente.

Cruzaron el Niemen y nada como las cosas que se desdoblaban en imágenes invertidas en el agua, trájole a una realidad más evidente que la inmediata, puesto que junto a ella resultaba ficticio todo lo demás. Witoldo hubiera deseado inmergirse cabeza abajo



como los sauces y los molinos de la orilla, hasta las profundidades imaginariamente insondables del río y permanecer allí como un tembloroso reflejo traslúcido y visionario.

Paró en un hotel cualquiera, donde el personal se expresaba en francés, en alemán y en ruso, y después de haber celebrado solitariamente en el comedor la misteriosa transubstanciación del pan hecho con carne y el vino hecho con sangre de esa tierra, se echó a la calle, tratando de orientarse en el tráfago de la pequeña capital, a la vez modernizada y auténtica. Era el momento entre dos actividades, en que cerraban los comercios y se interrumpía el trabajo; la efímera animación callejera que precede al despoblarse de la comida, y Witoldo que la había anticipado, vagaba un tanto sin rumbo, ni objeto, en medio a una multitud en que cada cual llevaba directamente su destino.

Por modo insensible había bajado hacia el río y le extrañó encontrarse tratando de vislumbrar entre el encandilamiento del sol, la opuesta margen. Allí debía de alzarse en los alcores la solariega morada, caída ha mucho tiempo en el dominio comunal. ¿A escuela, a cárcel, a museo, a qué podrían haberla destinado, o habríanla abandonado a sí misma y estaría en ruinas, o la habrían arrasado? Witoldo recordaba con precisión que quedaba un poco más allá del puente; que al pie se tenía la parroquia de ese arrabal de la ciudad; que la casona dominaba el campanario y las campanas, como si estuviera más allá de las nubes; que cuando el vicario repechaba a contra luz la cuesta que conducía hasta ella, los cabellos le hacían aureola y el viento mostraba por debajo de la sotana sus botas de montar; en cambio, cuando desandaba la pendiente, con el sombrero en la mano, su reluciente tonsura irradiaba como la hostia en la custodia.

\* \* \*



Desde lejos distinguió la mole gris de las construcciones, entre los macizos de árboles. ¿Luego subsistía también el viejo parque donde, hacía treinta y cinco años, un niño como Heine sollozó leyendo el «Quijote»? Y a la mente le acudían sus más íntimos versos y como estribillo: «¡Oh país de infancia! ¡Oh señorío umbroso de los antepasados! ¡Corazón! ¡Triste corazón!»

Había llegado ante la monumental y mohosa verja; pero le sorprendió una placa de mármol con renglones simétricos esculpidos en relieve como el epitafio de una lápida; entre tantos caracteres confusos parecía descifrar su nombre. Entonces tiró maquinalmente la cadena de la entrada y una esquila resonó en el ámbito del parque.

Un niño con una rebanada de pan en la mano, se había asomado y escondido; un hombre vino lentamente a su encuentro.

—Excúseme,—le dijo Witoldo, en polaco;—pero deseaba saber si pueden visitarse estos lugares.

El guarda se llevó la mano a la visera de la gorra y, aunque con dificultad, también se expresó en polonés.

—El acceso al parque es libre hasta el anochecer; pero para el castillo hay que pedirle las llaves al señor Cura.

—Y en el castillo...—repitió Witoldo—¿hay algo que merezca la pena de verse?

El guarda tardó en replicar.

—No, nada,—expuso lacónicamente. Era mansión de los señores de Grodno; pero todo ha pasado. Únicamente, que aquí nació nuestro poeta nacional.

Witoldo hizo un vago ademán.

—¿Quién dice Ud.?

—Herme Schylo,—explicó el guarda, señalando la inscripción de la entrada.

Había pronunciado con tal acento esas dos palabras, que al mismo que las inventara y combinara, le costó



reconocerlas. Era su propio pseudónimo, su nombre propio, el que así emanaba transpuesto, de labios lituanos, lituanizado y arcaizado. Mientras él lo decía áticamente, todo un pueblo, el suyo, le llamaba así, con esas inflexibles inflexiones, runas, altaicas o sánscritas.

—¿No le han oído Uds. nombrar?—insistió con extrañeza el hombre.

Witoldo esbozó otro ademán vago.

—Son versos suyos,—apuntó el guarda, indicando de nuevo la lápida,—y es lástima que Ud. no pueda recrearse en ellos, porque son intraducibles. Versos a esta casa, a la cual llama Madre y a la que reprocha no le haya retenido bajo su techo, donde vivió sin deseos. Y al final le pregunta que ¿por qué le dejó partir, puesto que sabía que los verdaderos viajeros no han de regresar nunca?

Resumía el sentido en términos torpes, pero expresivos y había ido ensordeciendo la voz insensiblemente.

—Si lo permite, recorreré el parque, mientras se consigue las llaves para mostrarme la casa,—propuso Witoldo. Salude al señor Cura, de parte de un forastero.

\* \* \*

Nadie hubiera podido explicar, ni él mismo, la impresión que le sobrecogía. En su memoria revivían muchos recuerdos olvidados, como un poema hecho con versos incoherentes: «Penetraré allí levantando dulcemente el arco-iris y me acogerá el pájaro de cristal que dice «mli» con un gorgceo suave en el viejo jazmín sonámbulo de la infancia...» Todo eso lo había cantado él desde lejos y ahora estaba cerca y él y todo se hacía piedra musgosa, se volvía árbol y se deshacía en jirones de nubes.



De mi corazón donde bulle este ritmo misterioso  
 Siento subir el olor de los mediodías de la niñez. No he olvidado  
 El bello jardín cómplice donde me llamaba Eco, tu hijo menor,  
 [Soledad  
 Y reconocería el sitio donde yo dormía antaño  
 A tus plantas. ¿No es cierto que la seda irisada del viento corre  
 [aún  
 Sobre la hierba triste y polvorienta de las ruinas y del moscar-  
 [dón velludo  
 El son de miel se prolongaría ya en el vibrante calor?

Todo eso estaba ahí materialmente, con sus zumbidos y sus colores: «La estufa irisada por el tiempo, que aun abriga el cactus enano y la débil higuera venidos antaño ¿de qué países de felicidad? «Y del «heliotropo moribundo» el olor deliraba aún en las fiebres de la mansa siesta estival del norte. «¡Oh país de infancia! ¡Señorío umbroso de los antepasados! ¡Corazón! Triste corazón!»

Witoldo se abandonó a su instinto en el dédalo intricable del jardín abandonado, vuelto a ser virgen: «¡Allí a derecha, en el claro, medio a medio del bosque,—las ruinas color de sol! ¡Y ahí ningún pasaje—secreto! Porque yo he errado en esa tebaida con el amor mudo bajo la nube de medianoche. Yo sé—donde están las moras más maduras; la alta yerba—donde la estatua rota ha escondido su rostro—es amiga mía y los lagartos saben hace largo tiempo que no truena nunca—en la nube de mi sombra. Aquí todo me ama—porque todo me ha visto sufrir».

Interrumpióse en su camino y sus invocaciones. Quiso ver el «tierno rosal enfermo al pie de la colina»; quiso oír al «dulce pájaro-carpintero que clava el ataúd de su amor», y a «la ranilla que ora en los cañaverales mudos». Y luego, cuando la humedad rezumó en el césped, «separando la cabellera de huérfano del sauce tembloroso y orgulloso», el rostro del agua se le apareció «¡tan claro, tan puro, tan puro, tan claro!» Era



la «sabia fuente de mirada tranquila donde se refugiaba en los calores resonantes todo lo que queda de silencio y de sombra sobre la tierra».

Se detuvo exhausto como si la vida se le vaciara por esa vena flúida de su terruño que manaba y rumoreaba incesantemente. Seguía contándose ella misma a sí misma, al follaje y a la soledad, la monótona historia de sus años muertos. Y por encima de su murmullo hacía el gran silencio del pasado y del olvido.

Lentamente volvió a pasos contados sobre sus pasos, pensando que ya estaría aguardándole el jardinero con las llaves, ¡las llaves de «la tumba de su pasado»!

\* \* \*

Penetraron primero en el castillo: «la casa de la infancia, la muda, la sombría, al fondo de los parques frondosos donde el ave transida de la mañana cantaba bajito por el amor de los muertos muy antiguos en el obscuro rocío». Ahí, «en esas cámaras profundas de ventanas adormiladas» era «donde el antepasado de su raza había vivido y ahí donde su padre, después de sus largos viajes, había venido a morir».

No quedaba sino uno que otro mueble empotrado en los muros, como formando parte de sus sillares, lo suficiente para reconstituir lo que fué el hogar.

Y en la más vasta de las salas, junto a una mesa de encina maciza, Witoldo vió distintamente a su padre y se vió, pequeñuelo, él mismo, aquella noche cuando un servidor vino a rogar de parte de una criada moribunda, que la dejaran ver al niño, a *su* niño.

Su padre y su madre. El, sin hablar, le había hecho una seña, y por la mano había cogido el criado y le había conducido a través del jardín nocturno hasta el pabellón de los domésticos, donde acababa de expirar la criada hebrea que le dió el ser.



—Este,—previno el guarda, desde el umbral,—es «su» cuarto: donde nació, creció y estudió.

Y Witoldo pensó:

«¡He aquí el muro sin crucifijo y la mesa y el libro Cerrado! Si lo imposible aguardado tanto tiempo Golpeará a la ventana, como el pechirrojo aterido ¡Quién, pues, se levantaría aquí para abrirle?»

En el testero sobre la chimenea brillaba otra lápida. El guía encendió una linterna y la alzó para leer.

—Dice:—dijo,—«Era la vieja alcoba azul de la Casa de mi Infancia. Yo había nacido allí. Es ahí también donde se me apareció antaño, en el recogimiento de la vigilia, mi primer árbol de pascua, ese árbol muerto convertido en ángel que surge de la profunda y amarga selva, que surge todo encendido de las profundidades de la selva helada y camina solo, rey de las lagunas nevadas, con sus fuegos fatuos arrepentidos y santificados, en la campiña silenciosa y blanca; y he aquí las ventanas de oro de la casa del niño bueno.»

Había traducido de corrido, siguiendo con el dedo los renglones de los versos, pero casi sin titubear, como si se los supiera de memoria. Así los había *destraducido*. Y cuando acabaron, Witoldo los prosiguió en silencio: «¡Viejos, tan viejos días, tan bellos, tan puros! Era la misma alcoba, pero para siempre fría, pero muda, pero gris. Parecía haber olvidado para siempre el fuego y el grillo de las antiguas veladas. ¡Ya no había padres, ya no amigos, ya no más servidores! No había sino la vejez, el silencio y la lámpara. La vejez mecía mi corazón, como una loca a un niño muerto, el silencio ya no me amaba, la lámpara se extinguió».

\* \* \*

El hombre apagó deliberadamente su farol, porque reaparecían a la semiclaridad del exterior, en el apaciguamiento vespertino.



Y como Witoldo le hubiera significado su deseo de visitar también el pabellón, no ocupado ya sino por el jardinero y su familia, atravesaron el jardín crepuscular, como aquella noche, y como aquella noche, pudo ver la estancia donde furtivamente había vuelto sólo a las altas horas, para despedirse del cadáver de su madre y donde, habiéndose ocultado al sentir llegar a alguien, pudo presenciar desde su escondite la escena en que el terrible amo y señor cubrió de besos insanos a la muerta y se golpeó la frente contra los bordes del humilde lecho de muerte. El rostro del verdugo decrepito, aparecía demudado por no sé qué remordimientos, mientras el de la joven víctima, parecía transfigurado también por no sé qué perdón. Y el hijo, sofocando sus suspiros, creía asistir al derrumbe de todo cuanto se nos enseña de bueno y de malo, de injusto y de justo, ¡cuanto repiten los hombres, sin saber lo que se dicen! ¡Ah! ¡Allí no se pondría ninguna lápida! y, sin embargo, él podía decir, como había dicho, que ahí había comprendido de una vez por todas, siendo niño, «de qué muertes sordas, irremediabiles, están hechos estos días de la vida».

—Me permití contarle por mi cuenta al Señor Cura, que Ud. admiraba a nuestro Herme Schylo, porque él es su traductor, ¿sabe? y como no pudo acudir en persona a atenderle, me ha encargado no dejara de pasarse por la casa parroquial,—manifestó el guarda, reconduciéndole hasta la cancela.

Mas Witoldo Czarwicz habíase pasado la mano por la frente y ya se había recobrado.

—Lo lamento,—dijo con decisión,—pero apenas si me queda tiempo, porque salgo de Lituania esta noche. Agradézcaselo *todo* de mi parte.

Y, envolviendo su tarjeta en un billete de banco, se la dejó en la mano.

Todavía se volvió a medio descenso y pudo distinguir la verja cerrada, las copas de los árboles y, entre



ellos, los torreones de la casa: «¡Corazón, triste corazón!» Un algo impalpable como una nevada gris, que era la noche y el recogimiento de la noche, comenzaba a amortiguar el paisaje. Entonces apresuró el paso, hacia la ciudad de tránsito y hacia el porvenir siempre despejado ante los hombres de buena voluntad...

*Madrid, 15-17 Abril.*



Héctor Fuenzalida.

## CUENTO DE VERANO

*A Oscar Vásquez.*

### I

**M**ONSIEUR Simón tal vez, sin quererlo, el benefactor más eficaz de la región instaló en 1907, en los faldeos que dan a la Quebrada de Camarones, un hotel que, desde entonces se ve muy concurrido. Cuando yo fui allí hace algunos años Monsieur Simón todavía se hallaba joven y conservaba la fama que le dieron sus quesos de adobe, los que, como todos saben, le han glorificado después de muerto.

Yo llegué en un coche de posta bordeando el lento curso del Colorado, después de pernoctar en Mercedes. Encontré en el hotel a Fabián de Azúa que ya, a fuerza de usar su pseudónimo había perdido su verdadero nombre, pues se había inscrito en el registro de pasajeros con el ostentoso mote literario. Vertía al francés su neurastenia, se prodigaba en una descripción acerca de los climas, mientras Monsieur Simón le escuchaba sonriendo con incredulidad y espanto. En el hotel había un cisma entre los pensionistas; en tanto las señoras se quejaban de sus dolencias, que les afectaban particularmente el estómago y la vesícula, e ingerían con fruición el agua que escanciaba abruptamente la montaña; los hombres tediosos y lerdos buscaban en las cockteleras el residuo agradable del aburrimiento y del estío.

Aquella división impuesta por la bebida no nos interesaba a mí ni a Fabián el que, vicioso de todos los vicios, protestaba del afán de las mixturas... Encontramos de improviso en la



biblioteca una pequeña sociedad más de acuerdo con nuestros gustos. La biblioteca con un ventanal inconcluso, innundado de madre selvas, era un excelente refugio para la lectura y para los ocios de la charla o de la digestión. Se colaba allí un aire hondo de perfumes bravíos. La academia era exclusivamente nocturna. En el día unos niños pálidos hojeaban los libros de estampas y en la noche la charla picante de unos hombres solos, chocaba sobre los dorsos alineados, mezclada al humo de los cigarrillos.

A mediados de Febrero, al empezar los bailes de la terraza, nuestro pequeño grupo de hombres se fué reduciendo al par que los temas se hacían cada vez más profundos e interesantes.

Siendo hombres solos, se llegó a hablar de vicios, se llegó a hablar de mujeres; se llegaron a insinuar los temas de amor en un lenguaje falaz y ligero; sin embargo, a nadie gustó este tono, y, de pronto, dió un giro exclusivamente sentimental. Y cosa extraña, todos fuimos descubriendo bajo exteriores vulgares y cansados un alma fiel a los recuerdos. La reunión, a la medida de las confianzas, se iba haciendo cada vez más esotérica. Y era lógico. Aquellos cuatro hombres a fuerza de conversar y de contarnos anécdotas, habíamos logrado inconscientemente un grado muy alto de confianza. Casi no teníamos secretos, y nuestras charlas se habían hecho tan íntimas que ya no admitiendo confidentes advenedizos. Pero Fabián de Azúa a quien por su prodigiosa cultura colonial, se le toleraban toda clase de insolencias, trajo a la velada a un personaje que en un principio no inspiró confianza ni simpatía. Aquel hombre tenía unas ocupaciones que dejaban mucho que pensar. Era conocido como agrónomo, y, sin embargo, sólo profesaba aficiones visibles por el dibujo. Se llamaba Luciano Elgar, tendría unos cuarenta años, unas mejillas rosadas, un andar ágil, un porte casi atlético. Era un espíritu extraño, en absoluto libre y altivo, ajeno a toda concomitancia con el ambiente, cultivando, con él, una indiferencia perfecta, una de esas indiferencias que hacen llorar a las mujeres. Nunca le pudimos hallar oportunamente... Perdíase largas horas en excursiones solitarias, a lo largo de angostos valles, entre los cerros; y regresaba al anochecer trayendo en su gabeta de artista unos dibujos bañados de una luz soberbia que daba a los paisajes unánimes de la sierra un realismo violento y pavoroso. En el patio del hotel le rodeaba un grupo de niños.

Fabián de Azúa, pródigo en odiosidades y obscenidades, le profesaba antipatía y le impugnaba con encono:

—Yo sólo reprocho a Ud. sus botas de siete lenguas; su clase



de vida dispersa y holgazana. Y entre otras cosas: modo de hacer arte a campo traviesa; exceso de aire y de aguas como únicos dispendios y ficciones; falta de narcóticos, ausencia de estimulantes y de mujer en las comidas y después de las comidas; manera gitana de ornamentarse las orejas con pámpanos de boldo cuando vuelve de sus excursiones... Afición a la metamorfosis: nos ofrece Ud. a veces el espectáculo de un turista alemán sudoroso, atlético, agitado que vuelve de sus caminatas, o debajo de su quitasol ambulante; cuando dibuja una sementera, semeja un arqueólogo chiflado, o cuando se extravía usted en los pantanos vecinos al Colorado, vuelve como un vagabundo enlodado, en busca de refugio y alimento y entonces usted inspira, sin saberlo, los más candorosos y ardientes sentimientos a las damas. Ah! y en la terraza, cuando todos bailan y ríen usted retraído en un rincón, con la vista perdida en la lejanía, o hablando exquisiteces acerca de las aves, las piedras y los cerros, es un gran señor un poco poeta que ama la caza y se aburre lastimosamente con sus semejantes... Y por último, afición demesurada a esconder su obra o enseñársela a los niños diciendo si se le interroga acerca del mérito de ella que, en realidad, su arte no vale nada y que sólo lo hace por higiene espiritual. Realiza usted un arte exclusivamente higiénico; y el arte, el verdadero arte, emana de nuestra podredumbre.

Luciano Elgar asentía sin alterarse:

—Todo eso es cierto, amigo mío...

Y Fabián de Azúa, lleno de rencor, gritaba:

—Podredumbre de siglos!

---

Aquella noche Monsieur Simón irrumpió en la biblioteca después de las doce con una bandeja cargada de licores... Tenía el hábito de llegar a esta hora buscando charla sin denotar huella alguna de fatiga a pesar de sus años y desvanecía la frágiles discordias con un rostro afectuoso, picado de viruelas, de una comicidad irresistible...

El doctor Salvatierra, tal vez el personaje más gaudioso de la reunión golpeaba furiosamente las espaldas del francés admirándose de su fortaleza y prometiéndole como siempre una contienda de bebedores.

Monsieur Simón advirtió un poco extrañado la presencia de Elgar en la reunión. Aseguro que le conocía de hacía años y que era un *muchacho* digno de toda estimación. Pero que por



su agilidad quedaba muy holgado a aquella sedentaria reunión. Yo que era tan andariego como él y que ya le profesaba una viva simpatía, le ofrecí una copa que él rechazó con horror agregando un borbotón de excusas.

Monsieur Simón dijo:

—Será inútil corromperlo. Su virtud es el más fuerte de todos sus vicios.

No bien había dicho estas palabras, cuando un resplandor semejante al estallido del magnesio, lleno los ámbitos de la estancia. Fué como quedarnos a oscuras. El viejo hotelero se precipitó sobre el amplio ventanal y escruto el fondo tenebroso de la noche.

—Una tempestad de verano!—exclamó. Si se pudiera ver la elaboración de estos altos cielos de tempestad. Es lástima que la noche sea tan oscura. Las tempestades en esta región tienen un oropel fantástico de nubes.

Otro vivísimo relámpago cruzó la noche y vimos en lo alto de la Quebrada de Camarones, una estría rutilante, que iluminó un torbellino de nubes en movimiento. El hotelero miró nuestros rostros asombrados:

—Señores: no crean que los he estafado: el espectáculo, auténtico del todo, figura en el catálogo de veraneo... ¿Pero verdad que la noche pide a gritos una historia?

Todos impulsados por idéntica curiosidad, pedimos a coro aquella historia. Pero ninguno de los cuatro hombres tenía ya nada que contar. Nuestras miradas iban de súbito, al cielo cargado de electricidad o a la bandeja cargada de licores o a los rostros cargados de curiosidad.

Un nuevo trueno seguido de un relámpago, partió el cielo, y alguien dijo:

—Es a usted, señor Elgar, a quien le corresponde esta vez.

Era una magnífica idea, pero Elgar se agazapó en su sillón de peluche y enredó unas palabras de excusa. La lluvia empezó a tamborilear en los cristales y Monsieur Simón cerrando las cortinas de felpa, agregó:

—Ya no hay más relámpagos ni truenos. La espontaneidad de estas tempestades estivales, necesita de poca artillería. Puede usted dar comienzo señor Elgar después de este prelude. Lo autorizo para que use de mi persona en su relato, en la forma que lo exijan los acontecimientos. Un hotelero se hace indispensable a todo relato.

Elgar que se mostraba confuso, contestó vivamente:

—Gracias. Usted es muy amable... Pero en qué relato haría de mezclar su excelente persona? Yo no tengo historias.



No era precisamente vergüenza lo que impedía a Elgar ofrecernos su relato. Todos pensamos que en realidad le faltaba el tema.

Pero M. Simón le dijo de pronto:

—¿Cuántos años hace que nos conocemos señor Elgar?

Elgar respondió con tristeza:

—Muchos, muchos, mi querido Simón... Soy ya casi viejo y entonces tenía unos veinte años.

En este instante, Fabián de Azúa, se incorporó y apuntando con el índice el rostro de Elgar lo miró intensamente:

—Dice usted *entonces*... ¿Qué sucedió *entonces*?... He ahí el tema!..

Elgar esquivó la mirada.

—Oh, es un secreto de familia,—balbució—Es un secreto de familia.

¿Hay nada más terrible que la curiosidad masculina? La curiosidad femenina que tiene su límite en el corazón, es frágil, limitada, y se puede satisfacer con cualquier engaño; pero la curiosidad de los hombres que sólo se satisface con la razón, no se contenta con nada, hasta no llegar a extremos odiosos, disimulada tras una pátina de circunstancias. Bastó que Elgar tomara una actitud reservada, para que todos, usando de cuantos medios tuvimos a nuestro alcance,—le exigiéramos el relato prometido... Fué tal nuestra majadería que Elgar accedió, como único medio de librarse de nosotros.

—Apuesto,—dijo el doctor Salvatierra,—a que es una historia de amor

—No tiene nombre mi historia,—repuso muy serio Elgar.

Y empezó de esta manera:

—Hace diez años murió mi madre. Puedo hablar con más tranquilidad ya. Mi historia es de estos lugares. La vecina ciudad de Mercedes, teatro de mi asunto, era *entonces* un centro social muy ameno. E indicó cómo nuestras provincias han ido sacrificando su idiosincrasia a las innovaciones edilicias.

Añadió que había perdido a sus padres a muy temprana edad.

—Mi madre,—explicó,—era hija de franceses, radicados en el Norte, donde prosperaron en el negocio de pulpería. Allí la conoció a mi padre y allí casaron muy a disgusto de mis tías Elgar, que eran el único resto decente de mi familia. Mis tías que vivían en el Sur, muy lejos de nosotros, en Bellavista, determinaron no conocer a la francesa y repudiarla para siempre. ¿Cuál era la causa de esta conducta? No lo sé... No nococí a mi madre. Mi corazón no guarda el recuerdo que todos ve-



neran, pues, tanto mi padre como mis tías, pusieron todos los medios a su alcance para privarme de su memoria y aislarme del contacto de su imagen. Su vida es del todo extraña a mi vida. Huyó cuando yo todavía era muy niño del lado de su esposo acompañada de alguien... Mi padre murió unos años después, todavía lleno del estupor que le produjo su conducta.

Elgar se detuvo unos instantes. La lluvia azotaba furiosamente los flancos de la biblioteca.

Todos nos miramos. ¿Quién era este singular personaje que se atrevía a relatarnos tales intimidades? Nos sobrecogió una mirada rápida de M. Simón. Sólo Fabián de Azúa tosió con estruendo e hizo un ademán. Personalmente, después de la primera impresión, yo me sentí atraído por el relato y miré con doble simpatía a Elgar. El continuó tranquilamente:

—Vivíamos en San Lorenzo donde mi padre era juez. No quiso el salir nunca de este pueblo que le había traído la desgracia, y ya habituado a su dolor, echaba de menos el trato doblemente respetuoso de sus relaciones, de aquellos que halagaban su ingenio y posición, y, particularmente, de aquellos que conocían su ánimo pusilánime y acabado, y veneraban su fatalidad. He de decir que de los Elgar no quedaban más que mi padre y dos viejas solteronas, muy conservadas, que cultivaban un jardín y una huerta. Estas viejas deliciosas, eternamente jóvenes, con grandes delantales almidonados, murmullos de llaves, tenues mejillas rosadas y hermosos dientes, vivían entregadas con fruición a las labores domésticas en el pueblo de Bellavista. La familia Elgar, desde mi bisabuelo que perdió su fortuna en el juego, era muy andariega y aunque no exenta de bienes de fortuna se le veía, con cualquier pretexto, mudar de residencia. En aquella época ya estaban todos los Elgar muy distantes unos de otros: mi padre en San Lorenzo, mis tías en Bellavista; todos en lugares como es sabido, muy lejanos a Mercedes, el pueblo de origen. Sólo de tarde en tarde, un duelo o una querrela, agitaba los viejos afectos que estallaban en límites de llanto o de riña.

En San Lorenzo, teníamos el retrato de Balmaceda escondido en casa, y a veces, entre amigos de mi padre, se provocaban obscuras discusiones de política en el desván y yo escuchaba escondido en la alacena hasta que olor de las manzanas y de las pepillas de margaritas, que allí se guardaban, me hacía desfallecer.

Con la muerte de mi padre, después de un largo viaje, pasé a integrar la casa de mis tías Elgar en Bellavista

Incorporado a un medio social más *encopetado*, tenía allí



dos ocupaciones: aplastar mis cabellos con el cepillo de mi padre, por la mañana, y dar gusto, por la tarde, en el salón. Mis aficiones políticas y mis modales bruscos adquiridos en casa de mi padre, sin embargo, me llevaban continuamente a hacer indiscreciones que mis tías no podían perdonarme, pues reunían en su salón de Bellavista una rolliza hueste opositora. Pronto las abandoné para dedicarme desenfrenadamente al periodismo. Iba a una imprenta, y con el lápiz entre los dientes, discurría mentiras y chascarros, y en la madrugada, entre boks de cerveza, tuteaba a las personas mayores del Club de la Estrella. De esta manera enflaquecía, olía mal, me impregnaba tenazmente de Zola y de un puritanismo insultador y tenebroso. Pues bien, sin hallar que hacer con mi destino, y después de un violento acceso que culminó en una tentativa de suicidio casi de carácter político, fui sorprendido con la noticia que mis tutoras me otorgaban una prudente mensualidad a cuenta de una herencia que ignoraba

—Pues bien, continuó Elgar.—En esta ocasión un médico alienista que usaba anteojos ahumados y barba cerrada, me ordenó una temporada de vacaciones. Este médico alienista es un personaje de mi infancia. Dos veces al año atravesaba el pasadizo entablado de la casa de mis tías. Yo escuchaba su voz obscura, siempre igual, que ennegrecía los días grises. Venía en otoño a ver a tía Eulogia, enferma anualmente de su primer catarro, y en primavera volvía al despuntar los granos de tía Amelia, con las primeras flores del jardín. El misterio de sus ojos escondidos no me fué revelado sino cuando lo tuve frente a frente. Así, no pudo disimular una mirada suave que se paseó por mi frente y mis mejillas interrogativamente, mientras yo me adueñaba a mansalva de sus pupilas al través de la bruma de los cristales. Simulaba ir siempre pensativo con los párpados bloqueados por el misticismo. Ah! Pero yo sabía el secreto: aquellos ojos habían mirado a tía Eulogia y habían mirado a tía Amelia: la indecisión le obligaba a llevarlos ahumados, tamizados, ocultos. Mis tías juntaban las manos y me decían que debía obedecer ciegamente. En la tarde pensé que había cumplido veinte años. Me miré en el espejo: usaba barba rala, anteojos de carey, corbata de plastrón, bastón de perilla y como fumaba copiosamente, mis dientes estaban amarillos. Me consideré demasiado compuesto a mis años; pensé seriamente en mis vacaciones y arrojé mis galas

Era a mediados de Octubre.

Antes de radicarme en la playa tenía que pasar unos días en Mercedes donde mi padre de soltero había hecho su estreno



en la abogacía y de donde, como he dicho, era oriunda mi familia. Yo recuerdo un hombre envejecido (era mucho mayor que mi madre) siempre refunfuñando, afecto a las comidas picantes con una mirada viva, infantil y a veces mordaz, en medio de una frívola afición a las colecciones. Confieso que al venir a Mercedes mi propósito era muy vago y sentimental. Al despedirme de mis tías en una indiscriptible escena de ternura filial, me encargaban, entre sollozos, que buscara allí un antiguo reloj de familia, que, desde Juan de Carrasco, fundador de una dinastía de agricultores del Colorado, y luego en los Quevedo, viñateros fervorosos, y luego cruzando una sinuosa línea de colaterales, llegaba hasta el comedor de los abuelos Elgar de donde se perdía misteriosamente. Me pedían también que en Noviembre bajara a poner flores sobre la tumba de tía Rosa Carmela.

Obsesionado por la imagen de aquel reloj, unida a la de mi tía muerta, a quien, no se por qué complejo, suponía sin narices, partí ignorando que por las calles del pueblo, empedradas con piedra de huevillo, transitara desde el principio del mundo, gente del todo afable y distinguida.

He dicho ya que cumplía mis veinte años y transcurría entonces, lentamente, sin sucesos, un año lejano, polvoriento, impregnado de moho en sus articulaciones con el tiempo: 1907.

Arribé mal.

Me inscribí en el registro del hotel, agregando a mi nombre y mis dos apellidos, la profesión de periodista, pues se me exigió que aclarara acerca de mis ocupaciones.

A la hora de comida, Monsieur Simón, entonces ya eximio hotelero, me hizo probar los exquisitos quesos que adobaba y que daban fama virginal a su establecimiento. Dormí desordenadamente. Soñaba ir por la orilla de un mar, al borde de un acantilado; de pronto el nivel del agua subía hasta cubrir las rocas donde yo trepaba procurando salvarme. Una ola monstruosa me envolvía arrastrándome mar, adentro; pero una mano más fuerte que la resaca me volvía hacia la orilla. Quería ver a quien pertenecía la mano salvadora y sólo veía a la distancia, sobre unas dunas ardientes, el cuerpo de una mujer desnuda, en actitud supina mirando el claro cielo.

Me sentí muy solo a la mañana siguiente.

Pero a la hora de almuerzo tenía un compañero de mesa. Debo confesar que yo tuve la culpa de tan singular amistad. Me atrajo su mirada suplicante y húmeda, el exceso de palabras y ademanes de que estaba compuesto, dentro de su obligado silencio. Saludaba a todo el mundo con una sonrisa de



complicidad sin que nadie hiciera caso a sus insinuaciones de mendigo de charlas. Una muy explicable caridad profesional, me obligó a dirigirle la palabra. Y esto bastó.

Este hombre al descubrir en mi rostro demacrado los restos de un periodista, estuvo a punto de volverse loco de alegría. Era un periodista de verdad, en estado de furiosa incubación. Al apreciar aquella alegría yo vacilé un instante; y creí que en realidad mi vida, mi pasado, eran dignos de ese entusiasmo. Pero a poco, descubrí que sólo los deseos de charlar impulsaban a este hombre sencillo a adular todas las profesiones.

Exclamó:

—El periodismo... El periodismo! Toda nuestra historia nacional está materialmente cubierta de periodistas. Vea usted...

Iba a seguir enumerando una lista de personajes que empezó a urgar en su memoria. Pero yo le interrumpí. Era excesivamente débil y su esfuerzo intelectual parecía agotarle. Cubierto de anteojos y bufandas, vivía en un perpetuo catarro. Su rostro reflejaba tal candidez, tal inocencia, que creí que se emborrachaba con sus palabras. Noté que en su adulo no había hipocresía y sentí lástima de la fuerza de su entusiasmo. Le interrumpí ofreciéndole los primeros nísperos de la estación.

Respiró profundamente después de devolver sobre la mano los cuescos húmedos. La fruta parecía llenar de súbita fecundidad su ánimo:

—La industria frutícola es, sin duda, una de las mayores fuentes de riqueza nacional. No hay más que ir a las estadísticas. En el último mensaje del Presidente...

No oí más. De pronto sentí una cosa extraña en el estómago, un vértigo pavoroso. Toda mi vida pasada se amontonó en un instante sobre la mesa. Ví entre los cubiertos y las copas discurrir un mundo ya muerto que odiaba; el club de la Estrella, aparecía ante mis ojos con su cortejo de espectros políticos.

Mi estómago, por lo demás, solicitaba sin vacilaciones, atención inmediata. Pedí perdón a mi amigo y salí violentamente del comedor. Corrí en demanda de mi pieza, donde esperaba hallar la tranquilidad que necesitaba. Pero llegado allí, tuve que retroceder bruscamente desde el umbral.

Una dama y sus maletas ocupaban toda mi estancia. Oí una voz ligera y grave, cargada de entonaciones de contralto que a veces parecían quebrar el tono en un sollozo. M. Simón discurría ronroneando como un moscardón al sol, en una ola de perfumes. Al verme en aquel estado, no pudo disimular su malestar. Me tomó con brusquedad del brazo y arreó conmigo.



—Cómo se atreve a importunar de esta manera a Mme. Leblanc! murmuró lleno de indignación.

Transportado en esta forma, me explicó que Mme. Leblanc era una distinguida dama de la colonia francesa, obligada por la necesidad y que iba a instalar una exposición de novedades para señoras en el hotel. Acababa de llegar en el último tren. Me condujo al través de un pasillo y me indicó una puerta.

—Este es su nuevo alojamiento, me dijo y desapareció sin una excusa.

Apenas si tuve tiempo para entrar a mi nueva habitación. Mi malestar era atroz.

Mi nueva alcoba era muy triste. Estaba colocada en un pasillo y no recibía luz por ninguna parte. Tendido en la cama miraba por la puerta el paso de algún pensionista a un criado, cuyo delantal recogiendo la luz del patio iluminaba con una claridad fugaz la oquedad temblorosa del pasillo.

Allí recapitulé acerca de mi suerte. Maldije aquella Mme. Leblanc que infundía tanto respeto a mi candoroso hotelero... No había tenido tiempo de apreciar su persona tan hermosa. Recordaba una voz, recordaba un perfume, recordaba el óvalo de un rostro asombrado: reuní pequeñas cifras, sin lograr el total. Pero era, sin duda, una hermosa señora.

No volví a verla.

Pasaron unos días agitados y atrabiliarios. Sin hallar el reloj de mis tías, Mme. me intrigaba, me enfermaba, la buscaba. O perseguía en la escalera del hotel un leve taconeo, una tosecilla, una voz rápida dando órdenes, o un perfume atrapado de súbito por mis narices, me detenía delirante; u ocioso, cansado de nada, vagaba por las calles de la ciudad entreteniéndome mi solitario aburrimiento con melancólicas ocupaciones; o me imponía la obligación de visitar los misérrimos alrededores; o leía el tratado de Química de Langlebert en las despobladas avenidas del cementerio; para desterrar de mi alma los prejuicios y los vanos temores; o permanecía largos instantes bajo las naves de la iglesia parroquial oliendo el incienso que a veces me enervaba o me producía vértigos al estómago. O provisto de un lápiz y unos papeles, copiaba los gestos de la naturaleza en la sencilla fisonomía de los alrededores. Esta afición, lo confieso, brotó de mi de improviso cuando hacía en una hoja de papel la cuenta de mis gastos. Súbitamente mi lápiz se enredó en una curva, persiguió un objeto, y llegó a una forma. Era dibujante. El ocio hizo lo demás.

Mi *animula vágula* había olvidado la verde ternura de mis tías y el reloj de pesas de mi familia. Mi compañero de mesa



se había perdido y sus gastos estaban cargados a mi cuenta.

Pero una mañana hallé una esquila en mi velador. El papel lo firmaba Madame Leblanc y estaba impregnado de un olor maternal, cálido y gentil. Era tan inesperado para mí, que apenas pude leer su contenido. Madame Leblanc se excusaba de haber ocupado mi alcoba y me invitaba a comer aquella misma noche a su mesa. Me reservaba una dieta. Tanto delicadeza me llenó de rubor. Tosí fuertemente al enjuagarme las encías; extendí canturreando la ropa blanca sobre mi cama, restableciendo el orden general de mi equipaje. Sin saber lo que hacía, compré un paraguas de realización y pedí a mis tías mi lejano pijama granate.

En la tarde, al respirar el blando airecillo del cementerio, mi espíritu abierto a una nueva vida, sentía que Madame Leblanc, como Mathilde Dembosky, al pobre Stendhal, infundía en mi alma «ideas buenas, justas e indulgentes».

Bajé a la tumba de tía Rosa Carmela y le arrojé un manojo de rosas.

Encontré a Madame Leblanc a la hora de comida sentada a la mesa, con un echarpe de cachemira sobre los hombros casi desnudos. En el centro de la mesa, aislada en un extremo, estallaba un grueso búcaro de ranúnculos y margaritas.

El vapor de la sopa de gallina cubría el busto como un incienso. Al frente, de espaldas al comedor, había otro cubierto.

—Trae usted una cara de enfermo, Luciano—exclamó con exquisita familiaridad en una lengua corriente. Mi nombre pronunciado con naturalidad por su boca me produjo tal nerviosidad, que, al inclinarme volqué la enhiesta espuma de la servilleta doblada en forma de ramillete, y fué a hundirse en el plato de la sopa.

Debió parecer debilidad mi torpeza porque, al sentarme, agregó con cariñosa severidad:

—Usted debe cuidarse. Vagabundea demasiado a su edad. ¿Qué barbaridades anda haciendo?

Yo bajé los ojos, avergonzado. Mis barbaridades!

—Busco un reloj de pesas para mis tías,—le repuse desplomándome en la silla.

Como no tenía otro tema, empecé a hablar de mis tías de Bellavista. Y tal vez estuve ameno, porque Madame, con los ojos muy abiertos, me escuchaba con extraordinario interés.

## II

Como era de esperarlo,—continuó Elgar,—al día siguiente,



todo el hotel estaba ocupado con la anunciada exposición de Madame Leblanc, y la noticia había llegado hasta el público.

Esto tuvo serias consecuencias para mí.

En la mañana, la criada española de M. Simón al servirme el desayuno, se enredó en la alfombra y súbito rodó volcando la bandeja del café. Un momento después, se levantaba protestando con insolencia haber manchado el vestigo negro con leche y mientras se limpiaba concienzudamente la falda y se enderezaba la peineta de concha frente al espejo, murmuró un concierto de injurias, y salió canturreando sin hacer caso de mí. Muy disgustado salté del lecho, y bajaba la escala de los dormitorios, pidiendo dos huevos a la paila, cuando mis gritos, que habían llegado al gallinero, hicieron estallar allí un alegre y abigarrado clamor que colmó mi impaciencia. Aquellas aves impertinentes, sin preocuparles mi indignación, parecían vocear el nombre de Madame. En el rellano, frente a la cabeza de venado que adornaba el muro, tropecé violentamente con M. Simón que subía hecho una exhalación de agua de Florida. Volvióse rápidamente excusándose:

—Tenemos a Madame Leblanc ya instalada en casa...

Yo le repuse con una cólera heroica que deseaba desayuno.

—Vea en el salón. Es allí donde Mad. Leblanc muestra sus vestidos. Acuda. Maravilloso.

Infructuosamente entré en el comedor. Allí, entre la vajilla callada y vacía, dispuesta ya para el almuerzo, sólo veíanse tarjetas ilustradas en las que se destacaban sobre capitulares rojas, el nombre de Madame y el nombre de unas sedas. En la puerta del hotel había un aviso de una inmovilidad petulante: M<sup>me</sup>. Leblanc, robes et manteaux.

M<sup>me</sup>. Leblanc, M<sup>me</sup>. Leblanc, por todas partes...

Fuí informado que la exposición ocupaba provisionalmente la sala de recibo del hotel, y guiado ya por la curiosidad, entré tímidamente en aquel santuario. Madame había hecho encender un brasero y quemaba unos panes de azúcar con el objeto de cambiar el olor rancio de la estancia; un poco despeinada, como concertada para un aquelarre, tras el humo dulce y fragante, tomaba, andando de un lado para otro, su desayuno; y mezclaba a él infinitos quehaceres. Sin ser visto, yo la observaba desde la puerta: tan pronto se llevaba a la boca un pedazo de tostada que después dejaba sobre un mueble o un baúl; como, accionando con la otra mano, rompía con un pequeño jadeo un lazo o una etiqueta. Su persona era algo bravía, masculina, ostentosa, sensual, danzante, y en ciertos límites, humorística.



Al sorprenderme, exclamó:

—Me ha asustado, monstruo!

Constaté: ojos grises, brillantes, duros que se agrandaban al responder, y parecían siempre llorosos o irritados en su luz violeta. Tal era la fuerza de estas pupilas, que no he vuelto a ver parecidas, que, como ocurre con el colorido de un pintor, infundían su matiz a las cosas.

Hice ademán de retirarme, pero ella me detuvo rogándome que la acompañara en la tarea de sacar de los baúles las toillettes y extenderlas cuidadosamente sobre las butacas forradas de damasco pálido. Al girar extendió un brazo y un olor violento y fragante me picó las narices. Abrió un baúl, lleno de bandejas y me dió unas explicaciones. Cuando toqué las sedas, sentí un estremecimiento; eran tan suaves y perfumadas como suponía la carne de la mujer que las comerciaba; parecían vivas y se desmayaban en suaves giros como en el intento pueril de sorprender en una pose irónica y voluptuosa. Había que llevarlas sobre los brazos, sopesándolas, sentarlas con cuidado sobre las sillas, donde se entregaban en una desnudez magnífica, al ensueño de su inutilidad.

Ella me llamaba niño o monstruo. Yo le preguntaba:

—¿Usted viaja mucho?

—Mucho, me respondía, con un gruñido, sosteniendo un alfiler entre los dientes y agrandando los ojos

—¿Trae también perfumes?

—Si traigo. En aquella caja están... Y me indicaba sin levantar los ojos, con una amohadilla de terciopelo, un montón de cosas. Busqué allí, debajo de eso, más allá de aquello, a la derecha, debajo del rótulo... Lafayette, Lafayette...

Levantaba la vista.

—¿Qué busca ahí? Eso... son galletas.

Yo me comí una caja.

A pesar de todas estas familiaridades, Madame me pareció menos llana que antes, y noté que afectaba su pronunciación, seseando y gangoseando las palabras.

Al anochecer ví unos escotes en el zaguán. Me perdí, aturdido del contorno. A los dos días, Madame me llamó a su mesa y me dijo:

He preguntado frecuentemente por usted y nadie sabe decirme donde guarda su soledad. Existe, sí, la presunción de que nos consagra aún la hora del sueño. Es usted, un Buda, una enredadera, una luciérnaga, un oso...

Yo le repuse casi con coquetería:

—Me aburre, me aburre todo.



Un aliento cálido volaba de su boca.

—Venga a verme esta noche. Le reservo una sorpresa, insinuó a mi oído.

Aquella noche crucé el pasillo con mi casaca granate recibida por expreso. Golpeé los vidrios de Madame aterido y animoso. Creí ver que apagaban una luz y empujé. Un silencio y una obscuridad pesada, en una atmósfera espesa, me hicieron vacilar un instante. Empujé sin embargo la puerta y dije:

—¿Está usted ahí?

Se oía el tic-tac de un reloj y brillaba un reflejo en la penumbra cargada de olores densos y soberbios, Repetí mi interrogativo sin lograr una respuesta. Oí, entonces, claramente, un gruñido que me llenó de pavor y regresé temblando a mi cuarto. Allí me despojaba humillado de mí formidable abalorio granate cuando, de afuera, en el pasillo, una voz fresca de mujer, al pasar, me gritó:

—Le esperamos en el salón...

La alegría de esta voz me dió ánimo para rehacer mi dispersa toilette.

Con mi casaca granate después de buscar arriba y abajo, hice entrada, cegado por la luz, al club nocturno de Madame que ocupaba una gran pieza vecina al repostero.

---

En aquella pieza, amueblada en forma original, M. Simón había reunido toda la quincalla de sus anteriores errancias, Había allí pedestales, estatuas, jarrones, lámparas, biombos, oleografías, acuarelas, mandolinas, cokteleras, koks del Tirol, escupideras, pipas de espuma de mar, licoreras, narghilés...

Aquella noche que era *la première*, la gente se entretenía en ir examinando festivamente los objetos. Había unas jarras que el levantarlas, ponía en movimiento un mecanismo que lanzaba al aire una musiquilla en la cual se percibía una melodía antigua. Todo estaba lleno de sorpresas. Alguién tomó el vientre de un muñeco y en medio de una nubecilla de polvo rancio salió, de un fuelle escondido, un maullido horripilante que hizo gritar a las damas. Pero lo más sensacional de aquel bric-a-brac, era un fonógrafo de cilindros que funcionaba muy defectuosamente. Con los tubos embutidos en las orejas, la gente escuchaba como al través de las profundidades de una cisterna, la voz del tenor Constantino:



O Lola bianca...

Unas cortinas rojas en las puertas, hacían angustiosa la atmósfera que se abría hacia el techo en un cielo ficticio poblado de serafines al bermellón. Yo seguía el grupo con languidez. Pero, de pronto, sentí un vuelco. En un extremo, cubriendo la esquina del piso al techo, se erguía el reloj de pesas de mi familia. Me detuve conmovido ante aquel monumento. Le habían hecho andar y marcaba unos lerdos compases. Desde el obscuro rincón donde yacía, daba una hora cada cierto tiempo y asustaba el imprevisto de su ecuánime corazón de hierro en marcha, a cuyo ritmo las generaciones de mis abuelos aprendieron a fortalecer sus corazones y a medir un tiempo disperso y holgado que no tenía contornos en la inmensa llanura de su felicidad.

Con qué lentitud y, a veces, con qué tedio veía desarrollarse aquellas primeras reuniones. Todo era inexplicable para mí. Los caballeros a un lado, bebían a sorbos la mistela de apio que les ofrecía M. Simón, y tosían con estruendo abroquelados en sus pecheras almidonadas, para acusar el placer que les causaba la bebida picante y dulzona. Las señoras, atendidas por Mme. titubeaban al beber, hablaban, murmuraban, no comprendían nada, y, sin embargo, tenían los ojos encendidos por un deseo oculto: aquellos ojos de súbito revelados, muertos, verdinegros, antes pegados a las caras como a unos rótulos marchitos

(Continuará).



# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## LA REPUBLICA ESPAÑOLA EN TRES ACTOS

### I.—ALCALÁ ZAMORA

**L**A República española en tres actos, aunque no en verso. En prosa, y en prosa dramática.

Con la caída del primer presidente del Gobierno republicano de España, don Niceto Alcalá Zamora, y del Ministro de la Gobernación, don Miguel Maura, ambos republicanos sin tacha, pero no sin flaquezas, ha concluído el primer acto de la revolución.

Es decir, la revolución, que sigue avante, echa por la borda a los que no la comprenden en su cabalidad, aunque la hayan servido abnegadamente; a los que suponen que puede haber mixturas por el momento entre las esencias del pasado y las esencias de la revolución.

Con la Iglesia topamos Sancho. La Iglesia en efecto, ha sido el zanjón en donde han caído.

La Iglesia católica de España, poder omnímmodo bajo la Monarquía, y uno de sus fundamentos centenarios, no puede dejar de sufrir una transformación radical en la República revolucionaria.

La Iglesia, partido político de enorme fuerza material y moral en las sociedades conservadoras—que nada tiene que ver con cierto íntimo sentimiento religioso, elevado o vulgar,—debe amoldarse y se amoldará a los nuevos tiempos. Ya lo ha hecho en diversos países, desde los días de Lutero, en Alemania, hasta los de Obregón y Calles, en Méjico.

No se trata por parte de la República española, de represalias y persecuciones inútiles, que choquen por injustas al sentimiento de las gentes ecuanímes. Se trata sólo de reformas lógicas para la revolución y de necesidad vital para la República. Son cosas fatales. En todos los órdenes, y en la Natu-



raleza tanto como en la sociedad, formas atrasadas ceden a formas de vida más aptas y evolucionadas. Los grandes monstruos de la época terciaria han desaparecido. Nadie persigue al ventorrillero que se arruina al borde de la carretera cuando se abre al tráfico la vía férrea.

La Asamblea constituyente española, gritona y magnífica, vibrante de pasión y rica de sentido revolucionario, va elaborando la Constitución, dando estado jurídico al sentir revolucionario de España y preparando el porvenir. El porvenir debe ser distinto y aun contrario de lo pasado, aun saliendo de él. El hijo es otro que la madre, quien, sin embargo, lo llevó en sí. De ese modo traduce la Asamblea el espíritu de la nación que la ha elegido. De no proceder así, el pueblo la arrollaría a ella como ella ha arrollado a los gobernantes que vacilaron y creyeron encontrar un equilibrio político posible transigiendo en cierto modo, aun en el momento de la pugna, con el espíritu de ayer.

Lo que ha ocurrido a estas dos víctimas ilustres de su error religioso—es decir, político—puede ocurrir a otros en las cuestiones de orden social y a otros aun en punto a las sanciones que se impongan a los monárquicos de la Dictadura por desgobierno, atropellos y peculados.

La revolución sigue adelante. No siempre concluyen las revoluciones los que las inician. Lafayette y Kerensky, ambos vacilantes, sirven de ejemplo. Alcalá Zamora y don Miguel Maura pueden quedar como reserva de la República, a la que ambos han servido con honor, para días más serenos.

## II.—AZAÑA

El segundo acto de la revolución empieza con la elección de don Manuel Azaña para presidir el Gobierno de la República, y terminará cuando concluya la Constituyente la nueva Constitución por que ha de regirse España.

Respecto al carácter de la Constitución, no cabe duda. Dada la composición de la Cámara, será la obra jurídica de una democracia revolucionaria.

En cuanto al hombre que preside este segundo acto de la revolución española, si las circunstancias solas han presidido a su elección, debemos convenir en que los hados favorecen a la República.

Hasta ahora el Gobierno había olvidado—quizá por el carácter conciliador y eminentemente civil de Alcalá Zamora—



que se vive en un período de creación, de peligro, sin Constitución alguna que rija, y que por encima de una inexistente Carta Constitucional que obedecer existe la necesidad de cumplir el mandato popular de salvar el espíritu y la obra de la revolución e imponer sobre sólidos fundamentos la República.

El Gobierno anterior no hizo dejación de deberes gubernamentales; pero el señor Azaña pronuncia ahora palabras jacobinas que convenía pronunciar: «La República tiene derecho a ser respetada, y el Gobierno la hará respetar. ¡Ay del que alce la mano contra ella!»

Como se trata de un hombre enérgico y de un sincero republicano, ya sabrán los esperanzados del desorden a que atenerse.

Durará o no durará el Gobierno de Azaña; pero podemos estar casi seguros de que en la cabeza del banco azul no se opondrá un veto a cada audacia legislativa de la Asamblea ni se producirá una enmienda que la neutralice.

### III.—Lerroux o los socialistas

El tercer acto de la revolución empezará con el fin de la Asamblea constituyente y con el primer Gobierno constitucional de la República.

Lo representarán Lerroux y los socialistas.

¿Se elegirá entonces—según las minorías más numerosas de la actual Constituyente—un Gobierno socialista o un Gobierno republicano radical? Nadie puede saberlo todavía, y además, nada importa. Uno u otro gobernarán conforme a las leyes que salgan de la Asamblea Constituyente.

Entonces se verá que entre estos dos partidos, si existen diferencias, no existen—ni en punto a la cuestión social—abismos insondables. Ambos son en el fondo partidos moderados dentro de la ideología correspondiente.

El partido socialista, sabiamente disciplinado, y dirigido por jefes ilustres con hondo sentido de las realidades, evoluciona hacia el Poder. Es decir, pierde un poco su acritud y exclusivismo de clase. Se aburguesa.

El partido radical, de amplia y flexible ideología, es un partido que ha crecido mucho—como era natural que creciese—con la revolución. Posee hoy sectores de afiliados afines, casi limítrofes, con el ideario socialista. Lo olvidan los que sólo se fijan en que también parece ensancharse con gentes de más



tímido pensar. Todo ello constituye a ese partido, acaudillado por la gran figura política de don Alejandro Lerroux, en un partido de zona templada. En un partido apto para el gobierno, tanto en días serenos como en días en que se amenacen y entrechoquen pasiones y opiniones demasiado irreconciliables.

¿Estarán llamados a devorarse entre sí socialistas y radicales? Uno y otro partido gobernarán de seguro el día de mañana. Se disputarán el Poder con mayor o menor saña. Pero alguna vez acaso tendrán que coligarse entre sí y con los radical-socialistas—tercer factor importante en la política del momento—: cuando sientan la zarpa del mismo adversario a la izquierda—los comunistas—y el mismo adversario a la derecha—los monárquicos clericales.

Sí. Más de una vez en lo futuro tendrán probablemente que estrecharse las manos los grandes partidos que hoy dominan en la Cámara y en el Gobierno, después de haber obtenido juntos la victoria contra la Monarquía.

Y lo harán en defensa común de la República, del socialismo y del porvenir, hasta que otros partidos sean capaces de gobernar a España. —R. B L A N C O - F O M B O N A.

Madrid 1931.

## VIDA DE PABLO GAUGUIN

**E**S una vida exótica, revuelta y algo misteriosa. Durante años ha permanecido en estado de leyenda, maldecida, o incensada pero el estudio de su obra la ha ido despejando poco a poco de oscuridades. Una y otra aclaran y completan la amarga aventura que vivió el pintor.

En Gauguin se encuentran dos pueblos divergentes: su padre es francés y su madre, peruana. Y esta fusión de sangre determina un ser que es a la vez aristocrático y primitivo, lúcido y sensual. ¡Sorprendente aleación de cualidades que se trasluce en cada una de sus telas!

Nace en París en 1848; pero parte de su infancia la pasa en Lima. El la recordará siempre con sus iglesias penumbrosas, sus patios muertos de pereza y sus calles «en donde los gallinazos venían a devorar las inmundicias».

De niño no se distingue por un talento exagerado. «A veces— cuenta él mismo en un cuaderno de memorias—se me veía inmóvil, extático, silencioso bajo unos nogales que ornaban el



jardín. ¿Qué haces allí, Pablito? «Estoy esperando que caigan los nogales». Otra vez ve una estampa que representa un peregrino atravesando un bosque con un hatillo a la espalda. Entonces llena un pañuelo con arena, se lo echa a la espalda y escapa en busca del bosque que le hace falta. Rasgos parecidos deben haber motivado el juicio de un profesor: «Este niño será cretino o genio». Para aquel cauteloso profesor ambas cosas eran perfectamente confundibles.

Su madre regresa luego a Francia, imantada por un viejo pleito de herencia. No logra éxito. Y madre e hijo van cayendo en la miseria. Acosado por la necesidad, Gauguin abandona sus estudios en el Seminario y sienta plaza de pilotín. Tiene entonces diez y siete años. En esta forma viaja por los mares, nutriendo su espíritu de colores, ensueños y pecados.

Dura seis años esta odisea de adolescente. En 1873 se ocupa en una casa bancaria de París, en donde ahoga con cifras el quemante recuerdo de sus vagancias por el océano. Rápidamente alcanza pericia en el tejemaneje de las operaciones bancarias. Especula por su cuenta con asombroso buen sentido. En un solo año gana cuarenta mil francos. Con el tintineo de su fortuna tiene comodidades y le sobran amigos. Además se casa con una danesa sonrosada. Pero no todo es de color de rosa en esta danesa. Es también burguesa y mandona. Reduce a su marido al cepo de la urbanidad. Da fiestas con invitados solemnes y glotonos que Gauguin debe presidir, bien enfundado en su frac.

Pocos años aguanta esta vida el antiguo pilotín. Y no pudiendo liberarse de su mujer, busca consuelo en el arte. Nunca antes había sentido veleidades; sólo cuando pequeño había tallado cuchillos de palo. Gauguin empieza a acarrear pinceles y colores; y, metido en su cuarto, se pasa horas enteras embadurnando telas con apasionado entusiasmo. Su esposa es la primera en sorprenderse: «Cuando nos casamos—escribe con irritación—ignoraba en absoluto que tuviera estas disposiciones». Luego se desespera cuando ve llegar a su marido, de quien ella había hecho un modelo de urbanidad, en compañía de extraños personajes con raídos gabanes, largas melenas y que apestan la casa con el humo de sus pipas.

Gauguin empieza con obras maestras. Habiendo mostrado al exigente Manet uno de sus primeros cuadros, éste exclama, transido de admiración: ¡Oh, está muy bien!»! La suerte está echada. Gauguin descuida su empleo, luego lo abandona. La miseria y las recriminaciones convierten su hogar en un infierno. El hambre los empuja a la patria de su mujer. En Copenhague fracasa en todos sus empleos; además le choca el clima gélido y



la mojigatería de los daneses. Acorralado por su mujer y parentela, acepta la separación definitiva y retorna solo a su París, hogar misericordioso de todos los bohemios. «Tu familia—le escribe a su esposa—puede estar feliz con su triunfo» y añade con dolorosa lucidez de lo que le aguarda: «Mi deber es el arte, es el porvenir de mis hijos, el honor del nombre que les he dado; por eso voy a trabajar en un arte que no da dinero».

Hay heroicidad en estas palabras. El podía haber ganado sueldos espléndidos, pero sometido a una obligación y, por lo tanto, trabado para pintar a su regalado gusto. Cuando dejó su puesto en el banco había exclamado con júbilo: «¡Ahora puedo pintar todos los días». Para no morir de necesidad, acepta el puesto de pegador de carteles con 3.50 francos al día. «Sé lo que es tener hambre y todo lo que sigue—confiesa con mordacidad—; pero luego uno se acostumbra y hasta, si tiene voluntad, acaba por reír.

Gauguin es entonces una especie de atleta mohino, de cara huesuda. Cabellos de color azafrán caen sobre la frente saliente. Sus ojos de color verde gris, redondos y saltones, parecen espiar oblicuamente. Es voluntariosa la nariz. Y la boca se contrae en un gesto amargo.

Dotado de imaginación e inteligencia, abandona pronto el impresionismo con el cual se había iniciado. Advierte con acuidad que los impresionistas son limitados. Descubrieron la luz y allí se quedaron, embriagados, sin ver en la naturaleza más que un haz de rayos cromáticos; son idólatras del sol. Laboriosamente Gauguin se busca a sí mismo. Un viaje a Bretaña le ayuda a desembarazarse de lo artificioso. Vaga por sus landas y bosques misteriosos. La contemplación de sus piedras milenarias, esculpidas por los armoricanos, lo encamina hacia la naturaleza en estado puro. Vuelta o París arrastra su hambre por buhardillas y bulevares. Desde el fondo de su adolescencia marina suben oleadas de recuerdos rutilantes y, entre el humo de los cafés, sueña con tierras calientes de sol. Un día que unos amigos hablaban de los trópicos, ricos en maravillas, Gauguin los sorprende con esta súbita decisión: Me voy a Panamá.

Semanas después desembarca en la zona del Canal. Se trabaja febrilmente allí; la Francia arroja su oro y revienta hombres atenaceada por la titánica quimera de abrir el canal. Entre estos hombres se enrola Gauguin. Remueve la tierra durante doce horas al día, agobiado por el sol, mordido por las lluvias, devorado por los mosquitos. Por entonces sobreviene el gran derrumbe de la ilusión francesa; las máquinas se paran; los obre-



ros son licenciados. Entre estos está Gauguin. Era tiempo: un poco más y también le toca el turno fúnebre

Pasa a Martinica. Ante la fiesta de colores fastuosos de la isla, empieza a fermentar la personalidad definitiva de Gauguin. La naturaleza es allí un problema nuevo para el artista; resolverlo fué su tarea. Alquila una casucha cerca de un volcán y, desde que clarea, pinta afanoso. Sus modelos son los mestizos y los negros, únicos que armonizan con los tonos abrasadores del trópico. Allí donde los impresionistas deshacen la materia en temblores de luz, Gauguin la endurece, pero no tanto como para que no se sienta circular la vitalidad. Gauguin actúa como un dios seleccionador; pero la naturaleza hiere hasta a los mismos dioses, y enfermo de disentería, es repatriado.

Movido a lástima por su estado, lo recoge un antiguo compañero del banco. Es Shuffenecker, pintor también y que ama a Gauguin como un perro a su amo. Pero Gauguin es autoritario; a poco de estar allí se adueña del taller de su amigo, luego de toda la casa y, finalmente, de su mujer. Shuffenecker suplica, los amigos interceden y Gauguin—magnánimo—parte a Pont-Aven, pueblecito bretón

Se hospeda allí en una fonda que enriquece de frescos, algunos de los cuales llevan títulos poco románticos; uno se llama: «¡Buenos Días, señor Gauguin»; otro ostenta este rótulo soberbio: «Me gustan las cebollas frutas en aceite». Su estancia en este lugarejo fué fecunda. La manera de Gauguin termina de limpiarse de lo accesorio y ya, sin titubeos, se orienta hacia el sintetismo. Es el año 1888.

Invitado por el pintor Van Gogh, se dirige a Arlés. Conocía desde Montmartré al gran holandés y le había agradado su detonante ingenuidad. En la campiña arlesiana, pintan, comen y riñen juntos. Van Gogh es una especie de niño incoherente. Sus cajas de pintura son un revoltijo; cita a cada paso a Daudet y la Biblia; cree que el amarillo es el único color que le encanta a Dios; alterna días de bullicio con otros de mutismo; se desespera teniendo que reconocer que Gauguin tiene talento a pesar de su frente pequeña. Gauguin—maestro viejo—le enseña útiles secretos del oficio y el holandés queda agradecidísimo. Un día Gauguin siente unas pisadas sospechosas a su espalda; se vuelve y ve a Van Gogh que va a acometerlo con una navaja. Lo paraliza con una mirada voluntariosa. El terrible camarada huye; se encierra en su cuarto y se corta una oreja. Luego va a una casa de prostitución y regala a su elegida la oreja bien lavada y guardada en un sobre. Herido ya por la locura, se mata días después con un tiro en el estómago.



Gauguin esconde su quebranto moral en Pouldu; esta es una aldehuela batida por el mar bretón; poco a poco se reúne allí, en torno al maestro una tribu de artistas jóvenes que, alegres y bizarros, discuten teorías. Gauguin se talla unos suecos suntuosos y, entre tanto, esboza su doctrina del sintetismo. «Hay que encerrar—dice—todas las formas en el menor número de formas que seamos capaces de pensar. Pero cuidado con equivocarlo con la simplificación que esquematiza y reduce la expresión de la vida. El sintetismo trasmuta la vida en símbolos; luego la acrecienta; es creación».

Esto recuerda las exactísimas palabras con que lo retrató Strindberg: «Tiene algo del titán que, celoso del Creador, crea para sí otro mundo pequeño».

Por los bulevares de París discurre en 1891 un hombre estrafalario. Viste un abrigo verdoso y un chaleco bordado y salpicado de pegotes multicolores; su lujo son unos suecos tallados de arabescos áureos, azules, rojos. Es Gauguin. Vuelve de Bretaña más dueño de su arte que nunca; pero más triste también; no cabe en la civilización; se siente en ella como prisionero y desvaría con tierras vírgenes, primitivas y deslumbrantes. Tahití le parece ese paraíso y decide alcanzarlo. Pero ¿cómo? Es pobre de solemnidad; come y vive de dádivas. Sus amigos le aconsejan hacer una exposición de sus telas. Mirbeau la apadrina. Se venden treinta cuadros que producen 9,860 francos.

¡Son 9,860 francos para su sueño! ¡Ya no más lucha dolorosa; no más hambre sino regalada consagración a su arte. Así se lo hacer ver un amigo mientras vagan juntos días antes de la partida. Gauguin calla. Empuja a su amigo a un café y, acodado en la sombra, habla roncamente de sus hijos distantes que no pudo hacer felices, de su arte castigado con la soledad. Toda su vida pretérita pasa por sus palabras. Y Gauguin llora.

Tahití lo fascina. Esa isla de montañas azules, con corales, perfumes, plantas monstruosas y mujeres doradas era lo que soñaba con avidez. Se establece en Mataica; adopta el nombre de Ko Ke y anota sus andanzas y fantasías en un cuaderno que titula Noa-Noa (aroma).

Las noches estrelladas de Polinesia son una maravilla; pero está solo. El aire arrastra pasión salvaje; pero no para él. Una mañana encuentra a una maorí de trece años; es una fruta de pulpa dorada;—¿no me tienes miedo?—Aita (no). ¿Quieres vivir en mi choza para siempre?—Eha (sí). Fué todo.

Poco a poco llega Gauguin a ser un salvaje excelente. Como los isleños, nada con destreza, saca su alimento de los bosques y del mar y hasta los aventaja a veces en habilidades para la



pesca. No es un europeo más sino un indígena neto que tiene, eso sí, el privilegio de sujetar hombres en sus telas. Los maorís carecen de vocablo para designar este raro poder y cuando aluden a Ko Ke dicen con circunspección: «el hombre que hace hombres».

Perezosamente vienen y se van los días tahitianos. Ko Ke es feliz. Pero la instalación de su morada, los regalos a su esposa-niña y los convites, dan cuenta de sus francos en un par de años. Además empieza a escupir sangre. Estas contrariedades lo obligan a embarcarse un día de 1893, camino Francia. Desde el puente del barco, ve con unos anteojos, a su esposa que, inmóvil en la playa, lo mira alejarse.

Entra a Francia con cuatro francos en el bolsillo. Es la miseria que lo ronda como una vieja amante. Pero la oportuna muerte de un tío lo enriquece de nuevo. ¿Qué hará Gauguin con trece mil francos? Se amuebla un fabuloso taller y se costea una querida javanesa. El mismo se cubre de pulseras de plata y luce con majeza una levita azul claro, un chaleco azul intenso y unos pantalones amarillos que afebran a los parisienses. Da festines a los que asisten la javanesa y los «blancos» como llama, con eutrapelia, a los europeos. Invita a pintores, músicos, literatos, poetas, de los más conocidos; a todos, menos a los críticos porque le dan malestar.

Pronto esta vida espectacular aviva su misantropía. Se refugia en Bretaña; y allí lo asaltan unos marineros borrachos que le quiebran un pie. Cuando sale—cojeando—del hospital comprende que su javanesa lo ha saqueado y huído. Días después adquiere una brava sífilis. Gauguin no aguanta más los inconvenientes de la vida entre civilizados y se embarca con destino a su isla perfumada.

Desde entonces hay escasas noticias de él. Escribe cartas mordaces y desesperadas reclamando dineros que le adeudan en Francia. Cae en la más tenaz de las pobreza. «No tengo ni un pedazo de pan»—escribe en 1897. Entonces toma la resolución de matarse, pero antes se consagra con fervor día y noche, a pintar una gran composición que tiene en la cabeza. Es una tela de belleza extraña titulada: «¿De donde venimos?» ¿Qué somos? ¿A donde vamos?» Cuando la juzga acabada, se va a la espesura de la montaña para que su cadáver sea devorado por las hormigas y toma arsénico; mas la dosis es excesiva y le sobrevienen unos vómicos incoercibles, que son el precio de su salvación.

La venta de unos cuadros le permite respirar un tiempo; pero casi en seguida le llueven nuevos infortunios. Su salud empeora de tal modo que inspira lástima. Derrengado y solitario, mira



abrirse las heridas que adquiriera en la civilizada Europa. Su carácter se torna ácido. Interviene en las mezquindades de la política colonial y funda una hoja cáustica para latiguarla. Se aburre y emigra a la isla Atuana en donde se construye una pequeña fortaleza. Aquí halla que la soledad es deliciosa; pero advierte con clarividente melancolía: «Ya no soy el Gauguin de antes.» En efecto, sus energías de antaño lo abandonan definitivamente. Ahora los recuerdos empiezan a ser la vida de su espíritu. Piensa en su mujer de Dinamarca, en sus hijos que nunca lo han reconocido y exclama: ¡«A un padre que estuviera en presidio no se le trataría con tanta crueldad!»

En la madrugada del 8 de Mayo de 1903, sufre un síncope tremendo. Su sirviente Tioka corre en busca de un vecino que hace de curandero. El vecino lo encuentra todo quejumbroso y abatido. Gauguin le pregunta si están en la mañana o en la tarde; luego habla de Salambó. A medio día el curandero lo va a ver de nuevo. Esta vez, Gauguin—con las piernas colgando fuera de la cama—está muerto, mientras Tioka lo acaricia gritando desesperadamente: «¡Ahora ya no hay más hombre! ¡ahora ya no hay más hombre!»—SERGIO ATRIA.

## LA PSICOLOGIA DE LOS TRAJES

Si se me permitiera escoger un libro entre cientos de los que se publiquen después de mis días, ¿sabéis cuál preferiría yo? Amigo mío, yo tomaría una revista de modas, por ver cómo se vestían las mujeres un siglo después de mi muerte. Sus fruslerías me darían más acerca de la sociedad de aquel remoto futuro, que todos sus filósofos, novelistas, predicadores y sabios.—*Anatole France.*

**S**ERAN los sombreritos Emperatriz Eugenia y el renacimiento del busto anuncios de una nueva era de prosperidad? La Moda, se nos ha dicho, y multitud de escritores en otros tantos magazines están predicándolo mes a mes, es una diosa misteriosa, cuyos decretos nos corresponde obedecer sin explicarnos sus razones, pues se supone que sus miras y fundamentos quedan fuera del alcance del entendimiento humano. No sa-



bemos por qué fueron dictados ni cuánto van a durar, sino solamente que deben ser obedecidos, y mientras más pronto lo sean, mayor el mérito...

Nos proponemos ahora mirar cara a cara a la diosa, sin miedo ni rencor, y estudiar en cuanto nos sea permitido, con juicio imparcial y mirada serena, su origen, su esencia y sus edictos.

En el cumplimiento de este programa investigaremos primero por qué existe la moda, en el mundo moderno; o sea examinaremos las causas sociales y psicológicas que le dieron origen y la mantienen. No admite dudas que la razón fundamental de la moda se apoya en la competencia; competencia en el orden social y en el orden sexual, en la cual los elementos sociales están más de manifiesto que los sexuales, y en realidad sirven de cubierta a los otros. El adorno tiene en realidad un valor social y otro sexual: los adornos más atractivos (de acuerdo con el gusto dominante) o más llamativos son útiles tanto como elementos de seducción cuanto para indicar el rango, riqueza e influencia de la persona que los lleva. En tanto que prevalezca la costumbre de la vestimenta según la clase social, cada clase estará contenta con vestir la ropa que le corresponde. Pero cuando las barreras que separan a un grado de otro se hacen menos insalvables, cuando, en términos psicológicos, una clase comienza a aspirar seriamente a la posición de su superior, es natural que se pongan en peligro los signos distintivos de su posición externa.

Es un rasgo muy humano el de imitar aquellos que se admira o se envidia. En estado de desarrollo social de que se trata, los individuos de cierto grupo social han aprendido no sólo a admirar sino por lo común también a envidiar a aquellos que están por encima de ellos; y por consiguiente han comenzado a imitarlos. Ahora bien, qué cosa más natural y al mismo tiempo más simbólica, que comenzar el proceso de imitación copiando sus trajes, la verdadera insignia de las cualidades que se admira y envidia?

Empero, las clases altas de la sociedad no se hallan naturalmente muy dispuestas a abandonar los signos de su superioridad. Pudieron empeñarse en mantener su distinción externa por medio de leyes que prohibiesen a otras clases el uso de sus estilos de vestimenta; o por la inversa pudieron abandonar esos trajes que estaban en peligro de perder su distinción con la extensión de su uso, y adoptar nuevos estilos que vinieran a restablecer su carácter distintivo... Y así fué cómo nació la moda.

Entretanto han aparecido ciertas nuevas influencias que tienden a dar permanencia a la moda. Entre las más importantes



de ellas hay una de orden netamente económico; a medida que la moda se propagaban hacia abajo, a todas las clases sociales, se han desarrollado vastos y poderosos intereses comerciales y se han creado grandes industrias que van a proveer la demanda creciente de artículos de vestir. Esto sirve, además, para crear un estímulo en ambos extremos de la escala suntuaria.

Por un lado, los métodos modernos de producción cuantitativa y el mejoramiento de los medios de transporte y distribución han hecho posible la fabricación de copias e imitaciones de todos los artículos de moda, a precios bajos y en grandes cantidades, de tal manera que las mujeres de medianos recursos que viven fuera de la capital pueden vestirse casi como las damas metropolitanas y a no más de unas semanas de distancia. . . . Y esta tendencia económica se ve estimulada por el hecho de que los tejidos modernos son por lo general menos durables que los que se fabricaban en otra época.

Para crear una moda no basta dibujar un nuevo estilo de traje. Para que una nueva moda se haga popular debe ser aceptable para un gran número de personas. Los misteriosos dictados de París no son, de ninguna manera, siempre seguidos por el público. En los últimos veinte años han sido lanzados un buen número de estilos que no han tenido ningún éxito, y que han muerto en los mismos salones de prueba. Uno de ellos fué el de la falda-harén, que fué lanzada bajo los más ilustres auspicios y que, sin embargo, fué un completo fracaso. Un caso más reciente es el de la falda corta. A creerle a M. Jean Patou, su legitimidad no fué nunca reconocida, lo que no impidió que se conquistara al mundo en breve tiempo.

Se ha dicho con frecuencia que la sucesión de la moda expresa en cierto sentido «el espíritu de la época». Seguramente sería necesario un estudio más detenido, (con la colaboración del filósofo y el sociólogo) antes de poder explicar todo el significado social de los cambios de la moda de un año para otro. Sin embargo, el significado de ciertos cambios radicales de la moda de un período a otro parecen claramente definidos.

Si miramos, por ejemplo, a las modas del Renacimiento nos parece descubrir el escape de una gran corriente de energía humana, que fué lo que caracterizó ese período. En la ropa masculina se ponía gran énfasis en dejar de manifiesto la musculatura, por medio de ropillas ceñidas que acusaban las formas. Las mangas y la pierna del calzón eran en realidad tan apretadas que hubo necesidad de dejar unas aberturas en las articulaciones a fin de no privarlas de movimiento; pero esas abertu-



ras eran adornadas con vistosos ribetes, cintajos, botones y lazos multicolores. Esa época se entregó a una orgía de color, que no temía ni aun a la crudeza de tonos. Algunas prendas masculinas de aquel tiempo sobrepasaban en audacia a cualquiera prenda femenina de hoy, mientras que las mujeres rivalizaban con la adopción de una moda que las hacía aparecer perennemente en cinta...

Comparado con esa cruda, pero intensamente vital exuberancia, el siglo XVIII fué un período de artificialidad y refinamiento, en el cual el deslumbrante ceremonial de la vida de corte triunfó sin oposición. Los colores fuertes fueron desterrados para dar cabida a los tintes pálidos y de las pelucas y cabelleras empolvadas. En su magnificencia exótica la moda de esos tiempos se parecía bien poco a la real forma del cuerpo humano.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, vemos otra vez un notable cambio en la moda. Lo artificial fué barrido de ella, y el ideal fué nuevamente el de seguir a la naturaleza. Los trajes imperio de la época son de una sorprendente sencillez, y no pretenden darle al cuerpo humano un aspecto distinto del que tiene en realidad. Entonces como en otras épocas, el espíritu democrático no pagó atención a los vistosos atavíos que habían distinguido al período inmediatamente anterior, en que tanto se acentuaban las distinciones sociales.

A medida que avanzaba el siglo pasado, las distinciones de clase y los hábitos de refinamiento volvieron a dominar, manifestándose en la artificialidad y abundancia de la vestimenta, si bien esta vez tal moda quedó confinada a la mujer. Finalmente, una nueva tendencia a la sencillez combinada con un fuerte movimiento ascendente de la democracia, nos ha traído otro período de sencillez y franqueza en la moda.

Tras esta ojeada dentro de la psicología colectiva, tal como se manifiesta en el espíritu de una época, ahora podremos ver acaso con más precisión por qué queda limitada la influencia de los que lanzan o inventan la moda. Así podemos colegir que ciertas anomalías, tales como la pollera trabada pudiera alcanzar una boga temporal invocando el ideal de la esbeltez; un ideal que a su vez se identifica con la creciente importancia de la edad juvenil. Veremos igualmente que luego la guerra, con su ideal de trabajo y actividad, dejó a un lado la pollera *entrevée*, por aquello que dificultaba la libertad de movimientos. Por lo mismo, la pollera corta vino a expresar el gesto triunfante de liberación de la mujer, y a significar al mismo tiempo la apoteosis del ideal juvenil. Así se explica uno que París se sintiera impotente para contener esa moda. Puede ser que tal



estilo sea, como afirma M. Patou, el famoso modisto. *la négation même de toute véritable elegance*, pero como no ha sido elegancia, sino vigor, actividad, independencia, lo que la mujer ha venido buscando desde la guerra...

Nuevas modas, para que tengan aceptación, deben estar de acuerdo con ciertos ideales admitidos en la época en que aquellas se presentan. Las mujeres han de ver en las nuevas modas el símbolo de un ideal que se les ofrece—aunque, como ocurre con otros símbolos, no es necesario que haya una realización consciente de su verdadero significado.

En nuestros días se está haciendo dos tentativas muy audaces para modificar los ideales existentes; uno, dirigido a los hombres, es en forma franca; en otro, referente a la moda femenina, de una naturaleza más disimulada. The Men's Dress Reform Party de Inglaterra, está tratando de hacer cambiar radicalmente el estilo de vestimenta masculina.

Por otro lado nos encontramos con que la *Haute Couture* se ha embarcado en una campaña insidiosa para abolir los ideales de juvenilidad, deporte y naturalidad que han distinguido la moda femenina en los últimos años. Con miras paradójales, se recomienda a los hombres que imiten ciertas características del traje femenino (su ligereza, sencillez y amplitud) y al mismo tiempo se procura influir en la mujer para que abandone esas ventajas.—HANS KARL FLÜGEL.

(Traducción especial para *Atenea* de E. M.).

## TAINE TEORICO DE LA LITERATURA MODERNA

**H**A habido gran revuelo en Francia en torno de Taine—muerto en 1893—con motivo de la inauguración de su monumento. No se olvidaron en poner de relieve, con este motivo, el rol capital que como crítico realizó en el movimiento literario francés del siglo XIX y de la influencia consiguiente ejercida en toda la literatura moderna.

Es importante que mezclemos nuestra voz a este concierto, aunque no sea más que para poner en su punto la prestigiosa personalidad del autor de la «Historia de la Literatura Inglesa» y de «Los Filósofos Franceses» y para encuadrar en su justa medida lo que su influencia tuvo de orientadora y efectiva. Las dimensiones del ídolo se encontrarán reducidas.



El siglo XIX comenzó por esa tumultuosa y brillante reacción contra el clasicismo que se llamó Escuela Romántica. En sus principios, el Romanticismo fué un retorno «al hombre» contra los convencionalismos de las normas clásicas del siglo XVIII, antitradicionalista, enciclopédico y positivo, y también del impulso hacia la naturaleza y hacia la sensibilidad humana del cual J. J. Rousseau fué el elocuente portavoz. La Escuela Romántica presentaba ciertos defectos que después exageraron, cayeron en el énfasis, en la grandilocuencia y en el desprecio por la documentación seria.

Esto determinó un nuevo movimiento de reacción dirigido esta vez contra el Romanticismo, contra lo impreciso de la forma, sus extravagancias, su exotismo pueril y contra las debilidades de su idealismo. Eso fué la Escuela Realista.

El Realismo se desenvuelve en el segundo cuarto del siglo XIX. Tuvo su origen principalmente en Balzac, cuya gigantesca y substancial «Comedia Humana» llevaba al novelista hacia el estudio serio de los hechos, de los ambientes y de los tipos. Después de Balzac, aparece en escena Stendhal, que asigna como rol al escritor el estudio estricto y metódico de las pasiones y de los caracteres en detrimento de la orquestación sonora y de la búsqueda de los efectos poéticos. El movimiento realista se intensifica después de la revolución de 1830, bajo el reinado de Luis Felipe, por lo que se llama la *Bohemia*, es decir, por una categoría de escritores que con un espíritu crítico y voluntariamente escandaloso preconizaron la elección de temas cogidos de lo ordinario de la vida y de los héroes captados del vulgo, en oposición al «héroe distinguido» que había quedado como la fórmula tradicional. Los realistas no reconocen la trinidad de «lo bello», lo verdadero y lo bueno», que era la fórmula de la filosofía ecléctica de Víctor Cousin, es decir, de la opinión oficial y bien equilibrada. Su divisa era que sólo *lo verdadero* debe interesar al escritor y que «lo bello» y «lo bueno» no son mitos fantásticos sino que no tienen ninguna relación con la vida. Obras importantes vienen a enriquecer el movimiento realista. Para no hablar sino de la prosa, mencionaremos a *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert, libro escrito en un estilo impecable y magnífico, pero basado únicamente en hechos de la vida corriente, y las novelas de los hermanos Goncourt en las que un arte refinado y una meticulosidad de historiador delicado estaban puestos sólo al servicio de una documentación positiva.

Hasta ese momento, la corriente realista no se caracterizaba sino por tendencias generales confusas y por realizaciones más bien institivas que razonadas. En estas circunstancias surge



Taine, profesor egresado de la Universidad, que había estudiado especialmente la filosofía, que tenía, además, algunas nociones científicas y que había trabajado durante algún tiempo en la Facultad de Medicina. Taine era un espíritu brillante, un escritor riguroso, y sus opiniones filosóficas eran netamente materialistas. Como saliera de la Universidad en el momento en que el Príncipe Napoleón se ceñía la corona imperial después del golpe de Estado, las opiniones materialistas de Taine lo designaron como subversivo. Su carrera le fué obstaculizada. Entonces se volvió hacia la literatura y hacia la historia. Escribió dos artículos que tuvieron gran resonancia, el uno sobre Balzac, el otro sobre Stendahl,—y llegó a ser el crítico oficial de las nuevas tendencias. Eclipsando completamente a Sainte-Beuve en ese momento, sistematizó con toda habilidad y muy brillantemente esas tendencias y redactó así el programa integral y reflexionado no sólo del movimiento realista sino también del movimiento naturalista del que Emilio Zola—que buscaba el camino—presentaba entonces las primeras obras características: *Teresa Raquin* y *Magdalena Ferat*.

La teoría de Taine era que el escritor no debía ser en adelante más que el incansable buscador de documentos para la ciencia. Los autores de libros debían repudiar la fantasía, los aislamientos de la imaginación, la abstracción y la convención. Debían, además, alejarse del sueño y de la poesía, y trabajando sobre temas precisos en sus gabinetes de trabajo o en los laboratorios, presentar monografías y reseñas que emanasen únicamente de la observación y de la experiencia y ser, de este modo, susceptibles de contribuir a la grande «encuesta sobre el hombre» que los tiempos modernos tienen por misión constituir.

Esta teoría, que discernía a los escritores la patente de hombres de ciencia y que los halagaba al integrarlos directamente en el movimiento positivo científico del siglo, fué adoptado con entusiasmo por Zola y por los naturalistas. No hicieron únicamente suyo el método de investigación positivo, al cual el novelista debía limitarse, lo mismo que el fisiólogo y el químico, sino que adoptaron igualmente las recientes adquisiciones de la ciencia positiva en el dominio de la biología, sobre todo las ideas de la herencia, del medio y de las especies que los descubrimientos de Claudio Bernard y de Darwin habían puesto de moda.

Ahora que los años han transcurrido y que una amplia mirada hacia el pasado nos permite juzgar sana y fríamente todas esas tumultuosas agitaciones ideológicas, fecundas en batallas, debemos darnos cuenta de cuán artificial era esta sistematización que un espíritu de investigación inteligente imprimía a una serie de



obras nacidas espontáneamente. Este revestimiento teórico no tiene nada que ver con ellas. Esas fórmulas especiosas no quitan ni agregan nada a los lazos evidentes que unen la Escuela Naturalista con el Movimiento Positivo continuo que caracteriza el siglo XIX. Como siempre, la obra no es aquí sino la consecuencia de un estado de cosas. El naturalismo fué científico, pero en una acepción que no es tan rigurosa ni tan estricta como el marco que Taine le dió en su nacimiento.

Por lo demás, la teoría de Taine encerraba un gran vacío. Eliminaba en literatura la indiferencia del sabio ante la vida y unía a la noción de «el arte por el arte» el sentido social. Bajo pretexto de experiencias imparciales y objetivas, se empujaba al productor literario a mantenerse aparte de las necesidades, de las aspiraciones de las sociedades y del deber colectivo.

Hoy día vemos en formación un realismo literario más amplio y más integral que aquél que brilló en el siglo pasado. La base documental está así definitivamente admitida en la novela, lo mismo que la resurrección del verbalismo, de la abstracción, y del idealismo suspendido en las nubes. Pero es precisamente la noción profundamente comprendida de la realidad y de la vida la que debe en adelante obligarnos a no separar un ser o una decoración de un conjunto humano y de una directriz social tan precisa como un principio biológico. Es preciso que el escritor considere en adelante que las grandes leyes científicas de las colectividades, conquistadas y precisadas, por el marxismo, deben incorporarse al cuadro exacto y profundo de la realidad.—  
H E N R Y B A R B U S S E.

Especial para ATENEA París, 1931.

Traductor: B. Flores Williams.

## EL LATIFUNDIO EN NUESTRA AMERICA Y EL PROBLEMA DE LA DESOCUPACION

(HAY QUE IR POR EL REMEDIO HACIA HENRY GEORGE)

### I

**E**L problema de la desocupación es inexplicable en nuestra América, tan despoblada como abundante en zonas de tierras ricas sin cultivo.

Hace poco se decía, picarescamente, que la Agricultura en



nuestra América se parecía a la Venus de Milo en que le faltaban brazos. Hoy pudiérase compararla con el dios oriental, a quien le sobran brazos, que, lamentablemente, no saben en qué emplearse.

La intensificación del cultivo de tantas tierras traería consecuencias axiomáticas de incalculable beneficio: abaratamiento de la vida, por la superproducción de los artículos de consumo de primera necesidad; tonificación de la economía nacional, por el mayor desarrollo de las exportaciones naturales; circulación de los valores estancados e improductivos, que representan hoy las tierras incultas; etc.... etc....

Lo importante es estudiar la manera por la cual el Estado no se concrete a colonizar sus tierras, sino que obligue a los particulares a cultivar las suyas o a repartir sus latifundios.

## II

He aquí, lo que dijo, en solemne ocasión, el eminente estadista inglés Campbell Bannermann.

Cuando se haya disipado la polvareda de muchas cuestiones que enturbian nuestra mente, y nos alejan de ideas sobre la Reforma Social y sobre las luchas políticas, que adquieran el valor lógico y la energía de que hoy carecen por falta de estudio de la realidad y sobra de «dilentantismo» sociológico, se reconocerá esta verdad palmaria: que todos nuestros problemas políticos, como todos los movimientos históricos, están más o menos directamente relacionados con el problema de la tierra.

No es necesario recorrer todo el pensamiento moderno, desde Carlos Marx hasta Aquiles Loria, para convencerse de que todos los fenómenos sociales, políticos y aún religiosos, obedecen al factor económico, y de que este arranca de la tierra. Apelando, a este respecto, a una verdadera autoridad hispano americana, no pueden ser más interesantes las declaraciones con que el gran economista uruguayo doctor D. Andrés Lamas comenta la Legislación del glorioso Presidente argentino Rivadavia:

Toda la estructura material y moral de una sociedad está modelada sobre su constitución económica; y la base, la raíz de la constitución económica, es el régimen del tratamiento y distribución del suelo.

\* \* \*

El carácter universal del Problema ha sido expuesto, con toda claridad, por el sabio europeo Ramón y Cajal:

Urge reintegrar al hombre en las leyes de la evolución; devolver el capital secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad: la tierra para todos; he aquí la hermosa divisa del porvenir.



El antes citado Campbell Bannermann ha dicho al respecto:

La cuestión de la tierra en cualquiera parte, es la cuestión de la tierra en todas partes.

El Derecho Romano, en el que enraizan los Derechos Civiles de la moderna Civilización, sintióse intensamente agitado por el mismo problema. No es menester dictar un curso sobre la legislación agraria en Roma: sí, lo es recordar el nombre de Espurio Casio, que fué el primero en hablar a la multitud de «ley agraria»; el de Licinio Estolón, cuya ley agraria quedó finalmente incumplida; el de los Gracos, cuyos esfuerzos fracasaron por los obstáculos opuestos en el desempeño de su loable misión; y el de Julio César—César el Grande—que legisló, entre otras materias respectivas, sobre la compra de las posesiones particulares

al precio señalado en los registros del último censo.

Para que se aprecie cómo sufría Roma el mismo malestar que hoy sufre nuestra América, bueno es repetir los apóstrofes, que diríanse ahora pronunciados, con que Tiberio Graco castigó a los poderosos en ocasión memorable:

—Ceded una parte de vuestras riquezas, si no queréis que os la quiten todas.

\* \* \*

Sin tener para qué detenernos en los grandes «fisiócratas», entre los que conviene siempre recordar a Quesnay y Turgot, vemos cristalizarse esta Cuestión Agraria, durante el último siglo, en doctrinas cada vez menos discutibles: al nombre del sabio naturalista inglés Russel Wallace—que, en su definitivo estudio de «La Nacionalización de las Tierras», opina por la expropiación sobre la base de la renta—corresponde el nombre del gran sociólogo norteamericano Henry George—que, en sus múltiples obras, opina por la expropiación sobre la base del Impuesto Unico. Edgardo Baron en su «Protesta contra la extensión abusiva del derecho de propiedad» y Francisco Huet en su «Reinado social del Cristianismo», atacan la cuestión con toda valentía. El conde León Tolstoy en Rusia iba aún más lejos, cuando afirmaba evangélicamente:

—La Gran iniquidad es el monopolio de la tierra...»

\* \* \*



El Ideal puesto en acción ha dado a veces sus frutos. Inglaterra puede enorgullecerse de la Ley Wyndham: en 1886, ordenóse el reparto de tierras a los pequeños agricultores. Algo más: hay quienes afirman que la legislación inglesa a este respecto, no es sino una larga serie de limitaciones a la propiedad territorial privada, en consideración al bien social, El Conde Vennys, Presidente de la «Liga para la defensa de la propiedad», enumera hasta doscientas cuarenta y tres resoluciones legislativas en Inglaterra, de carácter que él cree «socialista»— Inglaterra—se ha dicho—no repara en las bizantinas discusiones del interés privado, cuando se trata de favorecer el interés común. Allí está la Política Agraria iniciada por Chamberlain con sus leyes sobre los «allotments». Allí está el Presupuesto de 1909, con el que el ilustre Ministro de Hacienda de la Corona, Lloyd George, gana alto puesto en la consideración del pensamiento universal, propendiendo a implantar el Impuesto Unico sobre el valor de la tierra. Allí están, finalmente, los efectos inmediatos del Presupuesto planteados por Lloyd George: donde antes había un latifundio—dice un observador—hay ahora miles de predios, entrando en circulación los valores de las tierras hasta entonces acaparadas por el Duque de Beldford, el Duque de Sutherland, Lord Clifden, Lord Londesborough, Lord Anhersts, Lord Landstorne, Lord Yorcey, el Conde de La War, el de Manners, etc. etc. Tal se van cumpliendo los votos de Campbell Bannermann: que la tierra sea cada día menos un lujo para los ricos y cada día más un tesoro efectivo para la nación. Las Colonias Inglesas habían dado el gran ejemplo. En Nueva Zelandia, el principio está en aplicación desde 1891: los estudios de Arturo Withy y de Jorge Darien sobre Nueva Zelandia, revelan el propicio resultado hasta ahora obtenido. En Austria, el impuesto sobre el valor del suelo—libre de mejoras—implantado desde 1884, se percibe en tres formas: como impuesto municipal, de los Estados y de la Federación, (que es, sin duda, lo que debe hacerse en nuestra América), en cuotas progresivas a medida que se van aboliendo o disminuyendo los demás impuestos. En Nueva Gales el sistema se implantó en 1896: sólo en tres años el producto de la tierra aumentó en un cincuenta por ciento... En Queensland, el sistema ha sido adoptado no hace mucho, en cuatro de las colonias, donde se aprecian ya los beneficios, en comparación con las otras tres colonias que, no habiéndolo adoptado, disminuyen en población y en producto de trabajo. En el Canadá, ofrece especial interés la rápida transformación que va operando el nuevo sistema en las provincias y ciudades que lo han adoptado: Mr. A. B. Farmer ha hecho una detenida investigación a este respecto,



publicándola en los Estados Unidos de América e Inglaterra, en la que aparecen cifras sorprendentes sobre el desenvolvimiento en la agricultura, mejoras, edificación, población y riqueza pública y privada, en todas las regiones, sin excepción, que, en el Canadá, han implantado el nuevo sistema tributario. En el Africa del Sur, la Municipalidad de Johannesburg ha reemplazado todos los gravámenes municipales por el impuesto nuevo.

Hasta aquí, Inglaterra y sus Colonias; Alemania, la práctica Alemania, la había precedido.....

Desde 1858, invocando el interés común, Alemania suprime hasta veinticuatro derechos señoriales sobre tierras, sin concederles indemnización alguna. Pasan, en la actualidad, de novecientos los Municipios alemanes que han implantado el nuevo sistema contributivo: el primero que inició la reforma fué el Municipio de Breslau, estableciendo una sobretasa sobre los terrenos no cultivados o no edificados. La Alemania de nuestros días, con sus ciudades suntuosas, sus campos exuberantes, sus municipalidades prósperas y ricas—asegura un distinguido sociólogo—es obra del nuevo sistema de impuestos.

Interesa detenerse un momento a considerar el Programa de la «Liga Alemana de la Reforma Agraria»; diríase escrito especialmente para nuestra América. Helo aquí, sin comentarios, porque no los ha menester.

—Municipalización o estadización de minas y monopolios industriales, hoy en manos de particulares; conservación y aumento de las tierras comunales y nacionales; impuesto progresivo sobre el valor del suelo, libre de mejoras; contribución del terrateniente a los trabajos de utilidad pública (puentes, calzadas, parques, tranvías, museos, escuelas, etc.), en proporción al aumento del valor dado a sus tierras; derecho preferente en favor de las Comunas y del Estado en la venta de terrenos de particulares; colonización interior por el Estado, en forma que impida la especulación por los particulares de las tierras destinadas al plan colonizador.

Dinamarca, Suecia y Noruega han seguido el ejemplo dado en Inglaterra por Lloyd George. En Francia, la «Liga Francesa para el Impuesto Unico» ha empezado a abrir el camino del buen éxito. En Italia, igualmente, la «Liga Italiana para la Reforma Tributaria». En España, trabajan con igual empeño los discípulos del glorioso Joaquín Costa. En los Estados Unidos de América, huelga decir que el sistema iníciase entre los pliegues de la bandera del Partido Demócrata, hermano del Partido Liberal de Inglaterra. En Hispano-América, finalmente, justo es inclinarse ante el nombre de Rivadavia, que, en la Argentina, desde 1826, se adelantó a hacer su maravillosa «Legislación Agraria».



\* \* \*

Ahora bien; el Impuesto Unico recomiéndase como fórmula liberadora de la tierra, en donde la propiedad territorial ha pasado ya por las crisis por las que, en un rigor de ley evolutiva, está pasando ahora nuestra América. La expropiación en Europa, saltando por encima de las leyes dictadas al efecto, aparecían como despojo. El caso en nuestra América es distinto. Entremos resueltamente en el estudio de punto tan fundamental.

La propiedad territorial privada en toda la América española, fué antes de la Independencia, obra del despojo y de la fuerza: el derecho en ejercicio, el de la Conquista; pero aun aceptando ésta en su valor de hecho consumado, nos encontramos con lo que el pensador mexicano Dr. Mora, acierta a expresar en su interesante libro sobre «México y sus Revoluciones».

En todo lo relativo a América, mientras ésta estuvo independiente de España, fué máxima fundamental de la legislación española que todos los dominios adquiridos a virtud de la Conquista, pertenecían no a la Nación conquistadora, sino exclusivamente a la Corona.

Las tierras, así, fueron otorgadas a particulares en «mercedes» hechas por los Reyes de España, pero no expresando cesión de propiedad. El mismo Dr. Mora dice en la citada obra:

Todas las participaciones hechas a los particulares, se consideraron como concesiones condicionales reversibles a la Corona de España.

Puesto que no había leyes de prescripción en favor de la posesión mantenida durante señalado número de años y puesto que el derecho de reversión en favor de la Corona se mantenía siempre en pie, claro está que los terratenientes de la América Española, en el período colonial, no eran ni podían ser nunca legítimos propietarios, sino algo así como simples usufructuarios de las tierras que por «merced Real» se les concedía. La única propiedad territorial existente en aquel período, en la América española, fué la de la Corona de España.

Al sobrevenir la Independencia, el derecho de propiedad pasó, automáticamente, como en toda la América española, a la Soberanía Nacional, esto es, al pueblo. Los particulares que ocupaban tierras, a título de «merced Real» siguieron ocupándolas al margen de los agitados acontecimientos que preceden a toda organización; pero como en nuestra América independiente no se canceló jamás el derecho de «reversión», en favor ya no de la Corona de España, sino del pueblo soberano este derecho, siguió y sigue en pie.



Así es cómo ha podido decirse, con sobrada razón:

En el rigor de los principios jurídicos los Poderes Públicos, representantes de la Soberanía Nacional, podrían revocar la ocupación o la posesión que tienen los particulares a título de propiedad privada, sin que dichos Poderes tuvieran para ello que salirse del recto carril de las leyes vigentes.

No hay que olvidar, en ningún caso, que la prescripción es inaplicable a las propiedades de la Soberanía Nacional: las propiedades de ésta no son de orden jurídico, sino de derecho natural. El Estado es el propietario natural de todas las tierras y aguas, que no haya cedido por modo expreso a particulares; y así, la propiedad particular de las tierras en nuestra América tiene un vicio de origen: la prescindencia del derecho natural del Estado, al producirse la Independencia.

Agregúese esta consideración a la del título jurídico que de la Corona de España pasó, automáticamente, a la Soberanía Nacional; y se podrá apreciar todo el fundamento que hubo de tener la sabia legislación agraria del Presidente Rivadavia.

No vale la pena detenerse más a este respecto.

\* \* \*

Admitiendo aún que la propiedad territorial privada descansase en nuestra América sobre leyes positivas emanadas de los Poderes Públicos, mídanse, desde el punto de vista de tal supuesto, las siguientes palabras con que Secretan se refiere en sus «Estudios Sociales» a dicho derecho:

.....Legitimarlo por el título natural que todo hombre tiene al producto de su trabajo, es una empresa imposible; el cultivo aumenta el precio de la tierra y crea un derecho sobre este aumento, pero no sobre la tierra misma, que posee independientemente un valor apreciable. .... La propiedad territorial descansa sobre la ley positiva que la garantiza, en razón de su utilidad supuesta, como el medio más conveniente de obtener el mayor número de recursos del suelo en las mejores condiciones para el labrador. Y, en efecto, este modo de explotación constituye un progreso sobre los que le han precedido; pero si los inconvenientes llegan a insoportables y se encuentra un arreglo mejor, la ley podrá cambiar lo que ha hecho. .... El hombre ha sido colocado (otros dirían ha surgido) sobre la tierra lleno de necesidades; y para satisfacer éstas, con un cerebro, con unos brazos y la tierra misma, que es el teatro obligado, el instrumento necesario de todo trabajo productivo. Hoy este domicilio, este útil, este bien común de la Humanidad, se encuentra acaparado por unos cuantos; los demás no existen sino merced a los primeros, en provecho de los cuales trabajan.

\* \* \*



Importa razonar, sin embargo, respecto al concepto que, en el actual momento de la Civilización, merece el derecho de la propiedad aplicado a la tierra.

La prohibición de enajenar las tierras nacionales, sino enfitéuticamente; el impuesto especial sobre las tierras no cultivadas, o no construídas; la expropiación, por causa de mejoramiento nacional, de los terrenos que el propietario mantenga incultos; muchas medidas más hay recomendadas por los mismos economistas clásicos y ortodoxos, para equilibrar los excesos del principio de libre competencia en el régimen de la tierra.

Si, como afirma Leroy-Beaulieu, la propiedad privada del suelo es el medio de que la producción llegue a su máximum y pueda alimentar mayor número de personas, debe mantenerse; pero ese mismo fin señala a los gobiernos la conveniencia de procurar que la tierra vaya a manos de los que puedan sacar de ella el mayor provecho, o sea, a manos de los que la cultiven.

Tal dice Gide en su «Economía Política», al tratar de la organización de la propiedad.

El célebre economista Federico Kleinwachter, enemigo declarado de todo socialismo, se ve obligado a confesar lo siguiente:

Es común el considerar la propiedad como la clave fundamental de todo el edificio del derecho, como algo fijo e inmutable. No es así: el concepto de propiedad, es, dentro de cierto grado, variable; y su objeto, su contenido, son diversos en los diferentes tiempos y en los diferentes pueblos. Apuntaremos sólo el hecho de que una propiedad absoluta, en el sentido de un ilimitado derecho de usar y de disponer de la cosa propia, no fué nunca admitida ni lo ha podido ser en ninguna sociedad. El concepto de propiedad no puede contener en sí nada que esté en oposición con el concepto de sociedad. El principio de la inviolabilidad de la propiedad significa el abandono de la sociedad al grosero egoísmo y a las pasiones del individuo.

El tratadista español, de tan recomendable serenidad de criterio, don Eduardo Sanz y Escartín, enuncia, en su notable obra sobre «El Estado y la Reforma Social», conceptos que es oportuno recoger cuidadosamente.

Se ha visto en nuestros tiempos a grandes propietarios expulsar, con auxilio de la fuerza armada, a millares de familias de la tierra donde nacieron, en virtud del derecho que la Ley les concede sobre su propiedad. Hay algo en tales hechos que repugna a la razón, que hiere a la justicia y que demuestran mejor que cuanto pudiéramos decir que el derecho de propiedad sobre la tierra debe estar esencialmente subordinado al bien de la colectividad y al derecho superior de todo hombre a vivir.

Veamos lo que opina una autoridad tan insospechable y tan reconocida como la de Herbert Spencer:



La justicia no admite la propiedad aplicada al suelo, pues si parte de él puede ser poseída por un individuo que la guarda para su uso único, como cosa sobre la que ejerce un derecho exclusivo. otras partes de la tierra pueden ser ocupadas con el mismo título; y, de esta suerte, toda la superficie del planeta vendría a parar en manos de ciertos individuos, sin cuyo conocimiento los demás no podrían ejercitar sus facultades, ni siquiera existir.

Dice más Herbert Sepencer en «Estática Social»:

No solamente la propiedad de la tierra tiene un origen indefendible, pues sus títulos históricos son, en todas partes, la violencia, la extorsión y el fraude, sino que es imposible descubrir ningún modo por el cual la tierra pueda convertirse en propiedad privada.

El mismo Stuart Mill—no cabe nombrar más alto representante de la Economía Política clásica—dice, en este orden de ideas:

No puede ser justo ni bueno un estado de sociedad en el cual exista una «clase» que no trabaja; en el cual hay seres humanos que, sin ser incapaces de una actividad provechosa, y sin haber comprado el reposo por el precio de un trabajo anterior, están exentos de participar en lo que incumbe a la especie humana.

Es de Stuart Mill la frase lapidaria y definitiva en que puede resumirse el justo concepto de la propiedad territorial privada:

Si la propiedad de la tierra no es útil, es injusta.

\*  
\* \*

Apréciese, pues, lo que piensa al respecto la Economía Política clásica y la ecléctica. Abrumadoras serían las citas con que podría ilustrarse el criterio, apelando a otras fuentes.

El concepto hoy ya predominante de la propiedad, es el «cristiano-germánico», tan atinadamente interpretado por Lujo Brentano; esto es, la de que

no es un derecho absoluto de usar y de abusar, sino que lleva consigo deberes sin cuyo cumplimiento la propiedad no es legítima, ni ante el Derecho, ni ante la Moral, ni ante la Religión.

Tal concepto ha merecido los elogios hasta del rígido León Say. En nuestra América se practica con exceso, además, la especulación sobre las tierras sin cultivo, a expensas de las que en su proximidad se cultivan. Sin embargo, de ello, dicho está que el título de propiedad es el trabajo y fuera de éste no hay ni puede haber propiedad.

Secretan expresa.



Mi posesión vale por el campo que cultivo, mientras que lo cultivo: el derecho natural no me otorga nada más. . .

Leroy-Beaulieu, a pesar de sus intransigencias conservadoras, se pregunta qué ha hecho el propietario de un predio para atribuirse la totalidad del aumento de su valor, que muchas veces es prodigioso. Fouillée se alarma de que, en Francia, el valor de muchas tierras no cultivadas ni construídas se haya decuplicado en treinta años. . .

### III

Contémplese ahora el procedimiento que, sin violencias, ni discusión posible, habría de seguirse en nuestra América, para resolver el problema de la desocupación, obligando a los latifundistas a poner en producción sus tierras hoy sin cultivo.

Basta crear un impuesto progresivo sobre las tierras incultas que deben dejar de serlo.

Podrían adoptarse, a tal efecto, las medidas siguientes:

Formación del catastro rústico nacional, con estadística de las tierras cultivadas y de las tierras sin cultivo; publicación seccional por comunas de dicho catastro, para dar oportunidad a las rectificaciones y denuncias del caso, por los particulares.

Avalúo de las tierras sin cultivo, por sus mismos propietarios, para el efecto de pagar sobre ellas el impuesto progresivo que se convenga en fijar, dedicándolo a resolver el problema de la desocupación por el Estado.

Derecho del Estado para expropiar cualquiera tierra sin cultivo, por el mismo valor que le ha fijado el propietario a efecto del pago del impuesto respectivo;

Derecho de cualquier particular a adquirir las mismas tierras en tal precio, mejorándolo en un veinte por ciento, repartible por igual entre el propietario y el Estado, con obligación de proceder a cultivarlas inmediatamente; y

Aplicación por el Estado no sólo del impuesto, sino de todo provecho o beneficio que dedujera de tal legislación agraria, a resolver el problema de la desocupación y, consecuentemente, del abaratamiento de la vida.

No es necesario detallar todo lo relativo a plan tan sencillo, que arranca de la sabiduría de Julio César, para cristalizarse un momento bajo el Gobierno de Rivadavia.

Expuesto el latifundio en nuestra América y planteado en ésta el problema de la desocupación, hay que ir por el remedio hacia Henry George.— J O S É S A N T O S C H O C A N O.



## NOTAS Y DOCUMENTOS

### GENERALIDADES SOBRE LA EDUCACIÓN PRIMARIA EN EL JAPÓN.

En Diciembre de 1929, el Japón tenía 45,355 instituciones educativas, entre escuelas primarias, secundarias, preparatorias, universidades y escuelas profesionales, con un total de 11.984,468 estudiantes. Tales escuelas se encuentran distribuidas en el país en un término medio de 3 escuelas por cada diez millas cuadradas, y de 19 estudiantes por cada 100 habitantes.

Resulta, pues, difícil encontrar una aldea o villa en el Japón, que no cuente con una escuela, y hay muy poca gente imposibilitada de expresar sus ideas por escrito.

Sobre la extensión del analfabetismo en este Imperio, no existe estadística general como en otros países, pero se la puede apreciar por medio de la referente a los conscriptos militares.

A los veinte años de edad, todos los súbditos del Japón son examinados para escoger los que sirvan como conscriptos militares, y en esa ocasión también se verifica si saben leer y escribir. Así se pudo comprobar que en 1928, hubo apenas 6 analfabetos por cada mil jóvenes de 20 años de edad. A continuación doy otros datos al respecto:

Años	Total de hombres de 20 años de edad	Que no saben leer, entre los mismos
—	—	—
1924....	527 072	4 770
1925....	516 415	4 576
1926....	516 972	4 280
1927....	577 247	4 060
1928....	565 333	3 463

El sistema europeo de educación se inició en el Japón hace 60 años, o sea cuando el Imperio comenzó a vincularse en forma decidida con el Occidente. Antes de esa época, la educación popular era muy imperfecta, y casi no se conocía ninguna ciencia, con excepción de la matemática, y de nociones elementales de astronomía y de medicina.

El Gran Emperador Meiji (Mutsuhito), a quien se debe la magna obra de transformación y el progreso actual en todas las esferas de la vida nacional, adoptó sabiamente la política de intensificar la prosperidad nacional mediante el abandono de las costumbres antiguas y el aprovechamiento de los conocimientos científicos del mundo, para lo cual dió gran importancia a la educación pública.

En 1871, se estableció el Ministerio de Educación Pública, y en el siguiente año, se promulgó la ley



que organiza la enseñanza, basada en el sistema francés. El territorio fué dividido en diferentes zonas educacionales, es decir, de universidades, de escuelas secundarias y elementales.

Otro punto importante en la expansión educacional de este país, está en su sistema de educación obligatoria, establecido en la Ley Orgánica de Escuelas Elementales y actualmente en vigencia. El Art. 32 de dicha Ley, establece lo que sigue: los niños entre 6 y 14 años de edad, se llaman *niños escolares*. Los niños escolares tienen la obligación de completar el curso de enseñanza elemental durante 6 años. Los padres o tutores de los escolares, tienen la obligación de hacerles completar sus cursos elementales de seis años. El Art. 35 de la misma Ley establece: las personas que ocupen a niños escolares, no podrán oponerse a la asistencia escolar de tales empleados.» Las disposiciones anteriores, son la base fundamental del desarrollo de la educación pública en el Japón.

Como factor importante de la difusión educacional en el Japón, debe mencionarse la creación de Escuelas Elementales. El Art. 51 de la Ley Orgánica respectiva, ordena que los Municipios de las ciudades y aldeas, crearán el necesario número de escuelas elementales, para admitir a todos los niños escolares, corriendo a cargo de esos Municipios los siguientes gastos: de creación y mantenimiento; sueldos de maestros, sus gastos de viaje, y otras remuneraciones; gastos de mejoramiento; y egresos que oca-

sionan los niños sin recursos para asistir a la escuela. La disposición anterior, fué tan bien cumplida que ya en 1874 o sea tres años después de la implantación de este sistema escolar (1871), había 20,017 escuelas, 36,°66 maestros y 1,714,768 alumnos de enseñanza elemental.

Conforme al desarrollo que adquiría la educación elemental y al gradual encarecimiento de la vida, el gasto de las Municipalidades resultó muy pesado; y ya en 1891, se pensó que el Gobierno Central debía, con fondos de la Tesorería Nacional, contribuir a una parte de los gastos locales de educación elemental. Esta ayuda ha ido en constante aumento por presión de la opinión pública. En la Dieta Imperial de 1918, fué aprobada por iniciativa del Gabinete, la Ley de Subvención a la educación elemental, que autorizó al Gobierno para invertir anualmente la cantidad de yens 10.000,000. En 1923, la cuota fiscal llegó a 45 millones, y en 1930 a 85 millones de yens, cubriéndose así el 50%, aproximadamente, de lo que se gasta en sueldos de los maestros de enseñanza primaria. Un yen equivale a cuatro pesos chilenos.

Ha influido considerablemente para que la instrucción primaria se desarrollara rápidamente, el hecho del poco gasto que ella significa a los padres. La ley respectiva autoriza cobrar hasta yen 0.50 mensual por concepto de matrícula, pero en realidad en casos determinados se cobra yen 0.25, y por lo general la matrícula es gratis. Además, los textos escolares son editados por el



Gobierno y su precio es baratísimo, tanto que cada ejemplar vale entre yen 0.03 y 0.10. Puede decirse que cada alumno gasta al año poco más de un yen. Por lo que se refiere a artículos de escritorio, existen sociedades cooperativas en todas las Prefecturas que suministran a los alumnos y lo más barato posible, tales artículos, cuyo tipo y calidad es uniforme. Tratándose de alumnos indigentes, los textos y material escolar, son suministrados gratis por los Municipios.

Como el valor de los textos de enseñanza iba siempre en aumento, era notorio la calidad de unos y la deficiencia de otros, y con frecuencia los editores sobornaban a los Maestros para preferir determinados libros, el Gobierno designó en 1902 una Comisión, que en 1904 fijó los destinados al uso de Escuelas. Se logró, pues, uniformidad; hacer económica la educación popular y que fuera uno el idioma del país. A este último respecto, hay que recordar que como el Japón forma un largo archipiélago, han existido muchos dialectos, algunos de los cuales eran enteramente distintos. Los más conocidos han sido el de Kioto, Tokio, Kagoshima y Senday, y si bien es cierto que no han desaparecido del todo, se estima que gracias a la uniformidad de los textos escolares el idioma hablado en Tokio es comprendido en todo el Imperio. He aquí la lista de los textos actualmente en uso: Instrucción Cívica y Moral (6 libros), idioma japonés (12) Aritmética (6), Historia Nacional (2), Geografía (2), Ciencias Naturales (2), Pintura (4), Canto

(6). Además existen diversos textos también editados por el Gobierno, para el uso de los Maestros.

Este país no ahorra ningún esfuerzo para mejorar la capacidad de los Maestros. Todas las Prefecturas (el Japón está dividido en 43 Prefecturas) sostienen con fondos propios a lo menos una Escuela Normal. Sus alumnos no pagan matrícula, y cuentan con vestuario y pensión gratis. Con estas facilidades, se comprende que las Escuelas Normales puedan seleccionar buenos elementos entre los muchos candidatos que se presentan para optar al Profesorado Primario.

Doy a continuación un cuadro estadístico sobre las Escuelas Normales Elementales, y las materias que se estudian.

Años	Es-cue-las	Pro-feso-res	Estu-dian-tes	Gra-dua-dos
—	—	—	—	—
1925	99	2 383	45 540	13 179
1926	101	2 482	46 285	13 425
1927	101	2 499	46 938	13 725
1928	103	2 799	47 235	14 328
1929	104	2 802	48 125	15 312

*Distribución de Horas en las Escuelas Normales.*

Asignaturas	AÑOS				
	I	II	III	IV	V
Instrucción					
Cívica y					
Moral.....	1	1	2	2	2
Pedagogía. . .	—	—	2	3	5



Asignaturas	AÑOS				
	I	II	III	IV	V
Japonés.....	6	6	4	5	5
Inglés.....	5	3	3	3	3
Historia.....	2	2	3	3	2
Geografía... .	2	2	—	—	—
Matemáticas.	4	4	4	3	3
Historia Na- tural.....	2	2	2	1	—
Física y Quí- mica.....	—	3	3	3	3
Leyes y Eco- nomía.....	—	—	—	2	2
Agricultura y Comercio..	—	—	2	2	2
Caligrafía... .	2	1	1	0	0
Pintura.....	2	2	1	1	1
Música.....	2	2	1	1	1
Gimnasia... .	5	5	5	4	4

*Categorías y Sueldos.*

La remuneración de los Maestros de Instrucción Primaria ha variado según el estado económico del país. Actualmente son pagados conforme a la siguiente lista:

CATEGORÍAS.

Zonas (1)	I	II	III
<i>Mensual.</i>			
A..... Y.	180	145	120
B..... »	160	130	110
C..... »	120	100	80
D..... »	110	90	75

(1) Según el costo de la vida local, el Japón está dividido en 4 Zonas.

IV V VI  
*Mensual.*

A..... Y.	100	85	75
B..... »	90	80	70
C..... »	70	60	50
D..... »	65	55	45

Término medio de sueldos en 1929 y 1930: yen 65.75 (Un yen equivale a 4 pesos chilenos).

A fin de que se pueda comparar la remuneración de los Maestros de la Escuela Elemental y se vea que aquí están bien pagados, conviene conocer la siguiente lista:

Profesiones	Término medio de sueldos mensuales
—	—
Maestro Inst. Primaria	Yen 65.75
Policías.....	» 52.80
Maestro de 2. <sup>a</sup> Enseñanza.....	» 110.00
Conductor de tranvía...	» 48.50

El culto al Emperador y el respeto y obediencia a los Padres, se inculcan cuidadosamente en los alumnos. Resulta así la Escuela Primaria, el cimiento del orden político y social. Cada Escuela cuenta con una sala contra incendio, en la cual está el retrato del Soberano cubierto con la bandera nacional. El día del natalicio del Emperador y en medio de una ceremonia especial a que asisten Profesores, alumnos y las familias de éstos, se descubre el retrato y se corea el Kimigayo (Himno Nacional). También entra en el programa de la Instrucción Cívica el culto a los Héroes. Con frecuencia hay romerías a la



tumba del Almirante o General que descolló en tal o cual acción; cada natalicio del ilustre Almirante Togo, motiva manifestaciones públicas en las cuales participan principalmente los alumnos de la Instrucción Primaria.

La Escuela educa al niño en las aulas y en esta noble tarea lo sigue hasta el hogar. Hay una estrecha vinculación entre los Profesores y las familias de los alumnos. Dos veces al año y a veces más, se celebran conferencias especiales entre las autoridades del colegio y los Padres de los educandos, con el objeto de comunicarles los defectos morales o físicos que precisa seguir observando en la intimidad de la familia, como las buenas cualidades que conviene sean estimuladas. A las reparticiones de premios anuales es obligatoria la asistencia de la familia del alumno. Por su parte los Profesores cultivan la amistad con los Padres del educando.

Hay mucho de paternal en el tratamiento que se da a los escolares. Desde hace años está abolido todo castigo corporal y la mayor medida disciplinaria consiste en una

amonestación que se hace en público, o en la expulsión del colegio.

En los últimos años solamente se ha comenzado a dar más importancia a la educación física. El sport, sea por medio de excursiones, juegos, gimnasia, tiende a desarrollarse.

Aun cuando el «Shinto» podría decirse que es la religión oficial, la enseñanza religiosa es desconocida en absoluto en la Instrucción Primaria, como también lo es en la Secundaria y en la Universitaria. Existen sí, instituciones educacionales particulares en las cuales tiene cabida dicha enseñanza.

Día a día se modernizan los locales en que funcionan las escuelas públicas. En las grandes ciudades las hay magníficas. El Estado va abandonando, poco a poco, la casa de madera y poco higiénica, para sustituirla por el edificio de cemento armado, de amplias salas, grandes patios, etc.

En resumen, la transformación del Japón comenzada hace 60 años se debe en mucha parte al desarrollo de la Enseñanza Primaria.—*Enrique Gallardo Nieto.*



## LOS LIBROS

### NOVELA

LA ASONADA. Novela mexicana, por José Mancisidor. Jalapa, 1931.

A los grandes novelistas mexicanos de la hora, que preside por derecho propio Mariano Azuela, hay que agregar el nombre de José Mancisidor.

Relato de amargas horas vividas, sin un ápice de fantasía novelesca, esta *Asonada* es el libro del soldado anónimo, rebelde y valiente, que sigue por un ideal a generalotes aventureros y cobardes que van siempre tras la fortuna o el poder.

Estilo y claridad de visión, las dos grandes cualidades de esta novela mexicana. Imágenes rápidas y precisas fijan un paisaje o un estado de ánimo, y, sin una truculencia—apenas si se nombran en el libro la pólvora y el fusil—los últimos veinte años turbulentos que ha sufrido México aparecen como en un telón de cinematógrafo.

Los historiadores de mañana que fijen y comenten la vida política y social de México en los albores de este siglo, tendrán que recurrir a la novela como a fuente segura de

panoramas y de hombres. Tales proporciones de realismo, y de veracidad ennoblecida por el arte, ha alcanzado la novela.

Alguien comparó a los dolorosos y sangrantes libros rusos anteriores a la guerra mundial estos libros en que los escritores de México van dando al mundo la visión de su tierra convulsionada y herida. No creo justa la comparación. La amargura de los novelistas de la estepa quema y rebalsa en sus novelas geniales, mientras que en los prosistas de México—tal vez por la raza y por el medio—aparece mirado con cierta displicencia el derrumbe de su propia nacionalidad.

País de aventura, y de aventura seria y trascendente, como es México, se ha vivido en él con el arma al brazo durante un cuarto de siglo, listo para la nueva asonada, y el levantamiento sorpresivo. Y esa inquietud perenne y esa vida sin cuartel, de camino en camino, siguiendo al caudillejo torpe y ambicioso, son el nervio de esta novela de Mancisidor, fuerte y esquemática, apretada de emociones guerreras en que no asoma la metralla ni da su alarido el cañonazo.

El lo dice en las primeras palabras



de su obra: «Libro verista que no requiere la brutalidad de los sangrientos combates para exponer sencillamente sin rebuscamientos convencionales, la honda tragedia nacional.

Tragedia de políticos inquietos desencauzados, náufragos en la anarquía, por la indiscutible falta de preparación en que nos debatimos.»

De trazos vigorosos, esta novela de Mancisidor nos señala la perspectiva sufriente de la desgracia mexicana. Y nos la muestra con verdadero talento de escritor que ha vivido su novela.

Mientras innovadores de todos los países anuncian la deshumanización del arte como meta bien próxima, estos libros en que la humanidad se mueve y lucha apasionadamente siguen interesándonos, y quedan sólo como intentonas sin éxito las obras que se acometen, olvidando los afanes cotidianos del hombre.

A despecho de cuantos gritan el anquilosamiento de la novela y su muerte no lejana, el arte verdadero seguirá cantando la vida que nos estremece.—C. P. S.

---

HILVÁN, novela, por *Julio Verdié*.

Esbozo para una novela psicológica, no bien diseñada, es este libro del escritor uruguayo.

Jacobo Abriel, personaje central de la obra, no interesa mayormente en la vulgaridad de sus *rarezas*, ni es alma que pueda nutrir un cuento o una novela. O el tipo fué mal elegido por el autor, o el croquis no

da la medida exacta de ese espíritu un poco difuso y nada original.

Los cultivadores de la novela psicológica han tenido en América aciertos muy contados. Y este libro de Verdié no está entre ellos.

Falto de estilo, con el ambiente en fuga perpetua, a pesar de los esfuerzos que hace el autor para fijarlo, no deja esperar la novela grande que este *Hilván* (1) quiere prometer.

*Adótico Cielo*, libro de poemas publicado por Verdié en 1929, le señala un puesto entre los líricos de Montevideo. En cambio este *Hilván* novelesco no le acerca a Montiel Ballesteros ni a otros prosistas de enjundia y de nervio que laboran en la tierra de Rodó.—C. P. S.

RIPISAS, por *José de la Cuadra*.

Un buen libro, algo sencillo y algo complicado. Y algo difícil, por lo mismo, de precisarle tendencias u orientaciones de escuela... Mejor. Su estilo ameno, flúido, se mueve libremente desde un límite a otro límite, desde el relato ligero hasta la bien lograda narración. Relatos y narraciones que abarcan, como una pequeña enciclopedia sociológica, todos, o casi todos, los aspectos de la vida criolla ecuatoriana. Y todo, con un esfuerzo mínimo, con una llaneza y honradez de exposición, tras la que quiere quedarse inadvertida la bizarra sensibilidad del autor. No hay en estos cuadros pretenciosos toques, «al

---

(1) Editorial Mural. Montevideo, 1931.



pastel», de maestro; ni efectistas conatos de aguafuertista. Son de un objetivismo mesurado, que dejan fluir naturalmente el agua fácil de la narración, sin afán de honradas ni estetismos trascendentales, con afán sólo de correr.....

Narraciones breves, (1) las llama modestamente el autor. Bien podría haberlas llamado Cuentos. (Aquí, cualquier escritor no habría vacilado en llamarlas así). Pero, en verdad, no son cuentos. Les falta precisamente, para serlo, lo que en ellas está de más. Esa intención tácita que va siguiendo subjetiva y paralelamente el curso de la acción. Un relato, o una narración, son meros hechos expuestos, son como cuerpos sin sombra; y el cuento, se diría, tiene la facultad de proyectar en nuestros planos emotivos las rayas espectrales de su esencia íntima. Leídas, estas narraciones, nuestro pensamiento queda clavado en ellas, objetivo, inalterado; no se sumerge ni remonta por las subrepticias corrientes de la emoción.

Armoniosamente desimétricas, en estructura y en contenido, como lo eran probablemente las del viejo armario de que nos habla el autor en la Glosa del Título, en cada una de estas cuatro Repisas, hay una, o más, prendas de la más noble calidad. Así, en la primera, «Aquella carta»; y «Si el pasado volviera»; en la tercera, «El hombre de quien se burló la Muerte»; y en la última, en «Las pequeñas tragedias»... todas. Es raro, y loable, que este au-

(1) Artes Gráficas «Sonefelder»; Guayaquil: Ecuador.

tor haya dejado para lo último, lo mejor: Generalmente se largan los voladores de luces al principio de la fiesta...

Un léxico rico, nutrido y nutritivo, vigoriza y acentúa las últimas narraciones, en que un naturalismo espontáneo solivianta un tanto la mesurada intención del libro; pero, ésta no es ni una objeción para menores; pues su naturalismo no tiene nada del anatómico de Zola, ni del morboso o pictórico de los maestros franceses o rusos: deriva más bien, racial y ancestralmente, de la trágica regocijada y lejana de Fernando de Rojas y del buen Arcipreste. Las otras narraciones nos parecen ya más convencionales, retocadas con encajes de fantasía. Y la fantasía, siempre, tiene algo de pueril... Pero, todas, entre todas, suman en nuestro espíritu una fuerte impresión de nacionalidad, reflejo de la personalidad y méritos indiscutibles del autor.

Cuanto a la forma, alguno que otro peccadillo gramatical—muy pocos, y muy veniales—habrá que confesar en este digno compatriota de don Juan Montalvo. Sólo dos vamos aquí a considerar, que, a lo mejor, bien considerados, no son tales: El uno es esa... tendencia del autor a encerrar las frases, incidentes, meras palabras a veces, entre guiones; por ejemplo: «Mi voz—que la emoción tornaba angustiosa—era...» «Creo que nunca—como en esa ocasión — leído tan bien...» (Pág. 15, Aquella carta). Y algunas líneas más adelante: «Habría querido, luego de estas



palabras—definitivas — garrapatear al pie...» «En este minuto —único— en que voy a franquear...» Y así. El otro es el uso y abuso del arcaísmo «diz»; agravado en una ocasión (pág. 79; La Cruz en el agua), con un pleonasma: «Diz que una vez esto acaeció, cuentan que animada de...» Y quizá deberíamos también atrevernos a hacerle observar al autor el uso incorrecto del adjetivo «inconsútil», que por ahí emplea modificando a la niebla. ¿Qué se entiende por una niebla sin costura...? Aunque, estas licencias están ahora tan de moda en la modernísima estética, que tiende hacia la nada, sin excluir la hoja de parra!... Pero, sinceramente, choca en un escritor como éste, que tiene bastante paño que coser...

Con el que esperamos ver confeccionados otros libros, tan buenos como éste.—Gmo. Koenenkampf:

UN ESCRITOR RUSO, *Vsevolod Ivanov*.

En los comienzos de la dictadura proletaria, en Rusia, se proscribieron implacablemente de las bibliotecas populares, no sólo los libros de los escritores de esencia aristocrática como Turguenev y Tolstoy sino también los de Dostoyewski. Esta actitud de los ideólogos de la revolución se oponía, justamente a la de los autócratas del Imperio que habían perseguido los libros de los escritores que de un modo u otro exaltaban el contenido rebelde del alma eslava. Como se ve, posiciones intelectuales diversas.

Cada una aspiraba a formar una conciencia determinada de acuerdo con sus especiales modos de sentir el problema de las ideas. Pero había una singular contradicción en el espíritu revolucionario de los bolcheviques; perseguían las obras impresas de Turguenev y, en cambio, en la biblioteca de Leningrado, nadie había osado tocar los manuscritos del autor de *Nido de Nobles* y allí estaban junto a los manuscritos de *Ana Karenine*, expuestos a la silenciosa y conmovida adoración de los devotos de esos grandes escritores. Más tarde se supo que Lenin no podía pasarse sin releer, a diario, algunas páginas de Tolstoy. Lo cierto es que el fanatismo agresivo de una y otra tendencia—la autocrática como la bolchevique—se había distanciado de la única cumbre en la que hubiera podido respirar un aire puro, incontaminado: el arte. Ha evolucionado la ideología de los revolucionarios, puesto que hoy los escritores de la Rusia soviética elogian a muchos de los escritores exilados y algunos de entre ellos, han dedicado ensayos y aun biografías noveladas al escritor del siglo XIX, Lermontof, autor de *Un héroe de nuestro tiempo* y uno de los románticos más finos de la literatura rusa. Las estadísticas de las bibliotecas señalan, además, el gran aumento de lectores que piden obras de Tolstoy. Turguenev, Dostoyewski, Puskin, etc. Es decir de los prosritos de hace poco, cuyas obras fueron colocadas en el index por los primeros revolucionarios.

Los escritores de la Rusia nueva



no desdeñan el análisis. Son admirables enfocadores de la revolución en todos sus aspectos. A pesar de la censura que impone la revisión de los originales, muchos libros han pasado libres bajo las horcas caudinas. En ocasiones la prueba no es sino una mera fórmula; pero ha ocurrido, en otras, que una vez publicados los libros, el soviet los ha declarado peligrosos y los autores han debido retractarse públicamente. Los libros circulan, sin embargo, y son traducidos a todos los idiomas. Trabados muchos por el oficialismo, dejan escapar por entre las junturas acerbadas censuras contra algunos procedimientos y costumbres. En *El Diario de Kostia-Riasew*, por ejemplo, se hace un minucioso análisis crítico de los procedimientos educacionales del soviet. Capítulos ásperos, sombríos, de la vida proletaria, aparecen en la novela *El Cemento*, de Gladkow. Y como todos los escritores de la Rusia nueva son realistas, observadores escrupulosos y penetrantes de las costumbres, nada escapa a la energía de su examen.

Los escritores rusos están abocados a un mundo nuevo, en medio de una temperatura oscilante entre grupos de razas, cuyas reacciones se convierten en tumultuosas tragedias. A veces violencias inusitadas atraviesan como disparos las páginas de sus libros. Copian la vida desgarrada, las formas incoherentes, la agonía de tribus sociales que intentan defenderse por entre el ritmo feroz de la nueva marcha. La fe y el escepticismo caminan juntos. Cuando se deciden a ser ironis-

tas, logran los efectos más extraños: avanzan sin sonrisa por medio de la más dura realidad y de pronto regresan como a un sitio de olvido, a un misticismo conmovedor que baña en una onda de compasión, la pobreza y el abandono de los humildes, sean hombres, bestias o cosas. Como la gran mayoría de estos escritores ha surgido de la masa proletaria, los interiores que describen son pobres, las almas desnudas, los instintos siempre alertas. En Vsevolod Ivanov, autor de *El tren blindado* hay una mezcla de realidad y de misticismo. Pero más fuerte aquélla que éste. Ivanov arrastró una vida aventurera y difícil. En un libro reciente *Campesinos y Bandidos* (1), cuenta el autor en tres capítulos admirables por su sobriedad, por su sencillez y fuerza emotiva la niñez, adolescencia y los comienzos de su carrera de escritor.

Ni una sola nota ruborosa para describir la intimidad. Está cumpliendo una tarea sin trascendencia. Narra su vida de niño y las disputas con su padre como si contara la cosa más natural del mundo. Luego sus errancias penosas por las aldeas y caminos de la Siberia. Una vez clown, después fakir, más tarde tipógrafo. Conoce los secretos de la existencia nómada. Su padre era tan aventurero como él, y como él un autodidacta. Pero desde luego, que gran maestra, la vida para ese escritor que Gorki descubre alborozado y le alienta en el ca-

---

(1) Ediciones Nosotros, M.adrid, 1931



mino. El estímulo de Gorki lo salva de rodar para siempre al abismo. La revolución bolchevique lo sorprende en un pueblo de Siberia. Perseguido por el ejército blanco, corre día y noche a través de los bosques, sintiendo a su espalda, el ruido de los pasos que le persiguen. Entonces comienza su existencia errante por las estepas, a través de los arenales, cruzando las dunas y las helguerras esteparias del Gobi. Incorporado a una caravana de gente que huye, días y días camina por la arena, entre matorrales, en medio de la tribu de los kirguíses, que odian a los rusos. Su espíritu despierta a la realidad terrible de las persecuciones. No hay fuerza humana que pueda librarlos de la muerte, sino tienen energías para continuar huyendo. En las carretas gimientes los niños hipan de hambre. Tumbados en el camino van quedando hombres y bestias, cansados ya de caminar. Nadie puede detenerse y la suerte de los que allí son abandonados está escrita en los círculos negros y amplios de los buitres de pechugas hirsutas, que se ciernen junto a los postes del telégrafo.

En todas las narraciones que componen este libro emocionante, palpita la siniestra actitud de la vida en los confines lejanos de Rusia. Ivanov no predica ni condena, como otros escritores soviéticos. Se limita a mostrar la realidad viva en sus violencias y en sus pasiones instintivas. A veces se le escapan notas de fuerte sabor soviético. Las abandona lue-

go. Más que todo es un artista que extrae, de la realidad cuadros y temas magníficos, por entre los que pasan siluetas magistralmente pintadas de bandidos y mujeres que arrastran una existencia penosa entre aventureros y revolucionarios. El nexa con las doctrinas nuevas está en las costumbres, en el tono de violencia, en la forma libre de vida, pues hasta esos parajes remotos la revolución ha hecho llegar sus marejadas.—  
*Domingo Melfi.*

## CRITICA

PANOPAMA DE LA LITERATURA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX.—  
por *Alone.*

La literatura chilena carece hasta hoy de un panorama donde se presenten los problemas y se analicen los escritores con un criterio humano y social.

No basta mostrar a los intelectuales en grandes o pequeños grupos, de un modo arbitrario y personalista. No bastan las rápidas biografías, acompañadas de alusiones menudas y de insignificantes acotaciones.

Todos esperaron por mucho tiempo y siguen esperando un libro donde nuestra literatura resulte la expresión de su significado verdadero. Así se verá la razón del romanticismo y su alcance político. Así se entenderá a Bilbao, a Santiago Arcos, a Eusebio Lillo, a Guillermo Blest Gana, a Soffia.



Así tendrá una explicación el brote naturalista en Chile, como consecuencia de una boga pasajera y se verá, cómo obró en diversos escritores que no resultaron por generación espontánea. Más tarde, asistiremos a la aparición de un movimiento socialista y humanitario, del que fué un reflejo la colonia tolstoyana. Y, por último, se analizará a las escuelas nuevas no como el reflejo arbitrario del «caos» sino en consonancia con corrientes estéticas de su tiempo y como el alcance austral de diferentes movimientos europeos y americanos.

El panorama tiene que otear el paisaje literario y relacionar al escritor con su medio y a este con las distintas tendencias que lo transforman. Así una literatura no tiene un simple y vulgar aspecto estético o preciosista; es algo más vivo y orgánico: la expresión de un medio social o político y el contragolpe de las inquietudes que agitan a distintas épocas.

Por grande que sea el desdén con que algunos narcisistas contemplan a la literatura chilena es indudable, que en la actualidad, su dimensión ha variado y es considerable. Ya no es una literatura de tantas. Tiene índole propia y dentro de su variedad ha levantado, en América, un lote no despreciable de cuentistas y de líricos.

Así resulta inexplicable el tono con que Alone, crítico esforzado y tenaz, ha enfocado el ambiente literario chileno en su reciente *Panorama de la Literatura Chilena durante el Siglo XX*. (1)

(1) Editorial, Nascimento, 1931.

Si el crítico ha manifestado alejamiento o desgano por las cosas del terruño es mejor que hubiese dejado la iniciativa a otro espíritu más comprensivo y que su tiempo lo dedicase a delicuescencias estéticas de su agrado. Pero si, como lo creen muchos, este libro es obra de madurez espiritual y estudio, no podemos menos que expresar un hondo asombro ante el resultado.

Es bien poca cosa para un escritor que, por quince años o más, ha dedicado su tiempo y su interés a las letras nacionales, salvo algunas incursiones por vidas del siglo XVIII y por Renán y Proust.

Alone debió entregar algo más compacto y macizo. No se puede analizar tan someramente lo que no es producto de la gracia sino el esfuerzo acumulado de generaciones y el reflejo de la evolución general de la literatura.

El prólogo del *Panorama* es pobre de solemnidad y arbitrario. No revela ninguna perspectiva certera y carece de exactitud. Dice: «Suenan la campanada del nuevo siglo y cual si esta simple palabra del tiempo desencadenara alguna potencia oculta, las letras chilenas reviven y empiezan a cambiar visiblemente». No se promueve un cambio literario ni una inquietud anímica por un hecho tan sencillo. La palabra del tiempo no desencadena escritores ni equivale al soplo del espíritu. Esto sólo prueba endeblez mental, comodidad rutinaria. Se sale del paso por procedimiento tan simplista para no dar explicaciones, para no razonar, para no encadenar ese cúmulo de pequeñas cosas que u



crítico verdadero y documentado tiene la obligación de escudriñar. Más adelante agrega Alone: «Antes hubo alguna actividad: el Club del Progreso, el Certamen Varela, el Ateneo de Santiago, la estada aquí y las primeras obras de Rubén Darío, publicadas en Chile, removieron el ambiente y estimularon a los escritores».

Ni tanto ni tan poco. Los hechos anotados merecían un comentario más estricto y no una simple enunciación. Además, Chile tuvo escritores de peso mucho antes y estos no vivieron de milagro sino estimulados y pagados por el país que los leía y admiraba. Jotabeche, Lasterria, Vicuña Mackenna, los dos Blest, Barros Arana, Zorobabel Rodríguez, etc., no se morían de hambre en Chile.

El ambiente los consideraba y si no se enriquecieron con la pluma, jamás carecieron de holgados medios para subsistir. Estos escritores, como se ha probado en estudios históricos, recibieron mucho dinero de los diarios de la época y la cultura del país estaba en proporción más adelantada que en nuestros días.

Un historiador de la literatura no puede razonar como Alone. Debe herir más a fondo y hacer ver cómo un país en lo espiritual es producto de factores más complejos que de la simple sensibilidad o buen gusto individuales.

La división que hace Alone en tres períodos de diez años cada uno es otra cosa que no tiene razón lógica de ninguna especie. La primera década es encabezada por dos espíritus tan divergentes como Augusto Thom-

son y Omer Emeth. El primero es el arte impensado y arbitrario, el renovador por excelencia y el segundo el gran conservador y retardatario, que nunca tuvo un cariño hondo por las cosas de Chile. Omer Emeth no comprendió ni quiso comprender a Gabriela Mistral, a Jorge González Bastías, a Pedro Prado y a Pablo Neruda. Muchos de los valores nacionales fueron mirados con el desprecio más profundo por el arbitrario y erudito sacerdote francés.

En cuanto al segundo, a Augusto Thompson, no se explica bien ni su influencia ni las que él recibió, al asimilar maravillosamente a franceses, rusos y nórdicos. Para Alone ha sido más cómodo hacer un paseo por los tópicos y ni siquiera ha dado una Pintura acertada de la colonia tolstoyana. Nuestro crítico se detiene menudamente en cosas triviales: el tono fino de la voz de Thompson; la alcurnia de tal o cual escritor; la seducción infinita de Shade, inspiradora de una novelícula; el entronque aristocrático de Iris. De todas estas pequeñas cosas ha hecho su crítica por muchos años. De este vivero de menudencias ha alimentado esas crónicas de que ha subsistido su prestigio.

Ahora en el libro donde se miran más reciamente los defectos y donde es preciso exhibir una cultura orgánica y dotes de análisis poderoso, surge el verdadero Alone frívolo y amigo de las «trouvailles» de lenguaje. Es el tipo de escritor más contrario al que debe hacer un panorama literario nacional. Sus defectos, pequeños al diluirse en



las crónicas dominicales, se agrandan y agrupan prodigiosamente en el volumen. Los nexos que relacionan al escritor y a su medio, la formación del artista, las resonancias culturales de una época y mil problemas interesantes de crítica literaria y de comparaciones entre diversas literaturas americanas, se escapan de un modo lastimoso, a Alone.

El panorama tiene, a nuestro juicio, otro defecto gravísimo: su mezquindad. Allí se trata con pequeñez a lo grande y con desusada magnificencia a lo minúsculo.

Cuando Alone se encuentra ante la maciza y perdurable figura de Alberto Blest Gana le consagra unas cuantas líneas opacas y sin novedad de visión. Repite sin brío lo que dijo don Pedro Nolasco Cruz. En cambio no sabe extraer ese tesoro de chilenidad que tiene el autor de *Durante la Reconquista*. La significación de esta obra dentro de la literatura nacional no sugiere nada al crítico afrancesado que, más adelante, consagra holgado comentario a la obra precaria de Augusto Iglesias, de César Cascabel y de Aurelio Díaz Meza.

Se ha omitido deliberadamente de este *Panorama*, entre otros artistas, a Jorge González Bastías, poeta fino y chileno como pocos; a Jerónimo Lagos Lisboa, a quien elogió considerablemente Alone cuando apareció *Yo iba solo...*; a Domingo Melfi, ensayista sólido y de vasta labor; a Raimundo Echeverría Larrazábal, al primero que intentó aquí la poseía marítima, hoy imitada por Salvador Reyes y otros; a

Ernesto Guzmán, vate abstracto y teñido de gracia filosófica en muchos poemas; a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, profundo y humano en sus versos; Armando Ulloa, cantor de íntima congojas; a casi todos los poetas nuevos, donde hay bellísimos acentos de emoción y a mucha otra gente no grata a Alone.

Este *Panorama* no sólo está afeado por exclusiones mezquinas sino por inclusiones absurdas. Desde luego nada tiene que hacer en un libro donde sólo se dice dar cabida a la alta estética un nombre como el de Aurelio Díaz Meza. Lo mismo puede afirmarse del distinguido pedagogo don Eduardo Solar Correa, cuyos trabajos de erudición y de antología no pueden comprenderse en el campo de la belleza creadora.

Lo mismo sorprende la inclusión de Augusto Iglesias, vate sin significado ni sensibilidad y sólo producto de la retórica manida, en un libro de donde se ha sacado a poetas de la hondura emocional de González Bastías, de Lagos Lisboa, de Cifuentes Sepúlveda, de Echeverría Larrazábal, de tantos otros.

Otrosí: Si se ha incluido a don Pedro Nolasco Cruz, ¿Por qué razón no se ha puesto a don Juan Agustín Barriga y a don Augusto Orrego Luco, escritores de su misma promoción y que han dejado páginas literarias imperecederas?

Inconsecuencias como las anotadas hay muchas en el libro de Alone (1). Detenerse a anotarlas y re-

---

(1) Sería tarea pueril anotar pequeños defectos y disparates a cuyo descubrimiento siempre ha sido inclinado el autor del *Panorama*. Por



futarlas parecería labor estéril. Sólo podemos decir, para que con ello se llegue a conocer la índole especial de este escritor, que todo es producto de un temperamento no desmentido por el tiempo.

Alone ha vivido en Chile haciendo cátedra sobre pequeños círculos de intereses y de resonancia literaria. Ha exaltado con fervor a todas aquellas cosas en que ve reflejada su índole intelectual y ha deprimido, con tenacidad odiosa, a lo contrario, es decir, a aquello que repudia su sensibilidad unilateral y desprovista de humanidad.

Alone ha quedado reducido en este libro a su adecuada proporción. Sus defectos y cualidades quedan allí al desnudo de un modo definitivo. Todas las cambiantes matizaciones de su carácter y las arbitrarias iniciativas de su temperamento se

---

ejemplo hacer nacer (Página 69) a Gabriela Mistral en Elqui, «pueblecito de Coquimbo», según Alone. Elqui es un departamento y la Mistral nació en una aldea que pertenece a él.

De Rafael Maluenda dice: «Las novelas rusas le dejaron cierto sentimentalismo que, a veces, disuena en el campo chileno; pero el conjunto da la impresión de una verdad compacta, claramente nacional, y el paisaje y sus tipos de «huasos» convencen».

No hay un acierto en una línea. Si existe paisaje poco fiel es el de Maluenda. Sus «huasos» son convencionales y su paisaje es idéntico, sin variación. Parece que se le ha contemplado desde un tren. En cuanto a que el sentimentalismo esté reñido con el campo chileno no se explica sino por la reacción que produce ante un crítico excesivamente ciudadano.

revelan en este pequeño y malogrado *Panorama*, sin ideas generales y de escasa resonancia interpretativa.—Ricardo A. Latcham.

#### REPLICA A UNA CRITICA

Con motivo del juicio crítico que sobre *L'Esprit de L'Amérique Espagnole*, publicó Raúl Silva Castro en el N.º 78 de esta Revista, correspondiente al mes de Agosto del año próximo pasado, Francisco Contreras, autor de aquella obra ha dirigido a don Enrique Molina, la carta que damos a continuación:

Paris, 15 Diciembre 1931.

Señor D. Enrique Molina.

Mi estimado amigo:

He hallado, en el número de *Atenea* correspondiente a Agosto, un artículo de don Raúl Silva Castro consagrado a mi libro *L'Esprit de l'Amérique espagnole*. Agradezco a este compañero su amabilidad de ocuparse de mi labor, mas como en su artículo me hace graves reproches, creo indispensable contestarle. Me critica desde luego el no haber tratado, en aquel libro, muchísimos escritores americanos. Pero en mi crónica del *Mercure de France* del 15 de Enero, que *El Mercurio* de Santiago ha reproducido, he significado yo que *L'Esprit de l'Amérique espagnole* es una selección de mis últimos artículos de aquella revista, refundidos o revisados, en los cuales naturalmente no he podido ocuparme más que de algunos autores que me han enviado sus libros.



¿Cómo iba a hablar de ciertos peruanos que sistemáticamente no me remiten sus obras? Me reprocha, además, el señor Silva Castro el haber escrito, en la Introducción: «Rubén Darío, que vino a Madrid en 1898, fué recibido por la nueva generación española como un iniciador y un maestro», y me hace saber que Darío había venido ya a España en 1892 y no había sido recibido de tal manera. ¡Pero si yo me refiero únicamente al viaje de 1898! Del otro hablo también, en el capítulo consagrado a Rubén Darío. «En 1892, digo, nombrado por el gobierno de Nicaragua miembro de la delegación que debía representar a ese país en las fiestas españolas del descubrimiento de América, visitó la España y conoció a los maestros castellanos del momento» (pág. 26). Decididamente, a pesar de mis veinte años de labor en el *Mercur de France*, sigo yo gozando en mi patria de la más espléndida impopularidad. ¡Qué me place!, como decía Alonso Quijano el Bueno.

Rogándole tenga a bien publicar estas líneas en *Atenea*, me es grato enviar a usted mis atentos saludos.— FRANCISCO CONTRERAS.

## EDUCACION

LA CLASE. Apuntes de un profesor, por *Eduardo de Salterain y Herrera*.

Don Eduardo de Salterain y Herrera, autor de este libro, es catedrático del Instituto Normal y Profesor de Enseñanza Secundaria de

la Universidad de Montevideo. Aunque no lo especifica, se advierte a través de las páginas de su libro que el señor de Salterain lo es de literatura, pues *La clase* (1) gira alrededor de la enseñanza de ese ramo en los establecimientos educacionales mencionados.

En *La Clase* no aparece diseñado ningún sistema para la enseñanza de la asignatura ya aludida, aunque en la segunda parte de este libro, titulada *Composición*, el señor de Salterain trata de precisar, ordenando en algunos puntos esquemáticos, una especie de programa que viene a condensar sus opiniones al respecto y que ha practicado en sus clases. Sin embargo, su obra es más bien una serie de divagaciones, a veces consideraciones, sobre la enseñanza de la literatura, y en ciertos aspectos, sobre la enseñanza en general.

Tomado en conjunto el libro del señor de Salterain tal vez pudiera tener interés, a pesar que en el fondo carece de originalidad. En cuanto a su lenguaje, es sobrio, moderado en la adjetivización y con cierta distinción expresiva, no obstante el deslice de varias frases pedantescas. Pero si nos detenemos a observar con cuidado algunas de sus apreciaciones parciales—en donde se alimenta y se desprende el sentido total del libro, esencialmente reaccionario—sumamente discutible y aventuradas, debemos confesar que *La Clase* carece de interés y en vez de resultar una obra proficua es, al contrario, pernicioso. (Hay que tener presente también que el señor de Salterain es un catedrático de

(1) Editorial «Le livre libre», París, 1931.



prestigio en su país y uue sq obra ha sido publicada por una editorial que la difundirá profusamente en Indoamérica).

En la página 1<sup>a</sup> dice al señor de Salterain y Herrera, lo siguiente: «La educación como la vida, es cosa más allá del presente... Es la libertad del espíritu, que sólo se alcanza por la misma libertad. No hay que ceñirse al mero sentido informativo, sino llamar a las puertas del espíritu. Y agrega: *Ten amos en cuenta que el problema del mundo moderno es un problema religioso, humano y no científico o económico*». (Somos nosotros los que subrayamos.)

Francamente, no debiera preocuparnos esta afirmación, pues su falsedad es evidente. Pero como aún quedan individuos en número no escaso, que sostienen idéntica interpretación del problema actual de la humanidad, no está demás hacer hincapié en ella.

La crisis profunda porque atraviesa hoy día el sistema capitalista, cuya capacidad de dominio vemos derrumbarse, es el exclusivo origen del «problema del mundo moderno», pues el problema del mundo es un problema esencialmente económico o científico. Mientras este no se solucione, permanecerá la sociedad en su mismo estado de incertidumbre. Sería infantil suponer que la superproducción, p. ej. que a su vez origina la cesantía, ambas de importancia tan fundamental, pues ocasionan el hambre y la miseria de millones de seres, fuera un problema religioso...

Carlos Marx en su teoría del de-

terminismo económico dice que el sistema de producción condiciona de un modo general el proceso social, político e intelectual. Como actualmente el sistema de producción capitalista no corresponde a las necesidades de la mayor parte de la humanidad, siendo incapaz de satisfacerlas, ya que no existe correlación entre el sistema—inhumano, anticientífico—y las necesidades, tiene que repercutir naturalmente en la vida social, política e intelectual de los pueblos. En la primera, con la ausencia absoluta de una ética «humana», justa, pues la ética religiosa o filosófica, puramente idealista, no está basada en las relaciones materiales de los hombres y, por lo tanto, no responde a nada concreto. En la segunda, haciendo la descomposición de todos los partidos políticos, provocando la inseguridad de los Estados contemporáneos, creándoseles cada vez más nuevas situaciones insolubles; y en a vida intelectual, en la completa anarquía de su producción y en el aspecto educacional, también en la anarquía de métodos y sistema, Infírese, entonces, que toda reforma que se pretenda hacer o se haga en la educación, será estéril e incompleta, pues mientras no se desplace el sistema capitalista de gobierno, en todos los órdenes o aspectos de la sociedad no podrá efectuarse ningún cambio substancial.

Sin embargo el señor Eduardo de Salterain y Herrera no lo estima así, manifestando que «la enseñanza—antes que nada—es una cuestión de profesorado».

Indudablemente, el profesorado



tiene su importancia y no escasa, pero sólo secundaria, pues siempre éste está subordinado el sistema de enseñanza. Prueba de ello es que, aunque no con frecuencia, se ven profesores muy bien dotados y no obstante impotentes para desarrollar una labor provechosa, debido, en forma exclusiva, a los sistemas en uso que casi nunca contemplan las necesidades auténticas del estudiante. No es de admirarse, entonces, del fracaso de la enseñanza, sobre todo de la secundaria y universitaria. Esto de imaginarse que la enseñanza es cuestión de profesorado es igual como si pensáramos que el problema económico o político fuera cuestión de hombres, bastando cambiar a éstos para que se solucionara...

Más adelante dice don Eduardo de Salterain: «La educación es deleznable e insubstancial cuando no tiene la íntegra percepción de la realidad».

Nos parece una observación exacta. Como la enseñanza es un problema que depende del económico y como el sistema económico capitalista no tiene una percepción íntegra de la realidad, consecuentemente, la enseñanza actual tampoco puede tenerla. De aquí el fracaso de ésta como el fracaso del capitalismo.

Hay que ir a la esencia del mal para estirparlo, dice Perogrullo. Es inútil pretender transformar sus ramificaciones, si aquella queda intacta. Desgraciadamente, esto no se ha hecho hasta aquí.—*Arturo Troncoso.*

POESIA

EN MEMORIA DE AFMANDO ULLOA,  
AUTOR DE «PO MAS DE LA TIE-  
RRA Y OTROS POEMAS».

¡Por Dios te ruego,  
|marinero,  
dígame ora ese  
|cantar!

Yo no digo esta  
canción  
sino a quien con-  
|migo va.

ROMANCE.

El poeta.

El poeta nació a la vera de los años, junto al mar cuya brava canción ahonda unas rocas de sueño. Un día de Enero—desde su huida que transcurre el tiempo—cuando el campo sureño entra en las moradas y los pájaros saben ya su cantar, el poeta salió en silencio, como si olvidara que se iba para siempre. Porque las puertas de la casa venían abriéndose desde la primavera, como las gargantas de los pájaros.

¿Lo llamaban desde lejos? ¿Se fué con las ondas? Porque

Iba la barca azul, cursando el río,  
y se perdió en el mar.

Tenía la vida a flor de piel. ¡Era tan fácil arrancársela! Y la muerte sabía que trizaba el más claro espejo de la naturaleza. Por eso le hincó su garra, por eso se lo llevó temprano. Halló que era temerario dejar pendiente de unos labios infantiles el secreto de la bondad de los campos.



La heredad ya sabe  
que no volverá.  
El adolescente  
no cantará más.

La tierra generosa acuna a los hombres, participa en su andar tortuoso, y un día, agrandando el surco, como a semillas de cielo los recibe. Espera que caigan igual que frutos vencidos para revelarles el ritmo del orden. Pero a veces los busca en vida, les habla sin verbo, y con amor vigila la luz de su voz inaudible. No ahueca el surco cuando van a ella, les hace un nido.

Gimió la conseja  
de la agorería.  
Tocaba las puertas...  
Nadie lo creía!

Cantaban los árboles  
sin saber cantar,  
soñaban los pájaros  
sin saber soñar.

El sentido del mundo transita como las estaciones y siempre hay una voz que lo hace palpable y quiere volverlo imperecedero. El alma perentoria del poeta crea la eternidad de todo lo fugaz. La imagen, que es inmersión y vuelo, fenece en su pura corporeidad, para seguir existiendo como el rastro divino de lo más humano.

Los hombres pasan, pero Virgilio levanta el corazón del último estío. Virgilio, orientación de flor, melodioso, dulce oficio de panal.

(La abeja nocturna nace harta de savia, lánguida de cansancio. No obstante, enviciada, persigue la miel que las otras cuajaron por la mañana).

Alexis, Corydon, Tircis y Amyn-tas siguen pastoreando en los predios del tiempo. Ora la mística, femenina e íntima grey de San Juan de la Cruz, en su noche nemorosa; ora el círculo de llamas que, con su vida, van encendiendo los hombres nuevos, para que Dios los divise desde el cielo y, al recordar que los creó junto con la naturaleza, les dé una lenitiva inconsciencia o una absoluta claridad.

Es la paz en Dios que entrega el campo a Fray Luis de León. Por eso lo alaba tan confiado el monje. Su honda e incontrastable placidez se difunde y, como agradecida, la naturaleza melífica su sangre y se une en sus salmos al Creador.

Cuanta generación de balbuceo, cuanta trova incipiente, cuánto lirismo fermentado fueron necesarios para preparar la frase de Amiel. El paisaje es un estado de alma. Cuántos sacrificios de musas fueron indispensables para que Samaín comprendiese que la tierra de Francia tiene una fisonomía casi personal, una sugestión propia, y no prende el canto del que no adivina su canto antes de la poesía...

Son esos tres poetas, tan distantes, los que resuenan en el espíritu al leer el libro de este poeta nuestro que, consciente de amar inconscientemente una vida que se le iba, quería ser, ya en el polvo, raíz, savia y flor. «Porque estaba cansado de verse en lo que era».

La bondad lo hacía trinar como pájaro. Y era aquel su más álgido «desgarramiento sensitivo».

Extraño panteísmo el de esta criatura, panteísmo que habla de



creación y pierde la mirada en un Dios arcano...

*El Libro.*

Como pueden un libro o muchos libros contener a todo el nombre que derramó su espíritu nora por hora, que aromó de indefinible encanto la memoria de sus amigos e infundió poesía a todo lo que no se puede exaltar y entra fatalmente en el olvido!

La muerte cumple un encargo misterioso cuando se lleva al artista adolescente. Desde su seno envía al mundo, convertido en reverencia y adivinación, lo que él no alcanzó a decir y que ya estaba dicho en el fondo de su ser.

El libro (1) trae las ofrendas de sus amigos. Una, del puro, del admirable poeta Jorge González Bastías, cuyas estrofas transcribimos al principio. Hemos citado también dos versos de la ofrenda de Jerónimo Lagos Lisboa, que es una joya de inspiración y delicadeza. Las otras, muy inteligentes y sentidas, son de Juan Marín y de César Bunster. Carlos Acuña escribió un prólogo lleno de observaciones interesantes, con profundo cariño.

En *Nourritures terrestres*, André Gide, que es una elevación mental de la sensación, apunta uno de sus más sutiles y probables estados de ánimo. Dice: «Mon bonheur est fait de ferveur. Je sais de jours où me repéter que deux et deux fassaient encore quatre, sufficait a m'emplir d'une certaine béatitude. Et

(1) Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1931.

la simple vue de ma main sur la table... A travers indistinctement toute chose, j'ai éperdument adoré.»

El autor de *Poemas de la tierra y otros poemas* vivió en un trance semejante frente a la naturaleza y los hombres. Trance inefable por ser tan mínimo. Sus versos nos devuelven la vida sencilla. Y esto es raro y grato en la época que vivimos. — Carlos Vattier B.

DESAMOR, por Jules Remember.  
Montevideo, 1931.

Poeta, auténtico poeta de égloga sencilla y emocionada este lírico uruguayo que nos fuera hasta ayer desconocido totalmente. Sabe hallar, y decir con artística sencillez, la belleza de las cosas humildes y de las horas intrascendentes.

Ninguna rosa, ninguna luz, nin-  
[guna estrella.  
Ningún navío, ningún mar, nin-  
[gún puerto.  
Apenas un pinar oscuro... Una  
[novia purísima.  
Y el viento.

Estrofas llenas de sugerencias—don reservado a los grandes poetas—sin rebuscamiento ideológico ni formal, echa a rodar su canto agreste, hoy que los ruidos mecánicos han invadido hasta la estrofa de vanguardia, y es difícil distinguir la palabra de un poeta *ista* de la sierra inmisericorde que derrumba el bosque nativo.

Clara conciencia artística la de Jules Remember, que con este li-



bro sencillo y diáfano desafía las modalidades en uso, sin temor al gesto negativo de los innovadores por receta.

En las últimas páginas de su libro hace algo así como una profesión de fe artística, y suyas son estas palabras: «Gimnasia, disciplina para la juventud. La educación está en fortalecer el ala. En cuanto a la dirección del vuelo, que cada cual la encuentre. Equivocar el rumbo, cosa de azar».

Convencido de que las escuelas pasan, y convencido también de que en cada época de la humanidad hubo artistas que se dieron a sí mismos el apodo de modernos, este poeta uruguayo desoye a las sirenas que le tientan desde la roca vanguardista, y dice su mensaje sin preocuparse de la onda que lleva. Sabe que lo recibirán los que lo aguardan.

Asunto largo de discutir, y acaso sin esperanzas de armonizar las tendencias antagónicas, este que nos plantea con su libro y con sus declaraciones el autor comentado aquí a la ligera. Alguien iniciará algún día la polémica, y es bien seguro que harán nube espesa los polemistas.

Hay un soneto en el libro de Remember que no resisto a la tentación de transcribir:

Quiero según la vieja rima versificar  
Es más que el mar la roca? La nube  
[más que el viento?  
Pero a qué, mar y cielo, tanto de-  
[sesperar,  
si cuento más pesares menos la vida  
[siento?  
Río, montaña, valle alameda, pinar.

La eterna juventud muere de aburrimiento.  
Arbol, estrella. Dije: cualquier cosa,  
[bailar,  
pero no este morir largo, cansado  
[y lento.

He aquí las palabras: huecas y sensuales.  
Algo quieren decir o no tienen sentido.  
Y yo les digo ahora que me van a dejar:

Todas las sementeras no juzgaréis iguales.  
Daréis en cada piedra un desigual sonido  
Quiero según la vieja rima versificar.

Esa «eterna juventud que muere de aburrimiento» tiene más de algo de este continuo e inquieto buceo artístico de hoy. Acaso el afán innovador no obedezca sino a la fatiga de lo modernista, que ya es clásico, y, sólo por este capítulo antipático para muchos. ¿No dijo alguien que el gran Darío era un cadáver sin interés?

Es oportuno este *Desamor* porque afirma una vez más, y con voz nueva, la preponderancia de la personalidad literaria sobre todas las escuelas y todos los caminos. Sólo se salvan los que tienen talento, aunque aparezcan rezagados en el torbellino arrollador del momento poético.

Ni vanguardistas, ni modernistas, ni clasicones apolillados. Solamente poetas. Y estos pueden darse bajo todos los aleros y cubrirse con las banderas más inverosímiles. ¿Quién tiene para su uso personal el marco de la belleza absoluta? —P. S.



ENCUENTRO EN EL ALLÁ SEGURO,  
por Wally Zenner. Buenos Aires, 1931.

Sutiles poemas elegíacos escritos en recuerdo y alabanza de una muerta querida.

Altos de emoción nobilísima, sin el clásico lloriqueo inevitable de toda elegía, estos poemas de Wally Zenner, ricos de imágenes bien halladas, sitúan a la autora entre los escritores argentinos y en sitio bien airoso.

La diafanidad de su estilo, que logra a veces inquietantes entonaciones bíblicas, es cosa que sorprende, dados los pocos años de la autora. Siente como una niña iluminada y sabe decirnos su canto armonioso y profundo con maestría de viejo artífice.

No son comunes entre los escritores sudamericanos de la generación última la expresión nítida, la imagen nueva sin ser descabellada, y el estilo correcto que ennoblece la expresión. Estas cualidades innegables que reúne de manera sorprendente la autora de *Encuentro en el Allá Seguro*, hacen esperar de su labor páginas que perduren. —  
*Carlos Préndez Saldías.*

## ENSAYOS

RUBÉN DARÍO. CASTICISMO Y AMERICANISMO, por A. Torres-Rioseco.

Los estudios críticos y de historia literaria, tan decaídos en Chile, han tenido un remozamiento por las obras de nuestro compatriota Ar-

turo Torres-Rioseco. Perdido en una Universidad de los Estados Unidos (primero Texas y ahora California), confundido en la vasta falange de los que enseñan español o literatura hispanoamericana, el señor Torres va conquistando lenta y seguramente un sitio entre los buenos críticos del continente sur. Comenzó como poeta, y no puede decirse que haya clausurado su carrera de tal: por el momento parece simplemente haberla postergado. Autor de *En el encantamiento*, editada en Costa Rica, se acreditó como modernista de aliento y dotado de alguna originalidad. Pero más importante para Chile es su obra de ayer. En *Atenea* se han publicado, en efecto, unos romances de Torres-Rioseco que deben ser aplaudidos especialmente. Lejos de su patria Torres-Rioseco recuerda en esos versos los episodios que alucinaron su niñez, y la vida violenta lo seduce. Evoca así las sombras lúgubres, teñidas de sangre, del Huaso Raimundo, personaje ya legendario, y de Guillermo Beckert, vil engendro de crueldad y de afeminamiento, en unos versos llenos de gracia primitiva. Suponemos que esos romances tendrán hermanos, y nos complace imaginar el libro con que ellos ha de publicar algún día su autor.

Todo esto sin perjuicio de los estudios literarios, de crítica de textos con miras hacia la literatura comparada, que el señor Torres-Rioseco ha dado a luz. El último de estos trabajos, y también el más amplio y circunstanciado, se titula *Rubén Darío. Casticismo y americanismo. Estudio precedido de la biografía del*



*poeta* (1). Es un bello libro empastado a la moda americana, que llena más de doscientas cincuenta páginas. En él, conforme la propia división que el autor ha hecho, débense considerar dos partes. La primera es el relato de la vida del poeta nicaragüense, que ocupa ciento veinte páginas; la segunda es una serie de breves estudios sobre el *Casticismo y el Americanismo* en la obra de Darío, cuyos pormenores daremos más adelante.

La biografía de Darío que nos presenta el señor Torres Ríoseco se distingue de otras anteriores por varias razones substanciales. A mi juicio, las más importantes son dos: la franqueza y la amenidad. El crítico no ha pretendido en momento alguno idealizar a su personaje y cada vez que ha dispuesto de documentos suficientes para destrozarse cualquiera de las aureolas de que sus amigos han querido rodear al poeta, Torres-Ríoseco no ha vacilado un instante y ha roto el encanto. La vida de Darío había sido enredada terriblemente por el poeta y por sus biógrafos, los cuales generalmente se amparaban en los relatos de aquel, falsos así de pe a pa, sin perjuicio de agregar por su cuenta nuevas sombras y falsedades. Hay un trozo de la vida de Darío que yo he estudiado prolijamente y que me va a servir para apreciar el interés del libro de Torres-Ríoseco. Me refiero a la estancia del nicaragüense en Chile.

Según Darío, esta estancia ha-

bría comenzado el día de la muerte de Vicuña Mackenna; el historiador chileno murió el 25 de Enero de 1886; luego Darío habría estado en Valparaíso ese día o el siguiente. Falso todo, por la muy simple razón de que Darío escribió su *Autobiografía* de memoria, a muchos años de distancia de los hechos y sin poseer documento alguno que le permitiera aclarar sus dudas y los vacíos de la memoria. Rubén Darío llegó a Chile a fines de Julio de 1886, como he podido comprobar yo al encontrar en los diarios su nombre como pasajero del *Uarda*, vapor alemán en el cual hizo su viaje desde Nicaragua. Torres-Ríoseco se atiene a estos datos y a otros que han sido verificados también en forma estricta por don Armando Donoso, autor de un extenso estudio sobre la misma materia. Su relato de la vida chilena de Darío es fiel y completo, en líneas generales. Hay algunos leves errores que no empañan su mérito. En la página 14 el autor dice que Darío conoce en *La Epoca* a don Agustín Edwards, «capitalista y diplomático». El señor Edwards Ross, que es a quien puede referirse Torres-Ríoseco, de gran figuración en esos años, no fué diplomático, y su vida pública fué consagrada a la política, como diputado y Ministro de Estado. La confusión puede haberse producido porque el hijo de aquél, don Agustín Edwards Mac Clure ha sido mucho tiempo diplomático en España, Inglaterra y Suecia. Pero en 1886-89 el señor Edwards Mac Clure es un joven escolar.

A pesar de las muchas indicacio-

(1) Edición del Harvard Council on Hispano-American Studies, Harvard University Press, 1931.



nes en favor de creer que *El rey burgués* era don Eduardo Mac Clure, me inclino a pensar que no hay nada de eso. Torres-Río seco acoge la leyenda, autorizada con el nombre de don Samuel Ossa Borne, en la pág. 17 de su libro. Es indudable que si Darío pudo sacar del señor Mac Clure rasgos que le sirvieran para trazar el retrato del *Rey burgués*, exageraba a morir.

En la pág. 23 el autor omite dos fechas importantes. Al hablar del Certamen Varela olvida decir que él se produjo en 1887; en Septiembre de ese año fué expedido el fallo y en Diciembre se publicó el libro en que se recopilaban las piezas premiadas y recomendadas. Nada de esto está en el aire; por lo contrario, todo puede comprobarse con los documentos mismos. En una nota puesta al pie de la misma página, el autor dice:

En el mes de Enero, Eduardo de la Barra publicó las Rimas de Darío con el nombre de *Rosas andinas (rimas y contra rimas)*.

Bien, Pero si no se dice que ese Enero fué el de 1888, el lector no gana nada con saber lo que se le ha dicho.

En la pág. 25 se produce el error más grande que hasta ahora he encontrado en este libro. El autor habla allí de la composición de la novela *Emelina* como si ella hubiese sido escrita cuando el poeta, después de estar en Santiago los últimos meses de 1886 y casi todo el año 1887, pasó a vivir en Valparaíso en el verano de 1887-88 y algunos meses más de este último año. Esto es

un error. *Emelina* fué compuesta en la primera estancia de Darío en Valparaíso, como quiera que debió ser presentada al Certamen de *La Unión* (diario de ese puerto), cuyo plazo venció el 1.º de Agosto de 1886. Darío fué invitado a colaborar en *Emelina* por Eduardo Poirier, en cuya casa parece residió desde su llegada a Chile. Y Eduardo Poirier vivía entonces en Valparaíso. No se puede dudar de esto porque coinciden todos los testimonios escritos con la colaboración de Darío en *El Mercurio* de Valparaíso, que Torres-Río seco conoce y ubica bien (pág. 11).

En la pág. 26 también se debe reparar un ligero error. El señor Torres-Río seco dice que don Juan Valera escribía en *Los Lunes del Liberal*; es un disparate en el cual cayó también el señor Donoso en el estudio citado más arriba. Esa edición semanal de literatura era publicada en Madrid por *El Imparcial*, no por *El Liberal*. Desgraciadamente, el error se repite en la pág. 39 del libro del señor Torres (1).

(1) Se ha fantaseado mucho sobre la dedicatoria de *Azul* a don Federico Varela, que no habría sido pagada por éste como tal vez esperara Darío. Blanco-Fombona, dominado de su manía anti-chilena tan vieja como inmotivada, en un fragmento que cita el señor Torres Río seco, dice: «Si dedicó *Azul* a cierto magnate chileno tan incapaz de comprender aquello que ni siquiera le dió las gracias (¿le consta esto al señor Blanco?), fué por instigaciones de Eduardo de la Barra, y creyendo que iba a sacar alguna tajada al incomprensivo. El silencio del rico hombre (sigue Blanco suponiendo lo que no conoce) pinta por igual al pobre rico hombre sin entendimiento de hermosura (¡caray!) y a Rubén curvado ante posibles Mecenas». Todo ésto estaría bien, como desahogo bilioso del señor Blanco, si no fuese que la pícara historia no lo dejará mentir esta vez. El señor Varela fué uno de los más generosos Mecenas de Chile, posiblemente el más generoso de



La segunda parte de este libro contiene estudios críticos y de literatura comparada, titulados *Casticismo en la obra de Rubén Darío*, pág. 125, *Resurrecciones e innovaciones métricas*, pág. 134, *Cantos a España*, pág. 161, *Darío y la generación del 98*, pág. 174, *Americanismo en la obra de Rubén Darío*, pág. 180, *El Paisaje americano*, pág. 200, *Rubén Darío y los poetas españoles del siglo XIX*, pág. 216, (Bécquer, Campoamor, Cano, Espronceda, Núñez de Arce y Zorrilla).

Estos estudios acopian nueva luz sobre algunos rasgos decisivos de la obra de Darío y atestiguan en el autor un discreto conocimiento de la literatura moderna. En el segundo de ellos, sin embargo, *Resurrecciones e innovaciones métricas*, el señor Torres Ríoseco revela desconocer uno de los más importantes ensayos que se han hecho sobre la métrica de Rubén Darío, y cronológicamente el primero de grandes proporciones. Me estoy refiriendo a *El endecasílabo dactílico*, libro publicado en Rosario (Argentina), 1895, por don Eduardo de la Barra, el prologuista de la primera edición de *Azul*, el gran poeta y polemista chileno que arrebató a Darío el premio de las rimas en el Certamen Va-

todos. Organizó Certámenes literarios con espléndidos premios, en número considerable; pagó ediciones de libros de literatura y de obras musicales; adquirió cuadros y estatuas de autores chilenos; tenía su casa y su mesa a disposición de los artistas. ¿Darío tuvo menos suerte que los demás? Es sensible; ello no justifica la hidrófoba dentellada a uno de los hombres que más seriamente ha protegido el arte en Chile. Algún día habrá que contar documentadamente todo lo que Varela hizo en ese sentido, y tanto Blanco como cualquiera de los que lo han atacado, sentirán vergüenza.

rela... Clarín había atacado a Rubén Darío por el empleo de los versos de *Pórtico*, composición con que había encabezado Salvador Rueda su libro *En tropel*. A juicio del crítico español, esos versos no eran castellanos y presentaban diversas asperezas rítmicas que los descalificaban. Eduardo de la Barra, que conocía admirablemente todo lo referente a la versificación castellana, pudo probar en ese libro que Clarín estaba equivocado. No se trataba de una creación de Rubén Darío: el endecasílabo usado en el *Pórtico*, con todas sus asperezas y desigualdades por la acentuación variable, era el mismo usado por poetas españoles de la Edad Media. Darío había resucitado, pues, un metro olvidado y realizaba el consejo inmortal de Chénier:

Faisons des vers antiques sur de  
pensers nouveaux...

En la pág. 137, en nota, el autor dice:

Para otras combinaciones métricas tuvo Darío el ejemplo de algunos poetas chilenos de su tiempo. Eduardo de la Barra, siguiendo el ejemplo de su compatriota Pablo Garriga (1853-1893), ensayó el verso de 16 sílabas y combinó irregularmente versos de diferente medida (7-9-14-5) en su *Canción del loco*.

Este era precisamente el momento de haber indicado cómo más tarde Eduardo de la Barra iba a justificar, con amplísima documentación erudita, uno de los artificios métricos que fué más combatido por los enemigos de Darío. La investi-



gación que realiza el señor Torres Ríoseco para algunos ejemplos de empleo del metro que Eduardo de la Barra llama *endecasílabo dactílico* y que Menéndez y Pelayo, conforme la moda antigua llamó *de gaita galaica*, en poetas españoles de diversa época, pudo haber sido conducida mucho más lejos si nuestro compatriota hubiese tenido presente el libro del poeta chileno.

Poco más tenemos que agregar a los estudios que componen la segunda parte del libro de Torres Ríoseco; corriamos de paso una referencia cronológicamente errada. Dice nuestro autor:

...si en *Azul* incluye su soneto *A Caupolicán* y si lo a en el mismo libro a Walt Whitman, Díaz Mirón y J. Palma, día llegará en que se olvide de tan cercanas causas (pág. 180).

Para emplazar debidamente esta alusión debe tenerse en cuenta una circunstancia que parece haber sido desconocida de Torres Ríoseco: en la primera edición de *Azul*, la publicada en Valparaíso en 1888, no aparecía ninguna de las composiciones citadas. Fueron incluídas más tarde, como quiera que han sido redactadas también posteriormente, si mis indicaciones cronológicas sobre la obra de Darío no están equivocadas. Y a propósito, hay allí un buen tema para un investigador

paciente. Si se precisara escrupulosamente la fecha de composición de cada uno de los poemas de Darío con toda la aproximación posible en esta tarea, se habría avanzado muchísimo en la tan debatida cuestión del modernismo, sus precursores y sus epígonos. Por la falta de esta cronología es frecuente ver a los críticos hacer inducciones erradas.

Finalmente, una errata acaso mecánica. El señor Torres Ríoseco dice (pág. 232):

En varios de sus poemas de esos días usó Rubén el terceto endecasílabo *monorrímo* que Núñez de Arce puso en boga en España a fines del siglo XIX, siguiendo muy de cerca al Dante.

Y cita como ejemplo:

Al bajar la pendiente de la vida  
me nallé de pronto en una selva  
[obscura,  
agreste y sin vereda conocida.

La misma cita contradice al autor: ese terceto no es monorrímo sino que es el terceto habitual en la poesía castellana y el más usado en epístola y otras composiciones semi-didácticas. Y es por lo demás el mismo terceto en el cual se halla escrita la *Comedia* del Dante, que Núñez de Arce parafrasea en su poema *La selva oscura*.—Raúl Silva Castro.



## GLOSARIO

**E**L PREMIO ANUAL de tres mil pesos, instituído por la UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN, para el mejor libro literario del año, correspondió esta vez a... tres autores. El espíritu de los fundadores fué, ciertamente, el de entregarlo a un solo autor. Pero el año 1930 fué fecundo en buenas obras literarias, aunque política y socialmente, fuera un año nefasto. Estábamos en plena dictadura y nuestros escritores hallaron tiempo para desentenderse de consideraciones más o menos trascendentales y entregarse a la noble y silenciosa tarea del arte puro. Los tres libros premiados son: HIRUNDO, colección de cuentos de Alberto Ried; LA VIUDA DEL CONVENTILLO, novela por Alberto Romero, y MAS AFUERA, de Eugenio González, relatos novelescos de la colonia penal del mismo nombre. Estas tres obras tienen una calidad literaria indiscutible, y el jurado resolvió distribuir el premio entre ellos, asignando a cada autor la suma de mil pesos.

La prensa de Santiago, unánimemente ha elogiado esta decisión del jurado. El crítico literario de «El Diario Ilustrado» Manuel Vega, en una breve e interesante nota, publicada el 21 de Enero, expresó entre otras cosas, lo siguiente:

Los premios literarios provocan siempre mucho ruido en los países de intensa vida espiritual. Ahí está, para demostrar lo que decimos, el revuelo de opiniones y comentarios que, cada año, levanta en Francia la atribución de la honrosa recompensa instituída por los hermanos Goncourt, grandes señores de las letras francesas. En 1931, la preocupación ha sido enorme. A propósito del premio, el editor y moralista Bernard Grasset mantuvo viva polémica con Jean Ajalbert, miembro de la famosa Academia de los Diez. ¡Y todo porque el «laureado» tardaba en aparecer! Al fin, Jean Tayard, joven novelista educado en Inglaterra, hijo del librero del mismo nombre, salió triunfante con su obra «Mal de amor» que, en estos momentos, se vende y se aplaude sin reservas en París. Allá, la gloria literaria suele venir en compañía de la esperada «solución económica».

Aquí, tierra de convulsiones políticas y de incertidumbres financieras, las cosas pasan de distinto modo. Hace algunos días, la Universidad de Concepción distribuyó su premio literario correspondiente a 1930.

Refiriéndose en seguida a los autores expresa:



Ellos son tres artistas de interesante si bien de divergente personalidad: Alberto Romero, Eugenio González y Alberto Ried, tres nombres, indiscutibles ya, en nuestra literatura. Realista pintor del suburbio santiaguino, el primero; fino y sobrio evocador del ambiente de una colonia penal, el segundo; poeta que traduce su emoción en breves y bellos cuentos, el tercero.

Por su parte el diario vespertino, EL IMPARCIAL, con fecha 22 del mismo mes, dedica un extenso comentario en el que abundan los elogios a la obra de difusión cultural de la Universidad de Concepción. Reproducimos algunos de los acápites del artículo:

La Universidad de Concepción ha querido agregar a la interesante y meritoria acción de difusión cultural que realiza, un aliciente y una recompensa a los trabajadores intelectuales; y ha establecido un premio anual para el mejor libro chileno. Escasos son en Chile estos galardones, porque generalmente se menosprecia o se desconoce el trabajo de los escritores y la intuición artística no encuentra entre nosotros ninguna consideración. Un jurado selecto discierne el premio, que por llevar el nombre de la prestigiosa Universidad sureña y ser otorgado conforme a un método de selección muy prolijo, adquiere especial importancia.

De este modo, estimula al verdadero mérito. Se otorgó por vez primera, en 1930 y correspondiente a 1929, a Manuel Rojas, el ágil estilista, admirable narrador de cuentos campesinos. Y no hace mucho días se ha dado a conocer el veredicto del jurado respecto al premio de 1930. Este ha correspondido a tres escritores; la diversidad de naturaleza de las obras que en correspondencia de méritos concurren, lo impuso así. Los agraciados han sido: Alberto Ried, Alberto Romero y Eugenio González.

El comentario, a vuelta de un rápido análisis de la obra literaria de cada uno de los agraciados, termina diciendo:

En suma, el jurado ha tenido un acierto al señalar tres valores positivos de nuestra literatura, de los cuales mucho se puede aún esperar.



**P**LANES ES UNA REVISTA francesa de vanguardia, de la que solo llegan a Chile escasos ejemplares. Representa el más alto esfuerzo de depuración de la intelectualidad joven de Francia. Es el punto de partida de una acción nueva, de un orden nuevo. Sus directores colaboradores están contra todos los prejuicios, contra todas las mentiras de la civilización. PLANES aspira a la formación de un frente único de la juventud europea. Está por encima de la política de partidos y más allá de las fronteras, busca establecer el contacto con todos los espíritus aquejados por el mismo desaliento ante la caducidad de las formas de la po-



lítica, de la economía y de la cultura, tradicionales. Las divisiones entre derecha e izquierda, conservadores y socialistas, son ilusorias, según el pensamiento de los dirigentes de este *equipo*, para usar el término de moda. Por encima de todo, está la juventud, sea de izquierda o de derecha, animada por un espíritu común de lucha, frente a los viejos conservadores, a los viejos radicales, a los viejos fascistas y a los viejos socialistas. Esta juventud, quiere la construcción de un mundo nuevo, susceptible de encuadrar las revoluciones industriales y de poner término a las paradojas catastróficas del desenvolvimiento económico del que la guerra es el más terrible de todos, dominar la máquina y crear una civilización humana.

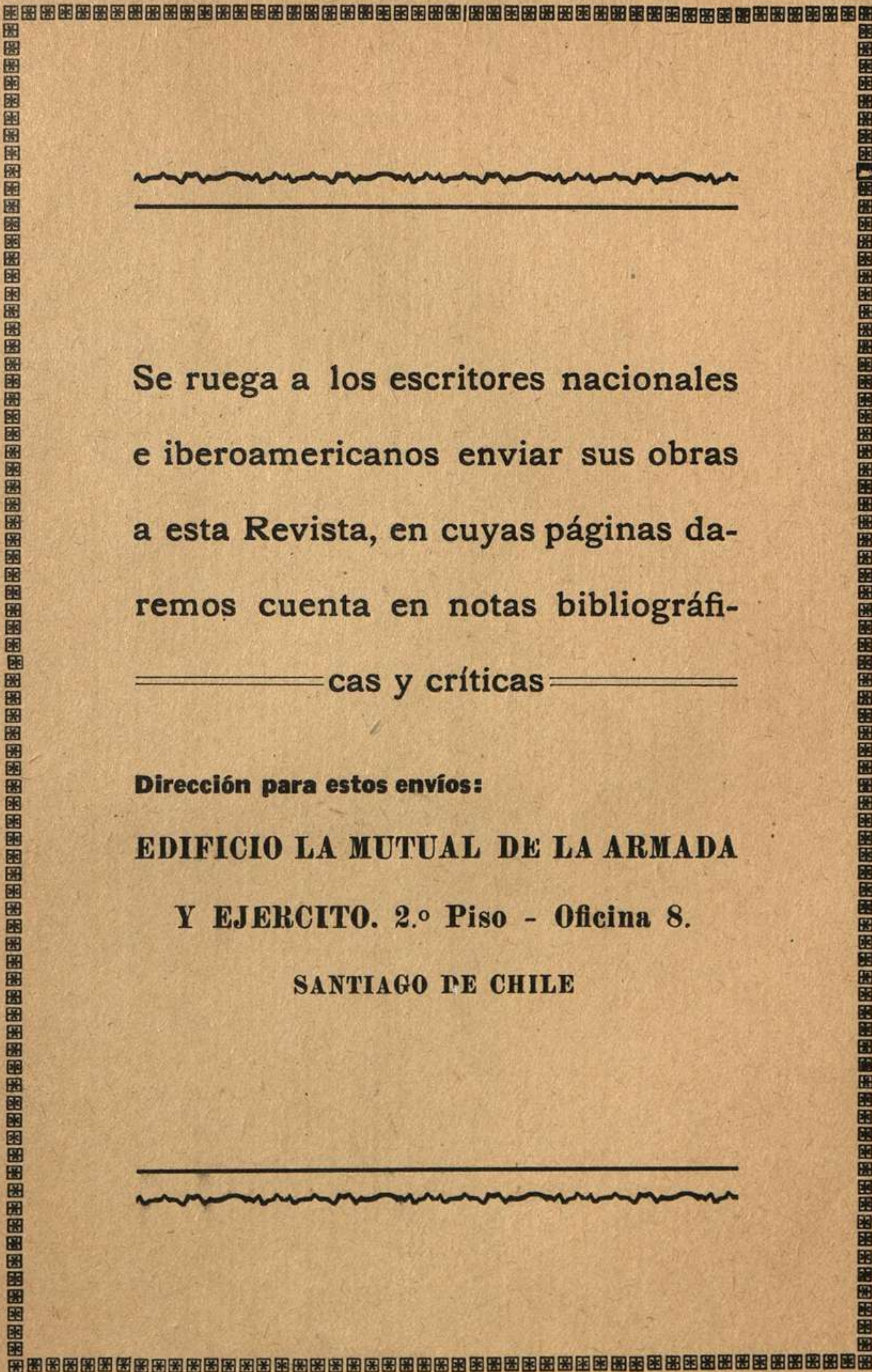
En cada país, en cada partido, hay una lucha interna, consciente o inconsciente, entre dos elementos que oponen los fundamentos mismos de sus conocimientos y de sus esperanzas: los que están ligados al espíritu del pasado y los que respiran normalmente el aire del porvenir. Entre estos dos elementos no existe acuerdo espiritual posible. La oposición consiste en el más grave de los antagonismos: antagonismo de temperamento, de constitución intelectual y mental. Por tanto es preciso escoger.

Pero no se crea que ellos dan al término juventud, la acepción estrecha y provinciana que se da en estos países americanos, acepción siempre petulante y externa, puesto que sólo mira a la edad. Ellos buscan la juventud del espíritu y del corazón, la única sólida, la única que determina la verdadera fuerza en el hombre y sabe colocarlo en los sitios en que la responsabilidad y el deber, exigen firmeza, sacrificio, desinterés. **Plans** está desarrollando actualmente un amplio ciclo de influencia sobre los espíritus jóvenes de Europa, sean ellos de la edad que sean. Hemos querido revelar a los lectores de ATENEA la existencia de una revista que en el orden social, económico, científico e intelectual promueve profundas inquietudes y extiende anchas promesas.

■

**D**E MEXICO NOS LLEGA BARANDAL, otra revista que cumple con los preceptos del orden nuevo, en estética. Está dirigida por un grupo de hombres jóvenes, con selección indiscutible, con un buen gusto fino y prometedor. Cada número de la revista, en que alternan firmas de mérito literario probado, viene acompañado de elegantes cuadernos, impresos en excelente papel y de original confección. Hasta hoy hemos recibido: *Lota de Loco*, fragmentos de una bella novela de Salvador Novo y *Dos Nocturnos* de Xavier Villaurrutia, el conocido poeta mexicano, cargados de intención, finos en su desenvolvimiento.—M.





---

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA**

**Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.**

**SANTIAGO DE CHILE**

---





DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**

MCD-2018 Barcelona-Santiago